

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

---



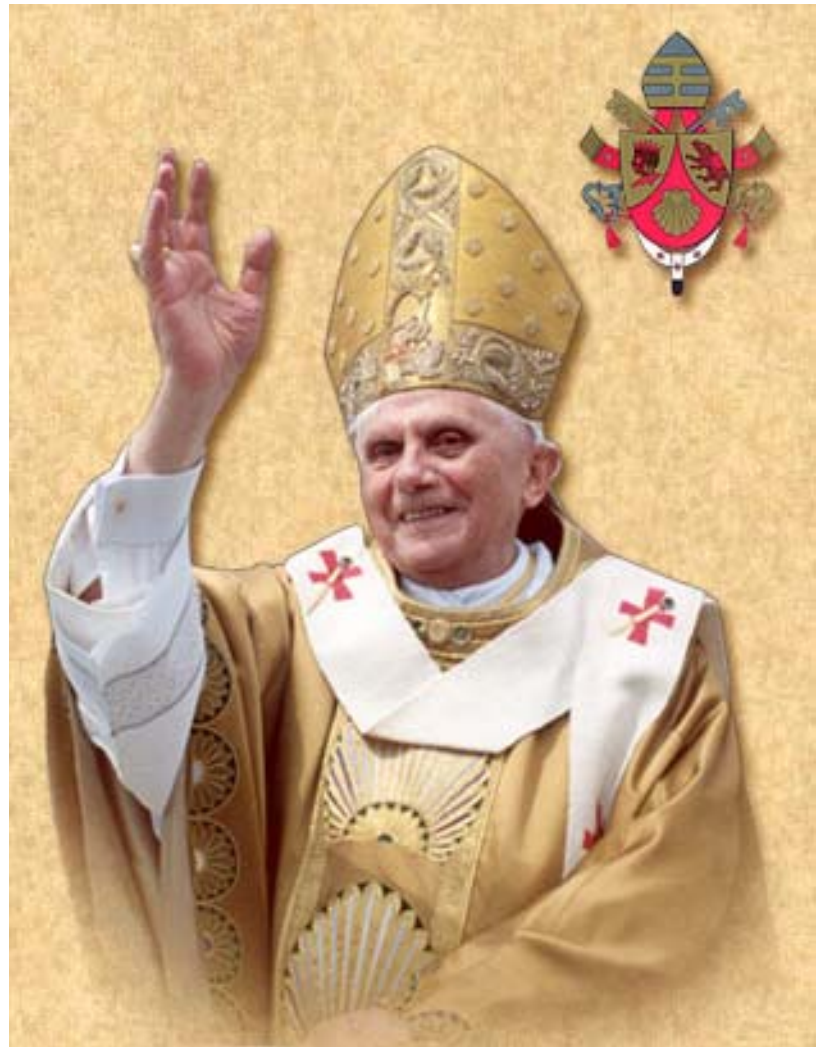
## BENEDICTO XVI 265 SUCESOR DE SAN PEDRO

El cardenal  
Ratzinger sucede  
a Juan Pablo II

La consagración  
de España  
al Inmaculado  
Corazón  
de María

Próxima visita de  
las reliquias de  
santa Margarita  
María a España

Antonio Royo  
Marín, O.P.,  
in memoriam



«¡No tengáis miedo de Cristo!  
Él no quita nada, y lo da todo»

## Sumario

«No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo». Homilía de Benedicto XVI en la misa de inicio oficial de su pontificado	3
España, tierra de María <i>Dr. Juan Miguel Ferrer Grenesche</i>	6
Importancia de la devoción a la Virgen del Pilar. <i>Jorge Pueyo</i>	9
San Luis M <sup>a</sup> Grignon de Montfort y la perfecta consagración a Jesucristo por medio de María <i>Álvaro Cárdenas Delgado</i>	12
«Quiero la consagración del mundo a mi Madre Inmaculada». Historia de una pequeña rosa blanca de Jesús <i>Carmen Lizzie</i>	15
La comunión de vida con María en el pontificado de Juan Pablo II <i>Miquel Bordas</i>	17
La alianza con María, consagración del beato Guillermo José Chaminade a María. <i>Álvaro Cárdenas Delgado</i>	21
San Luis María Grignon de Montfort <i>Balbina García de Polavieja Cárdenas</i>	25
Alpedrete: un modelo de consagración a la Virgen. <i>Mari Carmen Navarro y Francisco Javier Díez</i>	27
El Hombre-Dios se formó en el seno virginal de María. <i>José M<sup>a</sup> Petit Sullá</i>	29
Venida de las reliquias de santa Margarita María a España en el año de la Eucaristía	30
Itinerario del viaje de las reliquias	31
San José en Benedicto XV	32
Antonio Royo Marín, O.P., in memoriam <i>Iñazio Azcoaga Lasheras</i>	33
La encrucijada libanesa <i>Santiago Alsina Casanova</i>	35
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	37
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	38
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent y Santiago Alsina Casanova</i>	40
Orientaciones bibliográficas <i>Evan Mclan</i>	42

## RAZÓN DEL NÚMERO

EL pasado mes de abril CRISTIANDAD dedicaba sus páginas a recordar con emoción y profundo agradecimiento a Dios el magisterio del querido papa Juan Pablo II, que había hecho realidad con su conocido vigor apostólico el mandato de Cristo en los evangelios: «Id y predicad a todas las naciones hasta los confines del mundo». Hoy, al ser elegido el cardenal Ratzinger Vicario de Cristo con el nombre de Benedicto XVI, queremos hacernos eco, desde estas páginas, de la alegría de toda la Iglesia ante el anuncio «Habemus Papam» que, después de un breve cónclave, escuchamos con emoción el pasado día 19.

Nuestro gozo, como nos enseñó el padre Orlandis, no se funda en las cualidades humanas e intelectuales, sin duda muy destacadas, del cardenal Ratzinger, sino en que la Iglesia ya tiene sucesor de Pedro y, como el mismo Benedicto XVI afirmó en la homilía pronunciada con motivo del inicio del pontificado, sigue recordando las palabras del evangelio: la humanidad, como la oveja descarriada, sólo en Cristo crucificado encuentra la salvación. Nos unimos en la plegaria con el actual Vicario de Cristo pidiendo al Espíritu Santo que le guíe para que realice plenamente lo que él mismo ha manifestado: «ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por él, de tal modo que sea él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia.»

La mayor parte de las páginas de este número, escritas por nuestros amigos y ya tradicionales colaboradores, pertenecientes a distintos grupos apostólicos de Madrid, están dedicadas a prepararnos espiritualmente para la próxima consagración al Inmaculado Corazón de María que, convocada por los obispos de toda España, con motivo del 50 aniversario de la primera consagración y dentro de la celebración del Año de la Inmaculada, tendrá lugar el próximo día 22 de este mes de mayo en la basílica de la Virgen del Pilar de Zaragoza.

Finalmente, otro gozoso acontecimiento del que nos hacemos también eco en nuestras páginas, y que es motivo de confiada esperanza, especialmente en estos momentos en los que la fe católica en España está sometida a tantas dificultades e insidias, es la próxima visita a nuestra patria de las reliquias de santa Margarita María de Alacoque, la gran apóstol y confidente del Corazón de Jesús. El próximo número estará dedicado monográficamente a glosar esta esperada visita espiritual.

Edita  
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre  
Redacción y Administración  
Duran i Bas, 9, 2<sup>a</sup>  
Tel. y Fax 93 317 47 33  
08002 BARCELONA  
<http://www.orlandis.org>  
E-Mail: [regnat@telefonica.net](mailto:regnat@telefonica.net)

# «¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo»

*Homilía de Benedicto XVI en la misa de inicio oficial de su pontificado  
en la plaza de San Pedro del Vaticano (24 de abril de 2005)*

**S** EÑORES cardenales, venerables hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, distinguidas autoridades y miembros del Cuerpo diplomático, queridos hermanos y hermanas:

Por tres veces nos ha acompañado en estos días tan intensos el canto de las letanías de los santos: durante los funerales de nuestro Santo Padre Juan Pablo II; con ocasión de la entrada de los cardenales en cónclave, y también hoy, cuando las hemos cantado de nuevo con la invocación: «Tu illum adiuvá», asiste al nuevo sucesor de san Pedro. He oído este canto orante cada vez de un modo completamente singular, como un gran consuelo. ¡Cómo nos hemos sentido abandonados tras el fallecimiento de Juan Pablo II! El papa que durante 26 años ha sido nuestro pastor y guía en el camino a través de nuestros tiempos. Él cruzó el umbral hacia la otra vida, entrando en el misterio de Dios. Pero no dio este paso en solitario. Quien cree, nunca está solo; no lo está en la vida ni tampoco en la muerte. En aquellos momentos hemos podido invocar a los santos de todos los siglos, sus amigos, sus hermanos en la fe, sabiendo que serían el cortejo viviente que lo acompañaría en el más allá, hasta la gloria de Dios. Nosotros sabíamos que allí se esperaba su llegada. Ahora sabemos que él está entre los suyos y se encuentra realmente en su casa. Hemos sido consolados de nuevo realizando la solemne entrada en cónclave para elegir al que Dios había escogido. ¿Cómo podíamos reconocer su nombre? ¿Cómo 115 obispos, procedentes de todas las culturas y países, podían encontrar a quien Dios quería otorgar la misión de atar y desatar? Una vez más, lo sabíamos; sabíamos que no estamos solos, que estamos rodeados, guiados y conducidos por los amigos de Dios. Y ahora, en este momento, yo, débil siervo de Dios, he de asumir este cometido inaudito, que supera realmente toda capacidad humana. ¿Cómo puedo hacerlo? ¿Cómo seré capaz de llevarlo a cabo? Todos vosotros, queridos amigos, acabáis de invocar a toda la muchedumbre de los santos, representada por algunos de los grandes nombres de la historia que Dios teje con los hombres. De este modo, también en mí se reaviva esta conciencia: no estoy solo. No tengo que llevar yo solo lo que, en realidad, nunca podría soportar yo solo. La muchedumbre de los santos de Dios me protege, me sostiene y me conduce. Y me acompañan, queridos amigos, vuestra indulgencia,

vuestro amor, vuestra fe y vuestra esperanza. En efecto, a la comunidad de los santos no pertenecen sólo las grandes figuras que nos han precedido y cuyos nombres conocemos. Todo nosotros somos la comunidad de los santos; nosotros, bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; nosotros, que vivimos del don de la carne y la sangre de Cristo, por medio del cual quiere transformarnos y hacernos semejantes a sí mismo. Sí, la Iglesia está viva; ésta es la maravillosa experiencia de estos días. Precisamente en los tristes días de la enfermedad y la muerte del Papa, algo se ha manifestado de modo maravilloso ante nuestros ojos: que la Iglesia está viva. Y la Iglesia es joven. Ella lleva en sí misma el futuro del mundo y, por tanto, indica también a cada uno de nosotros la vía hacia el futuro. La Iglesia está viva y nosotros lo vemos: experimentamos la alegría que el Resucitado ha prometido a los suyos. La Iglesia está viva; está viva porque Cristo está vivo, porque él ha resucitado verdaderamente. En el dolor que aparecía en el rostro del Santo Padre en los días de Pascua, hemos contemplado el misterio de la pasión de Cristo y tocado al mismo tiempo sus heridas. Pero en todos estos días también hemos podido tocar, en un sentido profundo, al Resucitado. Hemos podido experimentar la alegría que él ha prometido, después de un breve tiempo de oscuridad, como fruto de su resurrección.

La Iglesia está viva: de este modo os saludo con gran gozo y gratitud a todos vosotros que estáis aquí reunidos, venerables hermanos cardenales y obispos, queridos sacerdotes, diáconos, agentes de pastoral y catequistas. Os saludo a vosotros, religiosos y religiosas, testigos de la presencia transfigurante de Dios. Os saludo a vosotros, fieles laicos, inmersos en el gran campo de la construcción del Reino de Dios que se expande en el mundo, en cualquier manifestación de la vida. El saludo se llena de afecto al dirigirlo también a todos los que, renacidos en el sacramento del Bautismo, aún no están en plena comunión con nosotros; y a vosotros, hermanos del pueblo hebreo, al que estamos estrechamente unidos por un gran patrimonio espiritual común, que hunde sus raíces en las irrevocables promesas de Dios. Pienso, en fin –casi como una onda que se expande– en todos los hombres de nuestro tiempo, creyente y no creyentes.

¡Queridos amigos! En este momento no necesito

presentar un programa de gobierno. Algún rasgo de lo que considero mi tarea, lo he podido exponer ya en mi mensaje del miércoles, 20 de abril; no faltarán otras ocasiones para hacerlo. Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por él, de tal modo que sea él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia. En lugar de exponer un programa, desearía más bien intentar comentar simplemente los dos signos con los que se representa litúrgicamente el inicio del Ministerio petrino; ambos signos reflejan también exactamente lo que se ha proclamado en las lecturas de hoy.

El primer signo es el palio, tejido de lana pura, que se me pone sobre los hombros. Este signo antiquísimo, que los obispos de Roma llevan desde el siglo IV, puede ser considerado como una imagen del yugo de Cristo, que el obispo de esta ciudad, el siervo de los siervos de Dios, toma sobre sus hombros. El yugo de Dios es la voluntad de Dios que nosotros acogemos. Y esta voluntad no es un peso exterior, que nos oprime y nos priva de la libertad. Conocer lo que Dios quiere, conocer cuál es el camino de la vida, era la alegría de Israel, su gran privilegio. Ésta es también nuestra alegría: la voluntad de Dios, en vez de alejarnos de nuestra propia identidad, nos purifica –quizás a veces de manera dolorosa– y nos hace volver de este modo a nosotros mismos. Y así, no servimos solamente a él, sino también a la salvación de todo el mundo, de toda la historia. En realidad, el simbolismo del palio es más concreto aún: la lana de cordero representa la oveja perdida, enferma o débil, que el pastor lleva a cuestas para conducirla a las aguas de la vida. La parábola de la oveja perdida, que el pastor busca en el desierto, fue para los Padres de la Iglesia una imagen del misterio de Cristo y de la Iglesia. La humanidad –todos nosotros– es la oveja descarriada en el desierto que ya no puede encontrar la senda. El Hijo de Dios no consiente que ocurra esto; no puede abandonar la humanidad a una situación tan miserable. Se alza en pie, abandona la gloria del cielo, para ir en busca de la oveja e ir tras ella, incluso hasta la cruz. La pone sobre sus hombros, carga con nuestra humanidad, nos lleva a nosotros mismos, pues él es el buen pastor, que ofrece su vida por las ovejas. El Palio indica en primer lugar que Cristo nos lleva a todos nosotros. Pero, al mismo tiempo, nos invita a llevarnos unos a otros. Se convierte así en el símbolo de la misión del pastor del que hablan la segunda lectura y el Evangelio de hoy. La santa inquietud de Cristo ha de animar al pastor: no es indiferente para él que muchas personas vaguen por el desierto. Y hay muchas formas de desierto: el desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed; el de-

sierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre. Los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, porque se han extendido los desiertos interiores. Por eso, los tesoros de la tierra ya no están al servicio del cultivo del jardín de Dios, en el que todos puedan vivir, sino subyugados al poder de la explotación y la destrucción. La Iglesia en su conjunto, así como sus pastores, han de ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia aquél que nos da la vida, y la vida en plenitud. El símbolo del cordero tiene todavía otro aspecto. Era costumbre en el antiguo Oriente que los reyes se llamaran a sí mismos pastores de su pueblo. Era una imagen de su poder, una imagen cínica: para ellos, los pueblos eran como ovejas de las que el pastor podía disponer a su agrado. Por el contrario, el pastor de todos los hombres, el Dios vivo, se ha hecho él mismo cordero, se ha puesto de la parte de los corderos, de los que son pisoteados y sacrificados. Precisamente así se revela él como el verdadero pastor: «Yo soy el buen pastor [...]. Yo doy mi vida por las ovejas», dice Jesús de sí mismo (Jn 10, 14s.). No es el poder lo que redime, sino el amor. Éste es el distintivo de Dios: él mismo es amor. ¡Cuántas veces desearíamos que Dios se mostrara más fuerte! Que actuara duramente, derrotara el mal y creara un mundo mejor. Todas las ideologías del poder se justifican así, justifican la destrucción de lo que se opondría al progreso y a la liberación de la humanidad. Nosotros sufrimos por la paciencia de Dios. Y, no obstante, todos necesitamos su paciencia. El Dios, que se ha hecho cordero, nos dice que el mundo se salva por el Crucificado y no por los crucificadores. El mundo es redimido por la paciencia de Dios y destruido por la impaciencia de los hombres.

Una de las características fundamentales del pastor debe ser amar a los hombres que le han sido confiados, tal como ama Cristo, a cuyo servicio está. «Apacienta mis ovejas», dice Cristo a Pedro, y también a mí, en este momento. Apacentar quiere decir amar, y amar quiere decir también estar dispuestos a sufrir. Amar significa dar el verdadero bien a las ovejas, el alimento de la verdad de Dios, de la palabra de Dios; el alimento de su presencia, que él nos da en el Santísimo Sacramento. Queridos amigos, en este momento sólo puedo decir: rogad por mí, para que aprenda a amar cada vez más al Señor. Rogad por mí, para que aprenda a querer cada vez más a su rebaño, a vosotros, a la Santa Iglesia, a cada uno de vosotros, tanto personal como comunitariamente. Rogad por mí, para que, por miedo, no huya ante los lobos. Roguemos unos por otros

para que sea el Señor quien nos lleve y nosotros aprendamos a llevarnos unos a otros.

El segundo signo con el cual la liturgia de hoy representa el comienzo del Ministerio petrino es la entrega del anillo del Pescador. La llamada de Pedro a ser pastor, que hemos oído en el Evangelio, viene después de la narración de una pesca abundante; después de una noche en la que echaron las redes sin éxito, los discípulos vieron en la orilla al Señor resucitado. Él les manda volver a pescar otra vez, y he aquí que la red se llena tanto que no tenían fuerzas para sacarla; había 153 peces grandes y, «aunque eran tantos, no se rompió la red» (Jn 21, 11). Este relato al final del camino terrenal de Jesús con sus discípulos, se corresponde con uno del principio: tampoco entonces los discípulos habían pescado nada durante toda la noche; también entonces Jesús invitó a Simón a remar mar adentro. Y Simón, que todavía no se llamaba Pedro, dio aquella admirable respuesta: «Maestro, por tu palabra echaré las redes». Se le confió entonces la misión: «No temas, desde ahora serás pescador de hombres» (Lc 5, 1.11). También hoy se dice a la Iglesia y a los sucesores de los apóstoles que se adentren en el mar de la historia y echen las redes, para conquistar a los hombres para el Evangelio, para Dios, para Cristo, para la vida verdadera. Los Padres han dedicado también un comentario muy particular a esta tarea singular. Dicen así: para el pez, creado para vivir en el agua, resulta mortal sacarlo del mar. Se le priva de su elemento vital para convertirlo en alimento del hombre. Pero en la misión del pescador de hombres ocurre lo contrario. Los hombres vivimos alienados, en las aguas saladas del sufrimiento y de la muerte; en un mar de oscuridad, sin luz. La red del Evangelio nos rescata de las aguas de la muerte y nos lleva al resplandor de la luz de Dios, en la vida verdadera. Así es, efectivamente: en la misión de pescador de hombres, siguiendo a Cristo, hace falta sacar a los hombres del mar salado por todas las alienaciones y llevarlo a la tierra de la vida, a la luz de Dios. Así es, en verdad: nosotros existimos para enseñar Dios a los hombres. Y únicamente donde se ve a Dios, comienza realmente la vida. Sólo cuando encontramos en Cristo al Dios vivo, conocemos lo que es la vida. No somos el producto casual y sin sentido de la evolución. Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario. Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él. La tarea del pastor, del pescador de hombres, puede parecer a veces gravosa. Pero es gozosa y grande, porque en definitiva es un servicio a la alegría, a la alegría de Dios que quiere hacer su entrada en el mundo.

Quisiera ahora destacar todavía una cosa: tanto en la imagen del pastor como en la del pescador, emerge de manera muy explícita la llamada a la unidad. «Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a éstas las tengo que traer, y escucharán mi voz y habrá un solo rebaño, un solo Pastor» (Jn 10,16), dice Jesús al final del discurso del buen pastor. Y el relato de los 153 peces grandes termina con la gozosa constatación: «Y aunque eran tantos, no se rompió la red» (Jn 21,11). ¡Ay de mí, Señor amado! ahora la red se ha roto, quisiéramos decir doloridos. Pero no, ¡no debemos estar tristes! Alegrémonos por tu promesa que no defrauda y hagamos todo lo posible para recorrer el camino hacia la unidad que tú has prometido. Hagamos memoria de ella en la oración al Señor, como mendigos; sí, Señor, acuérdate de lo que prometiste. ¡Haz que seamos un solo pastor y una sola grey! ¡No permitas que se rompa tu red y ayúdanos a ser servidores de la unidad!

En este momento mi recuerdo vuelve al 22 de octubre de 1978, cuando el papa Juan Pablo II inició su ministerio aquí en la plaza de San Pedro. Todavía, y continuamente, resuenan en mis oídos sus palabras de entonces: «¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!». El Papa hablaba a los fuertes, a los poderosos del mundo, los cuales tenían miedo de que Cristo pudiera quitarles algo de su poder, si lo hubieran dejado entrar y hubieran concedido la libertad a la fe. Sí, él ciertamente les habría quitado algo: el dominio de la corrupción, del quebrantamiento del derecho y de la arbitrariedad. Pero no les habría quitado nada de lo que pertenece a la libertad del hombre, a su dignidad, a la edificación de una sociedad justa. Además, el Papa hablaba a todos los hombres, sobre todo a los jóvenes. ¿Acaso no tenemos todos de algún modo miedo –si dejamos entrar a Cristo totalmente dentro de nosotros, si nos abrimos totalmente a él–, miedo de que él pueda quitarnos algo de nuestra vida? ¿Acaso no tenemos miedo de renunciar a algo grande, único, que hace la vida más bella? ¿No corremos el riesgo de encontrarnos luego en la angustia y vernos privados de la libertad? Y todavía el Papa quería decir: ¡no! quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera. Así, hoy, yo quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos vosotros, queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida. Amén.

# España, tierra de María

DR. JUAN MIGUEL FERRER GREDESCHE

## Introducción

**L**A Conferencia de los obispos de España, con ocasión del «Año de la Inmaculada», ha convocado a todos los católicos españoles para una magna y festiva celebración, que sea testimonio público de la fe y que culmine con una consagración nacional al Inmaculado Corazón de María.

Trataré a lo largo de estas apretadas líneas de ofrecer algunas reflexiones que quiero provechosas e interpretativas, con respecto a este acontecimiento eclesial.

Queda clara, como punto de partida, la naturaleza de este acto, una consagración pública, eclesial, a la Virgen María. Tal consagración, por su propia naturaleza, es consagración *a Cristo por María*. Se trata de una aplicación concreta de la *mediación maternal* de María y del papel que el mismo Dios ha otorgado a Nuestra Señora en el proyecto de la salvación. Por otra parte, tal consagración se realiza como un acto eclesial; el Pueblo de Dios la hace encabezado por sus legítimos pastores. Se trata de una expresión y renovación de la confesión de fe eclesial a partir de la aceptación del papel propio de la Inmaculada en la vida de la Iglesia y de cada uno de sus miembros.

## 1. Historia

**L**A devoción de los cristianos españoles por la Madre del Redentor tiene sus raíces en la predicación apostólica en nuestras tierras, como trata de explicarlo la tradición *pilarista* y como lo certifican los datos de la historia mariana de España.

Pero creo que hay que afirmar, sin dudas, que la figura clave para entender la fusión cristiana y mariana, que nos ha venido caracterizando, es san Ildefonso de Toledo (siglo XII).

Tras la superación oficial del arrianismo, queda sanar las consecuencias personales y sociales del mismo. San Ildefonso, con un fino sentido pastoral, busca remontar esta situación ofreciendo una nueva forma de piedad mariana, la *esclavitud*. Para san Ildefonso, María, la siempre Virgen, es un evangelio viviente. Ella es toda de Cristo y tiene capacidad para hacer totalmente de Cristo a quien como hijo se hace todo de ella. Así ejerce la Señora su maternidad plena.

Ser de María es un compromiso intelectual, moral y espiritual, que pone la persona entera en la escuela, o en el espiritual «*vientre*» de María, para que ella, por la acción del Espíritu, alumbre la plenitud del Cuerpo de Cristo.

El efecto de la doctrina y del celo pastoral de san Ildefonso fue que en España se llame a María *la Virgen* y que la piedad mariana se viese reforzada por la práctica de esa entrega total de los devotos a seguir los pasos y actitudes de María, para poder ser verdaderos cristianos.

Ciertamente siglos más tarde será san Luis María Grignon de Montfort quien universalice esta forma de piedad mariana denominada *esclavitud* y contribuya a hacer comprender, hasta qué punto, la llamada *consagración mariana* es una forma privilegiada de cumplir y desarrollar la consagración propiamente dicha, que es la consagración bautismal a la Santísima Trinidad. Bajo unas formas concretas u otras se trata del camino ordinario de la vida cristiana, dando cumplimiento a las palabras de Cristo desde la cruz dirigidas a su Madre y al Discípulo Amado.

Con el presentarse, en tiempos modernos, la teología del «*reinado social*» de nuestro Señor, en torno a la piedad desarrollada hacia el corazón de Cristo y la solemnidad de Cristo Rey, concomitantes con el presentar como cuerpo doctrinal la enseñanza social de la Iglesia, surge la conveniencia de unas formas de consagración mariana no sólo personales, sino colectivas. El origen puede remontarse a los «*votos*» formulados en épocas precedentes, como el del rey Luis XII de Francia, pero los siglos XIX y XX serán los de la generalización de tales prácticas. La fe y la consagración bautismal son, por naturaleza, públicas y difusivas. La consagración de colectividades, naciones, pueblos, institutos... es la expresión del señorío universal de Cristo y de María, en cuanto asociada a Cristo, y éste una consecuencia de la ley de la recapitulación paulina. En este orden de la nueva vida del pueblo de hijos, de hombres libres, de «*reyes*», María es también Madre y educadora, no sólo de cada uno de los hijos de la Iglesia, sino de la Iglesia misma.

En estas consagraciones comunitarias, capitaneadas por la jerarquía de la Iglesia se manifiesta el carácter orgánico de la vida y vocación cristiana y María hace posible, con su mediación, el recto cumplimiento y el acabamiento de la tarea del pueblo



*Coronación de María* (catedral de Estrasburgo, siglo XIII)

sacerdotal, el «instaurare omnia in Christo», el edificar todo sobre Jesucristo.

La consagración es aceptación y sometimiento, personal o familiar, a la Maternidad de María sobre cada cristiano y sobre el conjunto de la Iglesia. Y esta maternidad asumida y vivida se traduce en un eficaz implantarse en un lugar, en una sociedad, el Reino de Dios. Se trata de un acto público y comunitario de profunda conversión y una expresión de auténticos deseos de santidad, de cumplir la voluntad de Dios.

Así, en tiempos relativamente recientes, como en sus apariciones bajo la advocación de Fátima, la misma Virgen Madre ha pedido la consagración a ella, bajo la expresión, *a su Inmaculado Corazón*, de la tierra entera y de determinadas naciones en particular.

En tiempos de gran desconcierto y de pérdida de la identidad cristiana estas consagraciones serán un estímulo de conversión y un acicate para recuperar la identidad cristiana y su radical entraña misionera.

## 2. Oportunidad

EN su última visita a España en el 2003 el papa Juan Pablo II, de feliz memoria, nos insistió en la conveniencia de ponernos en la «escuela de María» y se despidió utilizando la fórmula «hasta siempre España, tierra de María».

Hay quien puede pensar que se trata de frases hechas un tanto intrascendentes, pero no era ése el estilo del papa Juan Pablo II. Más bien hay que pensar en una meditada consigna ante una situación real de descristianización y secularismo de nuestra sociedad.

Nadie puede dudar que en España aún tiene un gran peso la religiosidad popular. Esta, con todas sus limitaciones, es el más eficaz antídoto frente a un secularismo, que amenaza con resecar el alma de los pueblos. Y en el corazón de dicha religiosidad popular ocupa un puesto principal la devoción mariana. La invitación a acudir a la «escuela de María» es la invitación a evangelizar en y desde nuestra religiosidad popular mariana. El «Año de la Inmaculada», como lo fue el «Año Santo Mariano», tendría que ser una gran plataforma de evangelización.

Yo me atrevería a cifrar esta tarea en tres campos fundamentales:

a. Presentar la auténtica piedad mariana, con una completa catequesis sobre el magisterio mariano de los últimos papas y contando con la aportación del Misal y de la colección de misas de la Virgen María, a través de las novenas y fiestas marianas del año y los ejercicios de piedad marianos frecuentes en las comunidades: rosario, ángelus, sabatina, flores...

b. De la mano de María ofrecer una catequesis de renovación de la propia iniciación cristiana, aprovechando las grandes fiestas marianas para presen-

tar a la primera discípula: que escucha la Palabra, obedece la voluntad de Dios y se asocia al seguimiento de su Hijo hasta la cruz.

c. Procurar destacar la relación entre la piedad mariana y la espiritualidad eucarística evidenciando el protagonismo divino y la proyección sobre la vida de los dones recibidos de Dios, como ocurre en la vida de María. Para ello puede jugar un papel especial la práctica de la «felicitación sabatina» asociada a las misas vespertinas de los domingos; igualmente se puede aprovechar, donde sea posible, la preparación de la solemnidad del Corpus o la octava que la sigue; y, finalmente, el rosario que, tantas veces, precede a la misa diaria.

### 3. Dimensiones

**E**s evidente que en la mente de nuestros obispos un acto de consagración nacional no puede ser un simple momento devocional y puntual.

En el actual contexto y frente a la pretensión de imponer el «laicismo» como única posición compatible con la convivencia social pacífica y armoniosa, esta consagración quiere ser el signo, o la alternativa, de una fe y de una religión, por naturaleza sociales, que lejos de imponerse se ofrece y se postula como principio estimulador del respeto por la persona y sus derechos y como factor que contribuye a establecer, constantemente, una luz y un acicate para la búsqueda y consecución del bien común.

Tal consagración habla de la identidad católica, personal y comunitaria y su papel en la sociedad. Pide un compromiso personal y eclesial que se fragua en un tiempo intenso de preparación y/o seguimiento. Entiendo que esta consagración ha de ser el momento culminante o el arranque solemne de una GRAN MISIÓN a escala nacional y con una marcada impronta de REINICIACIÓN CRISTIANA, orientada a practicantes, poco practicantes y alejados.

No tendríamos que desaprovechar esta ocasión. Toda la tarea evangelizadora, como la del apóstol Santiago, tendría hoy que ponerse bajo el amparo maternal y eficaz de la Madre de la Iglesia, la Inmaculada y siempre Virgen María.

La reflexión serena sobre la «*mediación maternal*», que Dios nuestro Señor ha asignado a la Virgen, y su papel en la obra de la salvación, presentado en el Nuevo Testamento y en la liturgia, nos tendrían que llevar a una nueva era en la pastoral bajo el signo de la Virgen María: la humilde servidora de la voluntad de Dios, la enemiga radical del pecado, la mujer contemplativa centrada en las palabras y gestos de Jesús, la comprometida por llenar de sentido lo pequeño de cada día y la valiente luchadora, que no escatima esfuerzos cuando ha de asumir el papel clave que Dios le reclama en la obra de la Redención.

Tal pastoral sería verdaderamente divina y humana. Muy recia y muy maternal. Se trataría de recuperar los valores genuinamente religiosos del cristianismo renovando el valor de lo femenino en la vida de la Iglesia, en el sendero abierto por nuestro siempre recordado Juan Pablo II en su *Mulieris dignitatem*.

Una insana expulsión del *factor mariano* del catolicismo y un desmesurado empeño por ofrecer visiones ya pietistas, ya secularistas de María, han contribuido a hacer infecundos muchos de nuestros desvelos apostólicos.

El reinado social de Jesucristo, como expresión que orienta hacia la plenitud escatológica toda la vida de los seres humanos, tiene su arranque y su acicate en el dominio maternal del corazón de María, siempre Virgen, sobre cada cristiano y cada Iglesia, pues la Iglesia tiene, por decreto de su fundador, en su misma esencia el carácter marianiforme: María es el «tipo de la Iglesia» y su principio, es la mujer, es la Madre-Virgen. Con la Eucaristía podemos decir que María también *hace* a la Iglesia y preserva su identidad.

## ¿Cuándo llegará, el siglo de María?

«¿Cuándo llegará, hermano mío, ese tiempo dichoso, ese siglo de María, en el que muchas almas escogidas y obtenidas del Altísimo por María, perdiéndose ellas mismas en el abismo de su interior, se transformen en copias vivientes de la Santísima Virgen para amar y glorificar a Jesucristo? Ese tiempo sólo llegará cuando se conozca y viva la devoción que yo enseño: “¡Señor, para que venga tu reino, venga el reino de María!”»

SAN LUIS M<sup>a</sup> GRIGNION DE MONTFORT:  
*Tratado de la verdadera devoción* (n. 217)



# Importancia de la devoción a la Virgen del Pilar

JORGE PUEYO

**D**E todos es conocida la antiquísima tradición según la cual el apóstol Santiago predicó la fe en nuestra patria y que, mientras evangelizaba la península, estando el Apóstol en Zaragoza, fue visitado por la Virgen María, antes de su Asunción al cielo. Esta tradición, que se remonta a los tiempos de la predicación apostólica, explica la singular devoción mariana que se profesa en todas las regiones españolas, donde puede decirse que casi no hay pueblo o aldea que no tenga a la Stma. Virgen por patrona y que ha dado lugar a que nuestro querido y llorado Juan Pablo II se refiriera a nuestra Patria en múltiples ocasiones como la «tierra de María». Por este motivo se han realizado en Zaragoza algunos de los actos más solemnes, expresivos de esa devoción mariana de nuestro pueblo.

Según esta antiquísima tradición, «hallándose [Santiago el Mayor] deprimido por el poco fruto alcanzado, se dirigió a Aragón, y, estando descansando a orillas del Ebro, la Santísima Virgen María, que aún vivía en carne mortal, se le apareció sobre un pilar, que luego dejó allí como recuerdo de su visita y como prueba de su protección perpetua sobre España». <sup>1</sup> «Quería que aquel Pilar quedara fijo en aquel sitio como trono desde el cual extendería su protección especialísima a los seguidores de la doctrina de su Hijo. Le aseguró que ella se haría presente sobre aquella columna o pilar de modo permanente, ya como fuerte escudo contra los ataques del infernal enemigo de tal modo que nunca faltasen fieles adoradores de Dios en aquella ciudad, ya como fuerza iluminadora para la propagación de la verdad del Evangelio. Con esto entendió Santiago que el Maestro encomendaba a su Madre que realizase desde el santo Pilar respecto a los españoles la misma misión que Dios ejerció desde aquella columna que guió por el desierto al pueblo israelita, convirtiéndose en columna de nube durante el día para preservarlos de los rayos solares y en columna de fuego de noche para iluminarlos... La Virgen indicó a Santiago que «su Hijo le había prometido conceder por su intercesión todos los favores solicitados en aquel lugar». <sup>2</sup>

1. «Historia de la Iglesia Católica» de B. Llorca SJ, R. García-Villoslada SJ y J. Montalbán SJ. BAC, Madrid-1955, pág 131.

2. Cf. «La Joya de Zaragoza: el Pilar de Sta. María» de Daniel Lasagabaster Arratibel, Zaragoza-1988, págs. 12 y 13.

Por lo expuesto en el párrafo anterior, creo oportuno resaltar el fuerte aliento de Esperanza que va anejo a la devoción a la Virgen del Pilar. Quizás por ello y por hacer referencia a los orígenes de nuestra fe, ha sido elegida Zaragoza, como también lo fue en 1904 y en 1954, para conmemorar en España la definición dogmática de la Inmaculada Concepción.

A comienzos del siglo xx, el papa san Pío X declaró el Jubileo mariano del año 1904 con ocasión del quincuagésimo aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. La Junta Central de Damas Católicas publicó en Madrid el 29 de junio de 1904 una circular invitando a las mujeres españolas a realizar una peregrinación nacional al Santuario Mariano de Zaragoza. Además su vicepresidenta promovió la idea de coronar canónicamente a la Virgen del Pilar con la contribución de todos los católicos españoles. Al mismo tiempo los arzobispos de Toledo y Zaragoza y el obispo de Madrid escribieron a los demás preladados invitándoles a colaborar en la empresa con la formación de Juntas Diocesanas que promoviesen la idea y recaudasen fondos. La iniciativa tuvo una acogida entusiasta en toda España. La Junta Central de Damas Católicas pidió al Papa que se dignase hacer extensivas las indulgencias del Jubileo mariano a los que participasen en la peregrinación nacional al Pilar. El 28 de septiembre de 1904, San Pío X recibió en audiencia a las promotoras de esta iniciativa para hacerle entrega de la solicitud, expresándole verbalmente sus planes. El Papa, tras escucharles, tomó el documento y, sin más requisitos, escribió en él de su puño y letra en latín: «Conforme a lo que se pide, a todos los fieles que confesados y comulgados vayan en peregrinación, en solitario o en grupo, durante el año 1905 al santuario de la Virgen María del Pilar en la Archidiócesis Cesaraugustana concedemos las mismas facultades e indulgencias que se dieron para el Jubileo de este año. Palacio del Vaticano, 28 de septiembre de 1904. Pío Papa X». Y dijo: «Concedo lo máximo que puedo». Y manifestó su deseo de ver y bendecir la corona de la Santísima Virgen... La coronación tuvo lugar el 20 de mayo de 1905. <sup>3</sup>

Durante el Año Santo Mariano de 1954, que conmemoraba el primer centenario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, y a los cincuenta años de la coronación canónica de la Virgen

3. <http://www.cabildodezaragoza.org/CENTENARIO>

del Pilar, el anterior Jefe del Estado consagró España al Corazón Inmaculado de María estando presente todo el Episcopado Español.

Acaban de pasar otros cincuenta años. Ante tan importante y triple efemérides nuestros prelados han previsto distintas celebraciones:

–Monseñor Elías Yanes, Arzobispo de Zaragoza, ha decretado un año jubilar que se celebra entre el 20 de mayo de 2004 y el 22 de mayo de 2005.

–La Conferencia Episcopal Española, en su Asamblea Plenaria de diciembre-2005 proclamó para toda España el Año de la Inmaculada.

–La renovación de la consagración de España al Corazón Inmaculado de María el 22 de mayo, en Zaragoza, en la clausura del Jubileo pilarista, poniendo de este modo a los pies de nuestra Madre y Patrona las necesidades de la Iglesia y de la sociedad española contemporánea.

## DECRETO PROMULGADO POR SAN PÍO X

Mariano, Presbítero Cardenal Rampolla del Tindaro del título de Santa Cecilia, Arcipreste de la Santa Basílica Patriarcal del Príncipe de los Apóstoles en Roma, Prefecto de la Santa Congregación de la Fábrica y el Capítulo y Canónigos de la misma Basílica. Al Excelentísimo y Reverendísimo D. Juan Soldevilla y Romero, Arzobispo de Zaragoza, que nos merece especial consideración, salud eterna en el Señor.

Has elevado preces al Supremo Jefe de la Iglesia Católica, Pontífice Máximo Pío X, que felizmente la gobierna, en las que pides ardientemente facultad para coronar la estatua de la Bienaventurada María Virgen, vulgarmente llamada del Pilar, con el Niño Jesús, que es objeto de gran veneración en tu Iglesia Metropolitana de Zaragoza.

Nuestro Santísimo Padre y Señor que tiene gran consuelo en excitar en los ánimos de los fieles la devoción hacia la Madre de Dios y promover su culto, sabiendo que entre los principales derechos y privilegios concedidos y confirmados a nuestro Capítulo desde muy antiguo por la Sede Apostólica, existe también el de coronar sus santas imágenes y estatuas que no son menos célebres por la antigüedad que por la devoción del pueblo y multitud de milagros, se ha dignado remitirnos las preces para que las recibamos benignamente *pro gratia* según es costumbre.

Vuestra Excelencia ha manifestado en las preces, que la dicha imagen de la Bienaventurada Virgen María es objeto de culto público desde los antiguos y primitivos tiempos de la Iglesia en el templo metropolitano de Nuestra Señora del Pilar; y que esta imagen es venerada con especial y constante devoción, fe y amor, no solamente por los habitantes de Zaragoza y del Reino de Aragón, sino también por los españoles en general y por muchos extranjeros que con frecuencia la visitan con sentimientos de religiosidad; que la Santísima Virgen con su Hijo Jesús honrada en su imagen difunde pródigamente los tesoros celestiales a los que allí le dirigen sus súplicas.

Por lo que Nos a quienes siempre ha sido muy grato alentar la devoción hacia la Santísima Virgen, Madre de Dios, secundando los deseos de Su Santi-

dad, en el día veintidós de este mes de enero del año 1905 (Dominica III post. Epiph.) legítimamente reunidos, como es costumbre en la Sala Capitular, atendiendo lo expuesto y conforme al voto favorable del Ilmo. y Rvdmo. Sr. Luis Pericoli, Decano de nuestro Capítulo, hemos juzgado que en la sagrada imagen llamada de Nuestra Señora del Pilar, concurren todas las circunstancias necesarias para su solemne coronación y hemos determinado recibir con grata satisfacción las preces que Nos han sido dirigidas, conformes a la religión, piedad y justicia.

Por lo cual sin pérdida de tiempo, Nos, para mayor gloria de Dios Omnipotente, que se dignó adornar a la Virgen María, Madre de su Unigénito Hijo Nuestro Redentor con singulares honores y privilegios, a fin de que se aumente en los pueblos fieles la piedad y el amor hacia la Madre de Dios, decretamos y mandamos, por unanimidad y con especial satisfacción que la referida imagen de la Bienaventurada Virgen María del Pilar con su Hijo Jesús sea coronada solemnemente con corona de oro. Y para que esta coronación pueda hacerse, Nos, Excelentísimo Señor, hemos determinado encargarle y por las presentes le encargamos que en Nuestro Nombre tributes este honor a la Reina del Cielo, y que impongas en su augustísima cabeza representada en dicha imagen, la corona de oro, según el rito prescrito para el uso de nuestra basílica, contenido en el ejemplar impreso que te enviamos. Y si impedido por cualquier causa no pudieras hacerlo, te damos potestad de subdelegar en otro constituido en dignidad eclesiástica, quien por ti y en nuestro nombre verifique esta sagrada ceremonia.

En testimonio de todo lo cual mandamos expedir y consignar en acta estas letras suscritas por el Ilmo. y Rvdmo. Sr. Canónigo Canciller de Actas de Nuestro Capítulo y sellados con el sello capitular. Dado en Roma en la Sala Capitular en el año 1905 de la Encarnación del Señor, día 22 de enero, II de la Indicción Romana, año segundo del pontificado del Santísimo en Cristo Padre y Señor Nuestro Pío por la Divina Providencia Papa X.- César Spezza, Canónigo Canciller de Actas.



## DECRETO DE PROMULGACIÓN DEL «AÑO DEL PILAR»

El día 20 de mayo del año 2005 se conmemorará el centenario de la coronación canónica de la imagen de Nuestra Señora del Pilar.

En la memoria de la Basílica queda el recuerdo de aquella efemérides como uno de los momentos culminantes de la historia de la piedad y devoción a la Santísima Virgen bajo esta advocación secular. La ofrenda generosa de anillos nupciales y de joyas de miles de mujeres españolas sirvió para las espléndidas coronas de la Virgen y del Niño, que una peregrinación diocesana a Roma presentó para su bendición al papa san Pío X. Con tal motivo el Santo Padre entregó como obsequio y recuerdo a la Basílica el cáliz usado por él en la Eucaristía celebrada en tal fecha, vaso sagrado que se conserva y muestra entre las piezas más venerables del museo del templo. Al mismo tiempo el Santo Padre concedió las mismas indulgencias y privilegios del Jubileo romano del cincuentenario de la proclamación dogmática de la Inmaculada a quienes durante el año peregrinasen al Pilar.

Ahora, cien años después, en los comienzos del tercer milenio, esta conmemoración puede ser una gran ocasión de afianzar y renovar la fe que, según la venerada tradición del Pilar, se propagó, en sus comienzos, con la especial protección de santa María, en este singular lugar a las orillas del Ebro.

Esta fe renovada con la especial intercesión de la Virgen María, bajo la advocación del Pilar, debe suscitar en nosotros el deseo de colaborar activamente en la «nueva evangelización» según la orientación de nuestro Santo Padre Juan Pablo II.

Por tanto, recogiendo la petición del Cabildo Me-

tropolitano, ESTABLEZCO, en memoria del que ya concedió hace cien años el papa san Pío X, un AÑO JUBILAR EXTRAORDINARIO en torno a la sagrada imagen de Nuestra Señora del Pilar, en su catedral-basílica, desde el 20 de mayo de 2004 al 22 de mayo de 2005, en el que por especial concesión de la Penitenciaría Apostólica, por mandato del Sumo Pontífice, en rescripto de 22 de noviembre de 2003 (Prot. N. 176/03/1) los fieles podrán lucrar indulgencia plenaria, en las condiciones establecidas por la Iglesia (confesión sacramental, comunión eucarística, oración por las intenciones del Sumo Pontífice y remoción de todo afecto hacia el pecado) que en la Catedral-Basílica del Pilar asistan a alguna celebración sagrada o reciten el padrenuestro o el credo, añadiendo alguna invocación mariana:

a) los días 20 de mayo de 2004 y 2005, en los que se iniciarán y culminarán las celebraciones jubilares.

b) en las solemnidades y fiestas de la Bienaventurada Virgen María.

c) una vez al año en el día que libremente sea elegido por cada fiel.

d) cuantas veces peregrinen en grupo para honrar la venerada Imagen.

La celebración de este Centenario como AÑO JUBILAR, enriquecido con indulgencias por la Santa Iglesia, contribuirá, sin duda, al acrecentamiento de la vida cristiana y de la devoción a la Santísima Virgen, en nuestra diócesis, en España y en todos los fieles cristianos que se acerquen a la basílica del Pilar.

Zaragoza, 2 de enero de 2004. Memoria de la Venida de la Virgen a Zaragoza.

# San Luis M<sup>a</sup> Grignion de Montfort y la perfecta consagración a Jesucristo por medio de María

ÁLVARO CÁRDENAS DELGADO, pbro.

## Para una entrega perfecta a Jesucristo

**L**A santa obsesión de san Luis María Grignion de Montfort, fruto de su intensa contemplación, fue la unión plena con Jesucristo. En esta contemplación amorosa de Cristo descubrió al único Mediador entre Dios y los hombres (*Tratado de la verdadera devoción*, 83), a aquel que es: «nuestro único Maestro que debe enseñarnos, nuestro único Señor de quien debemos depender, nuestra única Cabeza a quien debemos estar unidos, nuestro único Modelo al que debemos conformarnos, nuestro único Médico que ha de curarnos, nuestro único Pastor que ha de alimentarnos, nuestro único Camino por donde debemos andar, nuestra única Verdad que debemos creer, nuestra única Vida que nos ha de vivificar, y nuestro único Todo que en todas las cosas nos debe bastar» (*Tratado de la verdadera devoción*, 61). Para él, la perfección de la vida cristiana, «consiste en estar conformes, unidos y consagrados a Jesucristo» (ibid., 120).

## «Ad Iesum per Mariam»

**S**I la unión con Cristo es el fin de nuestra vida, la más perfecta de todas las devociones será sin duda alguna la que más nos conforme, una y consagre más perfectamente al modelo de toda santidad: Jesucristo (cf. ibid., 120). ¿Y cuál de todas ellas es la que más consagra y conforma un alma a Jesucristo? San Luis María no duda en afirmar que es la devoción a María. Ella, en efecto, es, entre todas las criaturas, la más conforme a Jesucristo. Por eso la devoción a ella, es, por consiguiente, entre todas las devociones, la que más consagra y conforma un alma a nuestro Señor. «Cuanto más se consagre un alma a María, más se unirá con Jesucristo» (ibid., 120). «Ella es el medio más seguro, el más fácil, el más corto y el más perfecto para ir a Jesucristo» (ibid., 55).

El medio privilegiado que san Luis M<sup>a</sup> descubre para «hallar a Jesucristo perfectamente», «amarlo con ternura» y «servirlo con fidelidad» (cf. ibid., 62) es precisamente la devoción a la Santísima Virgen. Por eso, en su enseñanza, la verdadera devoción mariana es cristocéntrica. Este deseo central de «amar tiernamente» a Jesucristo se dilata enseguida

en una ardiente oración dirigida a él, pidiendo la gracia de participar en la indecible comunión de amor que existe entre él y su Madre. Pues ella se halla tan radicalmente orientada a Cristo, y en él a la santísima Trinidad, que también orienta hacia él radicalmente, a quienes viven en comunión con ella: «Porque no pensaréis jamás en María sin que María, por vosotros, piense en Dios; no alabaréis ni honraréis jamás a María, sin que María alabe y honre a Dios. María es toda relativa a Dios, y me atrevo a llamarla la relación de Dios, pues sólo existe con respecto a él, o el eco de Dios, ya que no dice ni repite otra cosa más que Dios. Si dices María, ella dice Dios. Santa Isabel alabó a María y la llamó bienaventurada por haber creído, y María, el eco fiel de Dios, exclamó: «Mi alma glorifica al Señor». Lo que en esta ocasión hizo María, lo hace todos los días; cuando la alabamos, la amamos, la honramos o nos damos a ella, alabamos a Dios, amamos a Dios, honramos a Dios, nos damos a Dios por María y en María» (ibid., 225).

La identificación con María se encuentra totalmente orientada a Jesús, como lo expresa en esta bella oración: «Queridísima y amadísima Madre, haz que, si es posible, no tenga yo otro espíritu que el tuyo para conocer a Jesucristo y sus divinos designios; que no tenga otra alma que la tuya para alabar y glorificar al Señor; que no tenga otro corazón que el tuyo para amar a Dios con caridad pura y ardiente como tú» (*El Secreto de María*, 68).

## La esclavitud de amor: pertenecer a Cristo y a María

**L**A esclavitud de amor es la expresión más típica del intercambio admirable entre Dios y el hombre realizado en el misterio del Hijo de Dios hecho carne. Verdadero intercambio de amor entre Dios y su criatura, operado por Jesucristo como don de amor del Padre ofrecido al hombre, y también como respuesta de amor al Padre por el hombre, en Jesucristo. Por amor, Dios se nos ha dado totalmente a fin de que, en el mismo amor, nos demos totalmente a él. Él se somete a nosotros para que nosotros nos sometamos a él. Por el vínculo de la caridad, él se une para siempre con nosotros a fin de unirnos para siempre con él. Él se hace totalmen-



te dependiente de nosotros para hacernos totalmente dependientes de él. Él llega hasta hacerse Hijo de su criatura, el hombre, a fin de que su criatura llegue a ser hija de Dios. Son muchos aspectos de una realidad inagotable. La esclavitud de amor significa, pues, la plena reciprocidad de amor entre Dios y su criatura como se revela en el misterio del Verbo encarnado, y, ante todo, en el intercambio admirable entre Jesús y María. El que ama de verdad se da totalmente a la persona amada entregándose y uniéndose a ella para siempre, despojándose totalmente de sí para ser totalmente poseído por ella y depender de ella.

Si el dinamismo del amor divino, se ha expresado haciéndose «esclavo» por amor nuestro, nuestra respuesta de amor se expresará también en la imagen de la esclavitud de amor a Jesús, según el ejemplo y con la ayuda materna de María, la perfecta esclava del Señor. Se trata de una comunión plena con la *kénosis* de Cristo, que por nosotros se hizo nuestro esclavo; comunión vivida con María, íntimamente presente en los misterios de la vida de su Hijo: «Nada hay entre los hombres que nos haga pertenecer tanto a otro como la esclavitud; nada hay, tampoco, entre los cristianos que nos haga pertenecer tanto a Jesucristo y a su santa Madre como la esclavitud voluntaria, según el ejemplo del mismo Jesucristo, que «tomó la forma de esclavo» (Flp 2,7)

por nuestro amor, y el de la santísima Virgen, que se llamó sierva y esclava del Señor. El apóstol se llama por altísima honra «siervo de Cristo» (Gal 1,10). Los cristianos son llamados muchas veces en la Escritura sagrada, *servi Christi*» (*Tratado de la verdadera devoción*, 72).

Por tanto, la esclavitud de amor debe interpretarse como un verdadero intercambio de amor entre Dios y su criatura en la reciprocidad de la entrega total de sí. «El espíritu de esta devoción... consiste en hacer que el alma sea interiormente dependiente y esclava de la santísima Virgen y de Jesús por medio de ella» (*El secreto de María*, 44). Paradójicamente, este «vínculo de caridad», esta «esclavitud de amor», hace al hombre plenamente libre, con la verdadera libertad de los hijos de Dios (cf. *ibid.*, 169).

### **Consagración a María: forma perfecta de consagración a Jesucristo**

**P**ARA él, la práctica perfecta de consagración a Jesucristo lo constituye un acto de donación total, absoluto, de sí mismo a Cristo por María en calidad de esclavo (la consagración), que inaugura (o renueva) un estado de dependencia activa

y permanente respecto a la Virgen, para depender mejor de Cristo en su vida cotidiana. «Te comprometes, por tanto, a hacerlo todo con María, en María, por María y para María» (*El secreto de María*, 28, cfr. 43).

El acto de consagración es pues una donación total, absoluta e irrevocable: «Consiste, pues, esta devoción en una entrega total a la Santísima Virgen, para pertenecer por medio de ella, totalmente a Jesucristo. Hay que entregarle: 1.º el cuerpo (...); 2.º el alma (...); 3.º los bienes exteriores (...); 4.º los bienes interiores y espirituales, o sea, los méritos, virtudes y buenas obras pasadas, presentes y futuras. En dos palabras: cuanto tenemos, o podemos tener en el futuro, en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, sin reserva alguna (...) y esto por toda la eternidad, y sin esperar por nuestra ofrenda y servicio más recompensa que el honor de pertenecer a Jesucristo por María y en María, aunque esta amable Señora no fuera –como siempre lo es– la más generosa y agradecida de las criaturas» (*Tratado de la verdadera devoción*, 121).

Nos *desposeemos* radicalmente de todo, para entregar todo, absolutamente todo, en manos de María para no poder disponer ya del valor de ninguna de nuestras acciones. Lo que se sufre, lo que se piensa, lo que se dice o se hace de bueno pertenece a María, para que ella disponga de todo, según la voluntad de su Hijo y para mayor gloria de Dios (cfr. *ibid.*, 125). La consagración se hace a un mismo tiempo a la Virgen y a Jesucristo: a ella, como medio perfecto que Jesucristo ha escogido para unirse a nosotros y unirnos a nosotros con él, y al Señor como fin último, al cual debemos todo lo que somos como nuestro Redentor y nuestro Dios (*ibid.*, 125). Por eso esta consagración es perfecta, porque va hasta el límite posible en el don de sí mismo y porque se hace por el medio perfecto que es María.

La vivencia de la consagración implica una prác-

tica interior que Montfort resume así: «Obrar siempre por María, con María, en María y para María, a fin de obrar más perfectamente por Jesucristo, con Jesucristo, en Jesucristo y para Jesucristo» (*ibid.*, 257-265).

a) Hay que realizar todo *por María*: conformándose y dejándose conformar por ella en el espíritu que la anima, el Espíritu Santo de Dios, fuente y principio de toda vida en Cristo. Y esto, vaciándose de uno mismo para dejarse invadir y conducir por ella» (*ibid.*, 259).

b) Hay que realizar todo *con María*: esforzándonos, por imitar a María «según nuestras limitadas capacidades» (cf. *ibid.*, 260). Esto supone que la miremos y la imitemos, pero no basta. Necesitamos arrojarnos y perdernos en el «molde de María» para convertirnos en el «retrato perfecto» de Jesucristo. Implica, pues, un esfuerzo real por nuestra parte de estar disponibles para que la acción de María pueda desempeñarse plenamente (*ibid.*, 221).

c) El *en María* es más bien el resultado al que se puede llegar, el fruto que se puede obtener «por su fidelidad...y como una inmensa gracia», al practicar el *por* y *con* María. Vivir *en María*, ¿no es experimentar, en la fe, de manera más o menos intensa y más o menos continua, la presencia tierna de María?

d) Por fin, el *para María* (*ibid.*, 265) indica que el acto de consagración, implica un don real de uno mismo a María, un don que debe llevar a tomar partido por ella, a «emprender y hacer grandes cosas por esta augusta Soberana», entendiendo bien que no se la debe tomar por el fin último de nuestros servicios –que es únicamente Jesucristo– sino como el fin próximo y camino fácil para llegar a él (cf. *ibid.*, 265).

Esta «práctica interior» permite realizar día a día el don y el abandono de sí mismo a Jesús por María proclamado en el acto de consagración, «camino fácil, corto, perfecto y seguro para llegar a la unión con Nuestro Señor» (*ibid.*, 152 y ss).

Montfort me ayudó a comprender que *la Virgen pertenece al plan de la salvación* por voluntad del *Padre*, como Madre del *Verbo encarnado*, que concibió por obra del *Espíritu Santo*. Toda intervención de María en la obra de regeneración de los fieles no está en competición con Cristo, sino que deriva *de* él y está *a* su servicio. La acción que María realiza en el plan de la salvación es siempre cristocéntrica, es decir, hace directamente referencia a una mediación que se lleva a cabo en Cristo. Comprendí entonces que no podía excluir a la Madre del Señor de mi vida sin dejar de cumplir la voluntad de Dios trino, que quiso «comenzar a realizar» los grandes misterios de la historia de la salvación con la colaboración responsable y fiel de la humilde Esclava de Nazaret.

Juan Pablo II a los participantes en el VIII Coloquio Internacional de Mariología (13 de octubre de 2000)

# «Quiero la consagración del mundo a mi Madre Inmaculada»

*Historia de una pequeña rosa blanca de Jesús*

CARMEN LIZZIE



**E**STA pequeña rosa blanca de Jesús, Alejandrina Maria Da Costa, fue beatificada por Juan Pablo II el 25 de abril de 2004. El día de su homenaje todas las rosas blancas fueron vendidas. Se las dedicaron a una alma víctima por amor a la eucaristía y del Inmaculado Corazón de María ofrecida por los pecados del mundo. Por medio de esta sencilla joven Jesús nos pide la consagración a la Reina del Universo, María Santísima.

Alejandrina nació el Miércoles Santo, 30 de marzo del 1904, en una pequeña y humilde aldea en el pueblo de Balasar, Portugal. En ese mismo año fue bautizada el 2 de abril. Crece junto a su hermana Deolinda, y junto a su madre, ya que su padre falleció al poco tiempo nacer Alejandrina. A la edad de catorce años, todos se alegraban junto a su presen-

cia, siempre de carácter lleno de jovialidad, gracia y belleza.

Sin embargo, en 1918 ocurre en su vida un suceso que la marcará para siempre. Y nos cuenta según sus propias palabras: «Un día estaba con mi hermana y otra amiga trabajando en la costura, cuando vimos a tres sujetos caminando en dirección a nuestra casa. Deolinda, con un presentimiento, me mandó cerrar la puerta de la sala. Instantes después, oímos pasos subiendo la escalera, y en seguida, golpes en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó mi hermana. Y uno de ellos, que había sido mi amo, nos mandó que abriéramos sin más.

—Aquí no hay trabajo para ustedes, por lo tanto, no se abre —respondió Deolinda.

Pasados algunos instantes de silencio, sentimos que el mismo individuo subía la pequeña escalera que venía del establo para nuestro cuarto a través de una pequeña puerta en el piso. Asustadas, arrastramos hacia la puerta la máquina de coser.

Al darse cuenta de que estaba cerrado, comenzó a golpearla con un martillo hasta levantar algunas tablas y abrir un espacio por donde se metió en la sala. Deolinda, al darse cuenta de esto, abrió la puerta y consiguió huir, a pesar de que los otros dos, trataron de detenerla, agarrándola de la ropa. La otra muchacha siguió detrás de mi hermana, pero quedó presa de ellos. Al ver esta escena, me sentí perdida, miré alrededor, me cogí desesperada de la ventana abierta y me tiré hacia abajo, cayendo pesadamente en el quintal, a la altura de cuatro metros. Me quise levantar inmediatamente, pero no podía, un dolor agudo me traspasaba mi columna vertebral.

Nerviosa, apenas conseguí levantarme arranqué del suelo una estaca y me fui en defensa de mi hermana, que estaba luchando con los dos más viejos, mientras nuestra amiga, en el corredor, luchaba con el tercero. No pensé más que en defenderlas.

—Fuera de aquí —grité...

Alejandrina en defensa de su pureza prefirió lanzarse por la ventana arriesgando su vida. Desde ese momento su columna vertebral quedó lastimada y los médicos le diagnosticaron que su lesión era irre-

versible. Desde sus catorce años de edad sufrió de dolores cada vez más intensos. Su condición empeoraba, hasta que el 14 de abril del 1924 quedó completamente paralizada. Todas las noches ella junto a su familia oraban a la Santísima Virgen rezando el rosario por su sanación. Por medio de esta incesante oración Alejandrina va descubriendo su vocación al sufrimiento como alma víctima por la conversión de los pecadores.

Para esas mismas fechas ocurre en Portugal la aparición de la Virgen María en Fátima. Al escuchar las muchas curaciones en Fátima es un gran deseo de Alejandrina poder asistir en una peregrinación del pueblito de Salazar. A pesar de su oración a María Santísima para poder asistir a Fátima, los médicos le dicen que su asistencia es imposible pues sería muy peligroso para su salud. En este momento surge en el corazón de Alejandrina el deseo profundo de ofrecerse a Dios como alma víctima por la conversión de los pecadores. Frente a sentirse prisionera a una cama, sin poder moverse pudo comprender que Jesús era también prisionero del Sagrario. Jesús se encontraba prisionero por amor en los sagrarios, ofrecido por nosotros, por nuestros pecados.

Se une, Alejandrina, con su sufrimiento a vivir los mensajes fundamentales que María Santísima transmitía a través de las apariciones en Fátima. Mensajes que pide Jesús a su pequeña rosa blanca por medio de la consagración del mundo. Esta rosa blanca durante los treinta años siguientes vive postrada en una cama. Como parte de sus místicas experiencias vivió ciento ochenta éxtasis de la Pasión de Jesús, como también mensajes de Jesús. Durante los últimos años de su vida sólo se alimentaba de la eucaristía y otros acontecimientos llenos de misticidad. Sin embargo, la razón de vivir la Pasión de Jesús tiene su fuente en la petición de Jesús a Alejandrina de la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María.

### **Consagración del mundo entero al Inmaculado Corazón de María**

Ya en Fátima, la Virgen Santísima dijo: «Para salvar a los pecadores, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado». Luego en Balasar, Jesús le da el mensaje: «Así como le pedí a Margarita María que la humanidad fuera consagrada al Corazón divino, así ahora te pido a ti que el mundo sea consagrado al Corazón Inmaculado de mi Madre Santísima». Alejandrina como víctima ofrecida por amor a los divinos sagrarios y en reparación a las ofensas que recibe el Inmaculado Corazón de María, Jesús le dice que: «Como señal de que es mi voluntad que se consagre el mundo al Corazón

Inmaculado de mi Madre, te haré sufrir mi pasión». La rosa blanca comienza a sufrir esta pasión el 3 de octubre desde las doce del mediodía hasta las tres de la tarde. Estuvo sufriendo la pasión de Jesús hasta que el Papa consagró el mundo a María.

En uno de sus éxtasis, el Señor Jesús le dice: «Quiero la consagración del mundo a mi Madre Inmaculada, pero quiero que todo el mundo sepa la razón de esa consagración es para que se haga penitencia y oración. Por eso te hago sufrir así, y aún tendrás que sufrir mucho hasta que él lo consagre». Así como estos mensajes hay otros, llamando a cada uno de nosotros a vivir cada día consagrado a María Santísima. Viviendo con oración y penitencia, sin dejar a un lado la necesidad que le dice Jesús de almas que ofrezcan sus sufrimientos por la conversión de los pecadores y en reparación a las ofensas al divino Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María. Nos insiste Jesús, a consagrarnos a Nuestra Madre María a sus dulces brazos, rezando el rosario y recibiendo la Sagrada Eucaristía junto al sacramento de la penitencia.

En 1936, Jesús le ordena que le pida al Santo Padre, por medio de padre Pinho, la consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María. Durante varias ocasiones se le hizo la petición al Santo Padre. Luego de varias peticiones la Santa Sede solicitó al arzobispo de Braga información del caso de Alejandrina y más tarde en el 1937 la nunciatura de Lisboa ordena que sea examinado el caso de Balasar. El arzobispo de Braga es interrogado por la Santa Sede por tres veces sobre el este extraordinario suceso. Como parte de las investigaciones por la Santa Sede Alejandrina recibe la visita del padre Antonio Durán, quien la interroga. Después de hacerle una serie de preguntas le dice: «¿No me estás engañando?». Ante estas palabras, Alejandrina comienza a llorar, pues le atormentaban las dudas que surgían sobre lo que le ocurría. Sin embargo, luego de estudios y análisis por científicos, sacerdotes y médicos el 31 de octubre de 1942 Pío XII consagró el mundo al Corazón Inmaculado de María con un mensaje transmitido a Fátima, el cual se renovó el 8 de diciembre de ese año.

### **Bibliografía**

- [www.corazones.org/lugares/portugal/balazar/a\\_balazar.htm](http://www.corazones.org/lugares/portugal/balazar/a_balazar.htm)
- [www.salesianos.edu.mx](http://www.salesianos.edu.mx)
- [www.vatican.va/news\\_services/liturgy/saint/ns\\_lit\\_doc\\_20040425\\_da-costa\\_sp.html](http://www.vatican.va/news_services/liturgy/saint/ns_lit_doc_20040425_da-costa_sp.html)
- Humberto Pasquale SDB, *Bajo el cielo de Balasar*, ediciones Salesianas Portuguesas, Portugal. (Traducción Yolanda Avilés, cooperadora Salesiana) Citas del Santo en: *Bajo el cielo de Balasar*, ediciones Salesianas, Portugal.



# La comunión de vida con María en el pontificado de Juan Pablo II

MIQUEL BORDAS

## 1. Introducción

AUNQUE la propuesta de este artículo se remonta a principios de año, los hechos de los últimos meses de los cuales todos hemos sido testigos –el repentino agravamiento de la salud del Santo Padre, su sufrida agonía y finalmente la tan triste pero «victoriosa» muerte: el anhelado encuentro con el Maestro– ciertamente han «atrapado» la reflexión al perplejo suscriptor de estas líneas, acrecentando aún más el interrogante acerca de qué es lo que ha movido a Juan Pablo II de manera tan palmaria en su pontificado a una entrega radical, sin reservas, al servicio de la Iglesia y de toda la humanidad y hacia la unión definitiva con Cristo. En este sentido, a pesar de las interpretaciones tan parcas, distorsionadas –en ocasiones fruto de la ignorancia y en otras de una voluntad malintencionada– que nos ofrecen los medios de comunicación en torno de la figura y de la obra del Papa, el sentir del pueblo cristiano se sorprendió, se ha asombrado, se maravilló y seguirá fascinándose con la lluvia de gracia que el cielo le ha querido regalar a través de su fiel instrumento, Juan Pablo II, en una época tan difícil. De ahí se explica que la súplica de este pueblo sea unánime al pedir la pronta beatificación del Santo Padre.

No descubriremos nada novedoso al afirmar que es la continua actuación de la Virgen María en toda su vida la que explica la grandeza de Juan Pablo II. Esta especial relación, que no se circunscribe ni tampoco puede identificarse con una piadosa devoción<sup>1</sup>, es la que ha fructificado en beneficio de la Iglesia y de toda la humanidad. En el presente artículo nos proponemos acercarnos un poco a la especificidad de esta afinidad tan íntima.

Será debido a que a los nueve años perdió a su madre o a la especial devoción mariana que respiró en su país natal o bien a la influencia de san Maximiliano Kolbe y de san Luis María Grignion de Montfort, lo cierto es que desde joven tomó a Nuestra Señora como verdadera madre, encomendándole confiado todos sus esfuerzos, todos sus asuntos. Aunque como él mismo reconocería, fue

durante la segunda guerra mundial, cuando trabajaba en la Solvay merced a este último santo maduraría esta devoción a una perspectiva cristocéntrica. No sorprende pues que hubiese elegido el lema monfortiano *Totus tuus* al ser nombrado obispo de Cracovia, título que presidirá su pontificado así como reflejará en su sencillo escudo papal con la *M* de María junto a la cruz. Tanto uno como otro ilustran el planteamiento de vida que querrá seguir Juan Pablo II, ofreciéndose ilimitadamente a la Virgen, consagrándose de esta manera por medio de ella completamente a Dios, puesto que es y ha sido María la que con su *fiat* se ha consagrado perfectamente al Padre. Es por ello que podemos decir que el *Totus tuus* a María es un *Totus tuus* a Dios. Dicha «dependencia» consistía en un vivir constantemente en brazos de la Madre y ello significa que todo lo que él hacía, lo hacía con y por María. No había acción, problema o dificultad que no se la entregara a su Madre. Juan Pablo II se consideraba una herramienta en las manos de Nuestra Señora.

Semejante devoción, abandono, a María que nuestro Papa de modo tan preclaro nos ha enseñado en tantas ocasiones, prácticamente en cada uno de sus documentos y catequesis, podemos percibirlo atendiendo al ejemplo personal de su propia vida en estos últimos 26 años, pues es ahí donde de una manera más evidente podemos percatarnos en qué consiste la comunión de una vida con María. Ahora bien, en lo que se refiere a su propia experiencia, Juan Pablo II no se ha prodigado en presentar públicamente o en hacer alarde de su testimonio personal acerca de la vivencia espiritual de esta comunión en el día a día de su pontificado. Quizá por esta razón la lectura póstuma de su testamento espiritual venga a confirmar con palabras los hechos, porque... ¡han sido tantos los momentos en los que hemos podido convencernos de ello!

## 2. Una vida en brazos de María

Así, las primeras palabras del nuevo Pontífice en la plaza de San Pedro tras su elección vienen marcadas por esta confianza –*fiducia*– a su Madre, que le lleva a aceptar obediente la Voluntad del Padre.

1. Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Ed. DeBolsillo 2004, pag 207.

En su primer viaje a Polonia, en 1979, el 4 de junio exclamó en Czestochowa:

«Permitid que confíe todo esto a María.

»Permitid que se lo confíe de modo nuevo y solemne.

»Soy hombre de gran confianza.

»He aprendido a serlo aquí».

Y despidiéndose de la Madonna, se consagraba de nuevo:

«¡Madre de la Iglesia de Jasna Góra! Una vez más me consagro a Ti «en tu materna esclavitud de amor: ¡*Totus tuus!* ¡Soy todo tuyo!» Te consagro la Iglesia entera, en todas partes, hasta los confines de la tierra. Te consagro la humanidad; te consagro los hombres, mis hermanos. Todos los pueblos y naciones. Te consagro Europa y Polonia unidas, a través de tu siervo, por un nuevo vínculo de amor.

»Madre ¡acepta!

»Madre, ¡no nos abandones!

»Madre, ¡guíanos Tú!» (Czestochowa, 6 de junio de 1979).

Tal y como él mismo comentaría, con el atentado que padeció el 13 de mayo de 1981 terminó «su» pontificado, comenzado en adelante el pontificado de María. En efecto, en años tan amenazadores para la Iglesia y para el mundo como los están siendo los últimos años, hemos asistido al mejor de los gobiernos, al gobierno de la Virgen. Sí, ¡qué duda cabe que es el triunfo de la Inmaculada!

En 1984 publica la encíclica *Redemptoris Mater*, donde expone magistralmente en el apartado 45 las notas esenciales de la maternidad de María en la vida de cada cristiano: «La maternidad de María, que se convierte en herencia del hombre, es un don: un don que Cristo mismo hace personalmente a cada hombre». Don hecho a Juan en el Gólgota. Y en respuesta, «desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa» (Jn 19,27). Se trata de una relación intimísima entre un hijo y su madre y «todo esto se encierra en la palabra *entrega*. La entrega es la respuesta al amor de una persona y en concreto, al amor de la madre (...) Entregándose filialmente a María, el cristiano, como el apóstol Juan, acoge entre sus cosas propias a la madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior, en su yo humano y cristiano». En el texto griego la expresión «*Ἰβὸ δὲ βῆε*» excede el sentido de una acogida de María por parte del discípulo como mero alojamiento y hospitalidad en su casa; alude más bien a una plena comunión de vida que se establece entre los dos en virtud a las palabras de un Cristo agonizante.

En la exhortación apostólica *Vita consecrata*, la referencia a la persona consagrada la podemos interpretar como un testimonio personal del Santo Padre: «la persona consagrada encuentra, además, en la Virgen una Madre por título muy especial. En efec-

to, si la nueva maternidad dada a María en el Calvario es un don a todos los cristianos, adquiere un valor específico para quien ha consagrado plenamente la propia vida a Cristo. «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19,27): las palabras de Jesús al discípulo «a quien amaba» (Jn 19, 26), asumen una profundidad particular en la vida de la persona consagrada. En efecto, está llamada con Juan a acoger consigo a María Santísima (cf. Jn 19, 27), amándola e imitándola con la radicalidad propia de su vocación y experimentando, a su vez, una especial ternura materna. La Virgen le comunica aquel amor que permite ofrecer cada día la vida por Cristo, cooperando con él en la salvación del mundo. Por eso, la relación filial con María es el camino privilegiado para la fidelidad a la vocación recibida y una ayuda eficacísima para avanzar en ella y vivirla en plenitud.» (VC 28).

Con una lectura atenta de la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, tal vez podamos comprender porqué el Papa no se ha desprendido jamás del rosario, acudiendo a él asiduamente. Dirá: «esta oración ha tenido un puesto importante en mi vida desde mis años jóvenes (...) A él he confiado tantas preocupaciones y en él siempre he encontrado consuelo (...) Cuántas gracias he recibido de la Santísima Virgen a través del Rosario en estos años: ¡*Magnificat anima mea Dominum!*».

Precisamente, respecto al Sacrificio Redentor, en *Ecclesia de Eucharistia*, el Papa nos muestra a María como «Mujer eucarística», quien vive contemplando este misterio durante toda su vida. Esta es la actitud debemos tomar como modelo para no desaprovechar el privilegio de la Eucaristía. Pero es que es más: debemos invitar a la Virgen para que sea ella la que participe en nosotros: «Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros –a ejemplo de Juan– a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella. María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas. Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía. Por eso, el recuerdo de María en el celebración eucarística es unánime, ya desde la antigüedad, en las Iglesias de Oriente y Occidente» (EE 57).

Asimismo, con anterioridad, Juan Pablo II resaltó la intervención de la Madre del Redentor en la Eucaristía: «a los que participan –en el plano ministerial– del sacerdocio de su Hijo puede obtenerles y darles la gracia del impulso para responder cada vez

mejor a las exigencias de la oblación espiritual que el sacerdocio implica».<sup>2</sup>

Infatigable peregrino, el Santo Padre procuró siempre acudir en todos los viajes a algún santuario mariano del país: Fátima, Jasna Góra, Loreto, Guadalupe, Nazaret, Montserrat, el Pilar, Covadonga... encomendando a la Virgen los frutos del viaje apostólico, al país receptor y a sí mismo. Cómo no recordar sus palabras de despedida de España en Colón:

«¡Hasta siempre tierra de María!»

En su postrero viaje aquí en la tierra, peregrinó a Lourdes en agosto de 2004. Al introducir la oración del Rosario el sábado exclamó: «Mi buena Madre, dadme un corazón que arda totalmente por Jesús». Y en la homilía del mismo día se despidió con las siguientes palabras: «¡Caminad con María por los caminos de la plena realización de vuestra humanidad».

Como coronación de su andadura de la mano de la Madre por esta tierra, cumpliendo la voluntad del Padre, el viernes 25 de marzo, impedido del habla, escribió: «Pero sigo siendo siempre *Totus tuus*. Se puede advertir las dificultades –físicas y morales– que habrá pasado el Papa en estos últimos meses, pues esto denota la preposición adversativa *pero*: pues no escribe únicamente *sigo* o *soy Totus tuus*. ¡Mas como brilla la fidelidad y el total abandono del esclavo a su Señora!

### 3. El testamento espiritual

**E**N este breve recorrido, hemos de terminar con el testamento espiritual, don inmenso, regalo incomensurable, testimonio de vida, compendio de espiritualidad, guía y garantía para la santidad para cada cristiano, que nos ha legado nuestro pastor. ¡Quién sabe si no constituye el mejor documento que nos ha dejado! Si durante su pontificado este conocimiento de la faceta del abandono pleno a María ha quedado en un segundo plano, más oculto, en su última voluntad, el Santo Padre comparte con toda la Iglesia el secreto de su pastorear. En su primera redacción, que coincidió con el inicio de su función, nos dice: «No sé cuándo llegará (la muerte), pero al igual que todo, pongo también este momento en las manos de la Madre de mi Maestro: *Totus tuus*. En estas mismas manos maternas dejo todo y a todos aquellos con los que me ha unido mi vida y mi vocación. En estas manos dejo sobre todo a la Iglesia, así como a mi nación y a toda la humani-

dad». Esta disposición comporta necesariamente una actitud de profunda humildad. La misma disposición de apertura para encontrarse con el Señor más la vivencia del *Totus tuus* en cualquier momento, también en el de la muerte, permitió que estuviera enteramente abierto a la gracia del Señor: «Hoy quiero añadir sólo esto: que cada quien debe tener presente la perspectiva de la muerte. Y debe estar dispuesto a presentarse ante el Señor y Juez, y contemporáneamente Redentor y Padre. Yo también tomo en consideración esto continuamente, confiando ese momento decisivo a la Madre de Dios y de la Iglesia, a la Madre de mi esperanza. (...) Siento cada vez más profundamente que me encuentre totalmente en las manos de Dios y me pongo continuamente a disposición de mi Señor, encomendándome a él en su Inmaculada Madre (*Totus tuus*).»

«En la vida y en la muerte *Totus tuus*, mediante la Inmaculada». Esta postura de *Totus tuus*, a través de la Inmaculada, al igual que san Maximiliano, es lo que ha conformado todo su pontificado y que ahora nos asombra con este nuevo Pentecostés y que parece ser el principio de una nueva primavera de la Iglesia que ahora arranca. Ha sido la Virgen María la que ha formado en él esta actitud de vigilia permanente para el encuentro con el Señor. Y un alma que vigila en todo momento, vive completamente de la contrición y del agradecimiento, que son los dos pilares de la vida interior, lo cual se plasma en el testamento, puesto que desde un comienzo pide perdón, solicita plegaria, agradece a tantos y suplica misericordia:

«En los más de veinte años que desempeñé el servicio petrino *in medio Ecclesiae*, he experimentado la benevolente y particularmente fecunda colaboración de tantos cardenales, arzobispos, y obispos, de tantos sacerdotes, de tantas personas consagradas –hermanos y hermanas– y, por último, de muchísimas personas laicas, en el ambiente de la Curia, en el vicariato de la diócesis de Roma, así como fuera de estos ambientes.

»¡Cómo no abrazar con un agradecido recuerdo a todos los episcopados del mundo, con los que me he encontrado en las visitas «ad limina Apostolorum»! ¡Cómo no recordar también a tantos hermanos cristianos, no católicos! ¡Y al rabino de Roma y a tantos representantes de las religiones no cristianas! ¡Y a quienes representan al mundo de la cultura, de la ciencia, de la política, de los medios de comunicación social!

»A medida que se acerca el final de mi vida terrena, vuelvo con la memoria a los inicios, a mis padres, a mi hermano y a mi hermana (a la que no conocí, pues murió antes de mi nacimiento), a la parroquia de Wadowice, donde fui bautizado, a esa

2. Juan Pablo II, *Catequesis sobre el presbiterado y los presbíteros*, 1993

ciudad de mi amor, a mis coetáneos, compañeras y compañeros de la escuela, del bachillerato, de la universidad, hasta los tiempos de la ocupación, cuando trabajé como obrero, y después a la parroquia de Niegowic, a la de San Florián en Cracovia, a la pastoral de los universitarios, al ambiente... a todos los ambientes... a Cracovia y a Roma... a las personas que el Señor me ha confiado de manera especial.

»A todos sólo les quiero decir una cosa: “Que Dios os dé la recompensa”».

La Madre de Dios también vive en él y por él la confianza ilimitada que ella practicó: «Expreso mi más profunda confianza en que, a pesar de toda mi debilidad, el Señor me conceda todas las gracias necesarias para afrontar, según su voluntad, cualquier tarea, prueba y sufrimiento que quiera pedir a su siervo, en el transcurso de la vida. Confío también en que no permita nunca que, a través de cualquier actitud mía —palabras, obras u omisiones—, pueda traicionar mis obligaciones en esta santa Sede de Pedro.» Esta confianza ha protegido su pontificado de cualquier error, pues Dios no le ha desamparado, de ahí que hayamos experimentado una abundancia tan grande y tan manifiesta de misericordia. Asimismo muestra desde un inicio que no confía en sí mismo para afrontar las tareas del papado, antes bien, confía que Dios no permitirá que falle de palabra, obra u omisión, en cosa alguna que vaya en contra de su misión.

Es destacable que después del atentado se acrecienta más si cabe su convicción de que pertenece totalmente al Señor, por María: «En el día del 13 de mayo de 1981, el día de atentado contra el Papa durante la audiencia general en la plaza de San Pedro, la divina Providencia me salvó milagrosamente de la muerte. El mismo único Señor de la vida y de la muerte me ha prolongado esta vida, en cierto sentido me la ha vuelto a dar de nuevo. A partir de este momento le pertenece aún más a él. Espero que me ayude a reconocer hasta cuándo tengo que continuar este servicio al que me llamó el día 16 de octubre de 1978. Le pido que me llame cuando él mismo quiera. «Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos... del Señor somos» (cf. Romanos 14,8).

Hay un fragmento esencial en cuanto se refiere a su mariología: «Cuando en el día 16 de octubre de 1978 el cónclave de los cardenales escogió a Juan Pablo II, el primado de Polonia, el cardenal Stefan Wyszynski, me dijo: «La tarea del nuevo Papa consistirá en introducir a la Iglesia en el tercer milenio». No sé si repito exactamente la misma frase, pero al menos éste era el sentido de lo que entonces escuché. Lo dijo el hombre que ha pasado a la historia como el primado del milenio. Un gran primado. Fui

testigo de su misión, de su total entrega. De sus luchas: de su victoria. «La victoria, cuando llegue, será una victoria a través de María», solía repetir el primado del milenio estas palabras de su predecesor, el cardenal August Hlond. De este modo, he sido preparado en cierto sentido para la tarea que el día 16 de octubre de 1978 se presentó ante mí». ¿No son un anticipo de la victoria del Sagrado Corazón de la Inmaculada los acontecimientos, en Polonia, en Roma y en todo el Mundo, que todos hemos presenciado en este pontificado y especialmente ahora, en estas últimas semanas? ¡Qué sinfín de milagros, conversiones, reconciliaciones y de decisiones personales han sido posibles!

#### 4. Conclusión

**E**N la vigilia de la fiesta de la Divina Misericordia, todo humildad, dócil y confiado, sonriente, con las manos vacías, la mirada fija en el Cristo que le espera, habrá entrado Juan Pablo II (quien fuera Karol Wojtyła), portado en los brazos de su Madre, en la Casa del Padre.

¡Pobres, limitadas y desmerecedoras resultan las palabras para describir la alegría del banquete del cielo en esta festividad, pues incluso aquí en la tierra nosotros, huérfanas ovejas, la hemos podido compartir, en una mezcla de añoranza, agradecimiento y de gozo! El Padre, el Espíritu Santo y el Cristo Resucitado; los ángeles; el cardenal Wyszynski; su madre, su padre, su hermano y la hermana que no conoció; san Pedro, san Pablo y los demás apóstoles; san Carlos Borromeo; san Maximiliano, sor Faustina, san Juan Diego, santa Teresa de Calcuta así como todos los santos y beatos que el proclamó y todos los demás santos: la Corte celestial entera habrá celebrado en fiesta la bienvenida a Juan Pablo en su ingreso en la casa del Padre.

Es cierto, los que nos quedamos todavía un tiempo más aquí no podemos disimular la tristeza, la nostalgia, huérfanos como nos hemos quedado... Pero conocemos el camino a seguir: *per Mariam* y por este itinerario avanzaremos confiados, presenciando la victoria de la Inmaculada sobre la Serpiente en nuestras vidas y en el mundo, lo que nos llena de paz, serenidad, esperanza y alegría. ¡Somos hijos de María! Además, como nos ha recordado el cardenal Ratzinger en la homilía del funeral: él desde el cielo nos mira y nos bendice. Sí, a este nuevo santo podemos acudir con el corazón agradecido como al intercesor más próximo para que nos ayude a conocer qué es el abandono a María y que nos implore la gracia de la profundización y el aprovechamiento de la comunión de vida con Nuestra Señora.

# La alianza con María, consagración del beato Guillermo José Chaminade a María

ÁLVARO CÁRDENAS DELGADO, pbro.



**E**L 22 de enero de 1850 muere en Burdeos el padre Guillermo José Chaminade (1761-1850), uno de los más notables y generosos sacerdotes de la Iglesia francesa saliente del Terror de la Revolución. Durante los cincuenta primeros años del siglo XIX, y a su vuelta del exilio en Zaragoza, se consagra con infatigable celo misionero a la recristianización de Francia y a la renovación de la Iglesia, fundamentalmente a través de la fundación de comunidades seculares y religiosas bajo la advocación de la Virgen. Fue beatificado por Juan Pablo II en el Jubileo del año 2000, en el ciento cincuenta aniversario de su muerte.

## Alianza con María

**E**L beato Guillermo José entendía de un modo particular la alianza y consagración a María: «Una consagración sincera al culto de la Virgen María forma, entre la persona que se consagra y la Virgen Inmaculada, una verdadera alianza».<sup>1</sup> Para él, consagrarse a la Virgen suponía establecer con ella una alianza filial. Este fue el núcleo central de su espiritualidad<sup>2</sup> y la inspiración fundamental de

su vida, que dejó como herencia a sus hijos, los marianistas.

En uno de los retiros dedicados a la alianza con Dios y con María predicados a los congregantes que habían decidido llevar a plenitud su consagración abrazando el estado religioso dice: «La alianza estrecha y particular con la Virgen Santísima es uno de los caracteres propios del Instituto. En ella se encuentran, como en nuestra alianza con Dios, la elección, el compromiso y la asociación, lo que constituye una alianza perfecta [...]. ¿A qué estamos comprometidos? A honrarla con toda nuestra fuerza: extender su culto, persuadir a todo el mundo de la confianza y la devoción hacia ella. No temamos que la gloria de Dios quede disminuida, ni de excitar sus santos celos. Jesucristo ama tiernamente a su Madre, y no podríamos hacer nada que le agrade más que amarla y honrarla como él mismo lo hace».<sup>3</sup>

Para Chaminade la alianza con María hunde sus raíces en la alianza que Dios estableció con su Pueblo Israel («Yo soy tu Dios, tú eres mi pueblo», Dt 26, 17-18), y que dilató en la nueva Alianza establecida por Dios con todos los hombres redimidos por la sangre de su Hijo. El padre Chaminade situará justamente *al pie de la cruz* el origen de la alianza con María, enmarcándola en la nueva y definitiva alianza obrada por el sacrificio de Cristo.

## María en el misterio de la Encarnación

**L**A alianza nueva comienza con la encarnación del Hijo de Dios. Chaminade contempla este misterio desde una óptica mariana, admirándose del papel único que en tal acontecimiento se reserva a María. En ella aparece la encarnación como el encuentro entre dos libertades: la divina y la humana. La alianza en Jesucristo, supuso antes la alianza entre Dios y María: una propuesta y una respuesta libres; un desposorio en el que a María, la esposa, se le pide su consentimiento para prestarse al milagro del poder de Dios. Y no sólo en nombre suyo o

2. ALFONSO GIL, SM, *Una alianza con María, la Madre de Jesús*, Madrid, Ediciones SM, p.60.

3. CHAMINADE, *Retiro de 1817 a los primeros religiosos marianistas, escritos y palabras*, 20.6-8, p. 358.

1. CHAMINADE, *Escritos marianos II*, 395, Madrid, Ediciones SM, 1968.

del pueblo, sino en el de toda la humanidad. En ella, acogiendo al Hijo de Dios, se confirma el modo en que Dios realiza su alianza en la historia: el Todopoderoso se hace necesitado del hombre débil y limitado. El Infinito se hace pequeño, esperando, con inmenso respeto, el sí del hombre. María es llamada «llena de gracia», «llena de la gracia de la alianza», de la gracia de una libertad que se somete dócilmente a la libertad de Dios.

## María en el Calvario

**E**L padre Chaminade contempla también a María junto a la cruz: «Ocupaba, al pie de la cruz, el lugar de la Iglesia, inmoldando su Hijo a Dios e inmoldándose también ella misma. Rinde a Jesús, en nombre de todas las criaturas, el tributo de agradecimiento. Viene a ser la madre de todos los cristianos, dándonos a luz al pie de la cruz».<sup>4</sup>

Estamos ante el momento decisivo de la nueva alianza entre Dios y los hombres pactada por Jesús. La actitud central con que María concurre a este hecho decisivo es, para Chaminade, su actitud ofrendante. María está allí haciendo el don de Jesús al Padre. Chaminade ve en ella la imagen de la Iglesia, que repite cotidianamente el ofrecimiento de Jesús al Padre en la Eucaristía. María aparece entonces como modelo de todo cristiano, modelo de la actitud con la que participamos en la misa. Vamos como ella, y con ella, al Calvario, para ofrecer a Jesús y ofrecernos con él, convirtiéndonos también nosotros en don al Padre por el mundo.

El padre Chaminade también habla de un reconocimiento. María reconoce el sentido de lo que hace Jesús. Jesús no muere para sí, sino para nosotros. María lo contempla agradecida. Ella es la única que está junto a Jesús (Jn 19,25). Este «estar junto a» de san Juan es una aproximación interior, la aproximación del que comprende y, por eso, puede acompañar. Es la aproximación, por la fe, del creyente la que hace reconocer la muerte que salva y da vida al mundo. Sólo el creyente lo ve, sólo él lo puede testimoniar. Por la fe y el amor, María se une a Jesús, reconociendo y agradeciendo el inmenso amor que llevó a su Hijo hasta tal extremo.

Chaminade comprendió la maternidad universal de María sobre toda la humanidad en dos grandes momentos: el de la gestación y el del alumbramiento. Nos engendró, junto a Jesús, en el momento de la anunciación, pues formamos un solo cuerpo con él. Y nos alumbró con él y por él, junto a la cruz, a la vida nueva de la salvación. Las palabras del Señor a san Juan en el testamento de la cruz, «Ahí tienes a

tu madre» (Jn 19,26-27), en el contexto de la nueva alianza, adquieren para Chaminade un valor universal: en el discípulo estamos representados todos; María es ofrecida como madre a todo hombre: «San Juan no es nombrado aquí por su nombre, sino por el título de discípulo, porque el misterio del renacimiento en María, no se opera sólo en su persona, sino en la de todos los discípulos de Jesús».<sup>5</sup>

Las palabras de Jesús a su Madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo», y al discípulo: «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19, 26-27), poseen los rasgos propios de la alianza. La iniciativa la toma Jesús: toda alianza parte, en la Biblia, de la iniciativa de Dios. La aceptación de María como Madre, no es, en primer lugar, una respuesta a María, sino una respuesta a Jesús, que tomó la iniciativa de ofrecernos este don. Por eso, no puede haber oposición ni separación entre el amor a Jesús y el amor a María. En el momento culmen de la Nueva Alianza es dado un nuevo mandamiento. Si la Antigua Alianza del Sinaí se concretó en los diez mandamientos, la Nueva Alianza se concreta en este otro mandamiento: «Ahí tienes a tu madre». La originalidad de esta alianza nueva es que propone como mandamiento una alianza, que se establece entre María y los discípulos de Jesús. Por eso Chaminade llama alianza a esta relación entre María y el cristiano, porque la palabra de Jesús es una propuesta de mutua posesión: tu madre... tu hijo. Y la mutua posesión en el amor entre Dios y su Pueblo era la relación de la alianza.

## Bautismo y alianza

**P**RUEBA de la relación que el padre Chaminade establecía entre la consagración a la Virgen y la alianza en general era el acto en que los laicos de su Congregación Mariana renovaban solemnemente su consagración, renovando, al mismo tiempo, sus promesas bautismales.

## Contenido de la alianza con María o consagración a María

**P**ARA Chaminade existe un compromiso mutuo entre la madre y los hijos. «Por una parte, María santísima recibe bajo su poderosa protección al fiel que se arroja entre los brazos de su ternura materna, y le adopta por hijo. Por otra, el nuevo hijo de María contrae con su santa Madre las más suaves y tiernas obligaciones [...] El hijo adoptivo de esta Madre divina se guardará bien de meterse en cualquier asunto que pudiera herir sus inte-

4. CHAMINADE, *Escritos marianos I*, 215.

5. CHAMINADE, *Escritos marianos I*, 229.

reses. ¿Qué contradicción no habrá de existir entre una verdadera consagración y una conducta contraria a los intereses de su gloria?».<sup>6</sup>

## De nosotros a María

Para Chaminade, la consagración a María tiene consecuencias concretas para el que la realiza:

1. *Elección*: Como el discípulo amado, hemos decidido llevarla a nuestra casa. «Nosotros hemos elegido a María por Madre», decía Chaminade.<sup>7</sup> Esto, evidentemente, en un sentido interior, y no meramente físico. Se trata de ofrecer a María un lugar en nuestro interior, de ofrecerle un corazón de hijo. Es una verdadera elección: el don de nosotros mismos, a ella, como hijos. Un gesto de ofrenda que abarca toda nuestra historia, toda nuestra vida, con sus luces y sus sombras, sus riquezas y sus miserias.

2. *Compromiso*: «Nos hemos comprometido con María a todo lo que un hijo debe hacer y sentir por una buena madre: respeto, obediencia, asistencia. Sobre todo, nos hemos comprometido a este último efecto del amor filial: la asistencia».<sup>8</sup> Habla, en primer lugar, de *respeto*. Respetar a María es valorar su santidad y entender su misión en la historia, lo que implica contemplación asidua y conocimiento del misterio de María. Habla también de *obediencia* a las indicaciones que ella sigue haciéndonos, como hizo en Caná: «Haced lo que él os diga». El compromiso con María implica una docilidad a los movimientos del Espíritu, en los que ella colabora como madre de toda gracia. Por último, Chaminade habla de *asistencia*, de un compromiso a asistirle. Ésta es la consecuencia más importante de la consagración a María. Tal consagración no es una mera relación individual con ella. María se halla implicada íntegramente en la misión evangelizadora de la Iglesia, por eso, el consagrado se compromete a asistirle en esa misión suya, a entregarse a ella según su vocación propia. La consagración a María es fundamentalmente misionera y apostólica. Consagración y misión son inseparables. Chaminade llamaba a sus congregantes consagrados a María con títulos como: «misioneros de María», «soldados de María» o «apóstoles de María».

3. *Asociación*: A veces utilizaba la expresión «asociación con María» para indicar la comunión vital con ella. María comparte con nosotros su ri-

queza personal y nos invita a una relación íntima con ella, a pertenecer especialmente a su familia y a participar en su misión. Ni el congregante ni el religioso de María dan gloria a Dios, por la Inmaculada, por el simple hecho de repetir actos o fórmulas de fe, sino por una auténtica vida de consagración, por una vida de Misionero Apostólico de María. El amplio horizonte de la misión es el lugar donde se vive esta consagración. El consagrado a ella es misionero de María: extiende la fe, multiplica cristianos y sólo vive para hacer conocer, amar y servir a María, para que «por la Inmaculada Virgen María en todas partes sea glorificada la Santísima Trinidad»: «María nos enrolla en su milicia y nos consagra como apóstoles suyos. ¡Ay, hijo mío, qué sagrado es este contrato y qué fecundo nos es en beneficios! [...] Así, nosotros, los últimos de todos, nosotros que nos creemos llamados por María misma para secundarla con toda nuestra fuerza en la lucha contra la gran herejía de nuestra época [la indiferencia religiosa], hemos tomado por divisa [...] aquellas palabras de la Virgen Santísima a los siervos de Caná: haced lo que él os diga (Jn 2,5). Convencidos de que nuestra misión propia, a pesar de nuestra debilidad, es de ejercer para el prójimo todas las obras de celo y de misericordia» [...]. Nuestra obra es grande, es magnífica. ¡Si es universal es porque somos misioneros de María, que nos ha dicho: haced todo lo que él os diga! Sí, todos somos misioneros. A cada uno de nosotros nos ha confiado una tarea para trabajar en la salvación de sus hermanos en el mundo».<sup>9</sup>

Chaminade contempla a María como «mujer en misión» que con su «sí» a la Encarnación asume la tarea de formar al Hijo de Dios en medio de la humanidad y para ella. Tal tarea queda sublimada y transformada a los pies de la cruz y con el nacimiento de la Iglesia, en medio de la cual está ella. El consagrado a María se identifica con el discípulo amado que recibe a la Madre en casa para dejar formarse por ella a imagen de Jesús y se siente llamado por ella a hacerse misionero. El «haced lo que él os diga» de Caná (Jn 2,5) se convierte en consigna misionera de carácter universal. La imagen de la Mujer Prometida (Gn 3,15) y la Mujer Vestida de Sol (Ap 12,16) se combinan en el icono de la Inmaculada, la mujer cuya misión es dar al mundo el Dios-con-nosotros y junto a él trabajar por aplastar la cabeza de la serpiente: «Las nuevas congregaciones [...] son una santa milicia que avanza en el nombre de María y que quiere combatir contra las potencias infernales bajo la guía y por obediencia a aquélla que debe aplastar la cabeza de la serpiente».<sup>10</sup>

6. CHAMINADE, *Manual de la Congregación de 1804*.

7. CHAMINADE, *Escritos marianos II*, 751- 753.

8. CHAMINADE, *Escritos marianos II*, 752.

9. CHAMINADE, *Carta a los predicadores de retiros del 24 agosto de 1839, Cartas*, 1163, p. 78-79.

## De María a nosotros

**L**A alianza es un compromiso recíproco. ¿Existe algún compromiso especial de la Virgen con aquellos que se consagran a ella? Chaminade no duda en afirmar que María tiene un *amor preferencial* por aquellos que se consagran a ella. Sentirse llamado a consagrarse a ella es signo de su amor preferencial hacia nosotros. Amor que la lleva a protegernos, escucharnos, ayudarnos de un modo especial y *asociarnos* a su misión materna. María toma posesión de nuestro ser. Esto lo hace en relación absoluta con su Hijo: nos hace de ella para hacernos de Cristo y, con él, hacernos partícipes de su victoria. Cuando el congregante Juan Bautista Lalanne, se presentó a Chaminade para exponerle su deseo de comenzar la vida religiosa, Chaminade muy emocionado le dijo: «Pongámonos bajo la protección de María Inmaculada, a la que su divino Hijo a reservado la última victoria sobre el infierno. Seamos, hijo mío, me dijo final-

10. *El espíritu de nuestra Fundación*, III, n.212.

mente con un entusiasmo que no era corriente en él, el talón de la Mujer».<sup>11</sup>

### María, esperanza de la Iglesia y único camino para llevar a los hombres a Jesús

**P**ARA Chaminade María constituye la esperanza más clara del cristiano. Por eso pide a sus hijos, consagrados a María, que realicen todo para su gloria, único camino para llevar a los hombres a Cristo: «abrazamos el estado religioso en su Nombre y para su gloria, para hacerla conocer, amar y servir, convencidos de que no atraeremos a los hombres a Jesús sino por medio de su Santísima Madre. Nosotros creemos, con los santos Doctores, que María es nuestra esperanza, *tota ratio spei nostrae*, nuestra Madre, nuestro refugio, nuestro auxilio, nuestra fuerza y nuestra vida».<sup>12</sup>

11. Jean LALANNE, *Notice historique sur la Société de Marie de la Congrégation de Bordeaux*, 1858, *Escritos y palabras*, 17.7, p. 348.

12. Ignacio OTAÑO, SM, *María, mujer de fe, madre de nuestra fe*, Servic. de publicac. marianistas, p.179.

## Ella es, hoy como siempre, la Mujer por excelencia, la Mujer prometida para aplastar la cabeza de la serpiente

Todas las épocas de la Iglesia están marcadas por los combates y los triunfos gloriosos de la augusta María. Desde que el Señor estableció la enemistad entre ella y la serpiente (Gn 3,15), María ha vencido constantemente al mundo y al infierno. La Iglesia nos dice que todas las herejías han tenido que inclinar su frente ante la Santísima Virgen, y poco a poco ella las ha reducido al silencio de la nada. Pues bien, la gran herejía reinante en nuestros días es la indiferencia religiosa, que va sumiendo las almas en el embotamiento que produce el egoísmo y en el marasmo de las pasiones. El pozo del abismo vomita oleadas inmensas de humo negro y pestilente (cf. Ap 9,2) que amenaza con envolver a toda la tierra en una noche tenebrosa, vacía de todo bien y llena de todo mal, impenetrable, por así decirlo, a los rayos vivificadores del sol de justicia. En el seno de la cristiandad, la antorcha divina de la fe palidece y se apaga, la virtud retrocede al hacerse cada día más escasa y los vicios se desatan con un furor espantoso. Se diría que estamos viviendo el momento predicho de una defección general y de una apostasía prácticamente universal.

Sin embargo, esta descripción, desgraciadamente fiel, de nuestra época no nos desalienta. El poder de María no ha disminuido. Creemos firmemente que ella vencerá esta herejía, como todas las demás, porque ella es, hoy como siempre, la Mujer por excelencia, la Mujer prometida para aplastar la cabeza de la serpiente. Jesucristo, al llamarla siempre con ese gran nombre de Mujer, nos enseña que ella es la esperanza, la alegría, la vida de la Iglesia y el terror del infierno. A ella, pues, está reservada en nuestros días una gran victoria, a ella corresponde la gloria de salvar la fe del naufragio de que está amenazado entre nosotros.

BEATO GUILLERMO JOSÉ CHAMINADE: Carta a los predicadores de retiros (24 de agosto de 1839)



# San Luis María Grignon de Montfort

BALBINA GARCÍA DE POLAVIEJA CÁRDENAS



## Nacimiento e infancia

**H**ijo de Juan Bautista Grignon y Juana Robert de la Vizeule, nació en Montfort, Bretaña, el 31 de enero de 1673, y fue bautizado al día siguiente, en pleno reinado absolutista de Luis XIV. Fue el segundo de dieciocho hermanos, de los cuales varios murieron en la infancia.

El pequeño fue criado por un ama, y hasta los dos años no vuelve a la casa de sus padres. Desde 1675 hasta 1685, transcurre su niñez en el pueblo de Iffendic, en cuya parroquia recibió la primera comunión y la confirmación. Fue entonces cuando añadió a su nombre, Luis, el de María.

## Juventud

**E**n vista de su aptitud para los estudios, es enviado al colegio Santo Tomás-Becket, de los padres jesuitas, de Rennes, donde cursa latín, humanidades, retórica, artes, filosofía y teología, en un total de ocho años (de 1685 a 1693).

Durante todo este tiempo el joven Luis vive su devoción a María en las congregaciones marianas del colegio. Una muestra de este afecto a la Virgen era su costumbre de hacerle una visita en cada una de las tres iglesias que se encontraban entre la casa de su tío, donde se alojaba, y el colegio.

Es en un momento de oración ante nuestra Señora, cuando Luis descubre su vocación sacerdotal, al oír en su interior: «Serás sacerdote».

Además de a la oración, el joven estudiante dedica su tiempo libre a obras de caridad, a dar clases a sus hermanos y, en vacaciones, a contemplar la naturaleza lleno de admiración por la obra del Creador.

En 1693 se le abre la posibilidad de ir a París a estudiar teología. Comienza alojándose en una modesta pensión, pero pronto la fama de sus virtudes hace que le den una beca para entrar en el seminario de San Sulpicio. Enferma, y sus superiores deciden que no siga los cursos de la Sorbona, por lo que se ve obligado a estudiar por los libros. Estudia con ahínco a casi todos los autores que tratan de la devoción a la Virgen, y lee con gran interés muchos libros, entre ellos *La Santa Esclavitud de la admirable Madre de Dios*, del canónigo Boudon. También estudia a los escritores españoles, como el beato Simón de Rojas y el padre Bartolomé de los Ríos, contribuyeron a su formación mariana.

En estos ocho años de su vida pasados en París no faltan las humillaciones, que le acompañarán toda la vida. Su vida austera era vista como una rareza por muchos de sus compañeros y superiores, que le miraban con cierta prevención. A pesar de ello, recibió muestras de especial confianza, como encomendarle el cuidado del altar de la Virgen en la iglesia de San Sulpicio.

## Vida sacerdotal

**E**l 5 de junio de 1700 recibe la ordenación sacerdotal de manos de monseñor Bazan de Flamenville, obispo de Elna.

Le hubiera gustado consagrarse a las misiones extranjeras, pero su director, Leschassier, decide enviarle a Nantes, a una comunidad de sacerdotes, donde el espíritu jansenista dominante hace que la estancia le resulte enormemente dura.

## Capellán en el hospital de Poitiers

EN 1701, Montfort deja Nantes y viaja a Poitiers, como siempre, mendigando para comer. Su servicio allí es enorme. En el hospital, como capellán, realiza tareas de todo tipo, ayuda a los enfermos, barre, friega, cura llagas... Sin embargo, cuando pretende poner un poco de orden entre las enfermeras, con la ayuda de una joven, María Luisa Trichet, surgen tantos problemas y enfrentamientos que tiene que dejar el hospital. Así, comienza la etapa de las misiones populares.

## Las misiones populares

LA pobreza absoluta y las humillaciones a las que es sometido por parte de antiguos compañeros y amigos, que le abandonan, es el rasgo más claro de esta etapa.

Peregrina a Roma para pedir la bendición del Santo Padre Clemente XI, quien le anima a trabajar en Francia, siempre obedeciendo a los obispos de las diócesis. Para autorizar su misión, le concede el título de misionero apostólico.

A su regreso recorrerá Rennes (1706), Saint-Malo y Saint-Brieuc (1707-1708), Nantes (1708-1711), y finalmente la Rochela y Luçon, hasta su muerte, en 1716. San Luis María se entrega de lleno a las misiones populares, para renovar y fortalecer la fe en el pueblo frente a los ataques de la herejía jansenista, mediante la manifestación pública de la misma en

procesiones y en la construcción de monumentos religiosos, y mediante la renovación de las promesas del bautismo y la consagración a la Virgen. Para conseguirlo, no duda emplear todos los medios a su alcance, como los cantos populares, que quedaban profundamente arraigados en todos los pueblos por donde pasa.

## Las fundaciones

ADemás de esta obra, el misionero proyecta la fundación de diversas congregaciones religiosas, de las que consigue sembrar una pequeña semilla, que no germinará hasta después de su muerte. Estas fundaciones, la Compañía de María y las Hijas de la Sabiduría, tenían el objetivo de preparar a jóvenes para que fueran futuros sacerdotes, y la educación de las niñas, hasta entonces muy descuidada, respectivamente. Junto con la de los Hermanos de San Gabriel, que nació después de su muerte, se han propagado por todo el mundo, con el carisma de establecer el Reino de Dios por María.

San Luis María, consumido por la fatiga de interminables trabajos, entregó su alma a Dios el 28 de abril de 1716, en olor de santidad. Fue beatificado por el papa León XIII en 1888, y proclamado santo en 1947 por Su Santidad el papa Pío XII. Las obras escritas que de él nos han quedado, son fiel reflejo de su devoción a la Virgen y de su interés por extender ésta como medio accesible y seguro de alcanzar la santidad.

### «¿POR QUÉ MARÍA NOS ES NECESARIA?»

Molde viviente de Dios, *forma Dei*, llama san Agustín a María y, en efecto, lo es. Quiero decir que en ella sola se formó Dios hombre, al natural, sin que rasgo alguno de divinidad le faltara; y en ella sola también puede formarse el hombre en Dios, al natural, en cuanto es capaz de ello la naturaleza humana, con la gracia de Jesucristo.

De dos maneras puede un escultor sacar al natural una estatua o retrato: primera, con fuerza y saber y buenos instrumentos puede labrar la figura en materia dura e informe; y segunda, puede vaciarla en un molde. Largo, difícil, expuesto a muchos tropiezos es el primer modo; un golpe mal dado, de cincel o de martillo, basta a veces para echarlo a perder todo. *Pronto, fácil y suave* es el segundo, casi sin trabajo y sin gastos, con tal que el molde sea perfecto y que represente al natural la figura, con tal que la materia de que nos servimos sea manejable y de ningún modo resista a la mano.

El gran molde de Dios, hecho por el Espíritu Santo, para formar al natural un Dios-hombre, por la *unión hipostática*, y para formar un hombre-Dios por la *gracia*, es María. Ni un solo rasgo de divinidad falta en este molde; cualquiera que se meta en él y *se deje manejar*, recibe allí todos los rasgos de Jesucristo, verdadero Dios, y esto de manera suave y proporcionada a la debilidad humana, sin grandes trabajos ni agonías; de manera *segura* y sin miedo de ilusiones, que no tiene aquí parte el demonio, ni tendrá jamás entrada donde esté María; de manera, en fin, santa e inmaculada sin la menor mancha de culpa.

(De *El secreto de María*, de san Luis María Grignon de Montfort)

# Alpedrete: un modelo de consagración a la Virgen

MARI CARMEN NAVARRO Y FRANCISCO JAVIER DíEZ

**A**LPEGRETE ES un pueblo de la provincia de Madrid, de doce mil habitantes, situado en la sierra de Guadarrama, cerca del kilómetro 40 de la A-6. Su actividad más característica es la extracción de piedra: de sus canteras ha salido el granito con el que se construyeron numerosos edificios y monumentos, como los monasterios de San Lorenzo de El Escorial y del Valle de los Caídos, y la sede de los Nuevos Ministerios. En los últimos años ha crecido mucho, sobre todo por los matrimonios jóvenes que buscaban una vivienda cerca de la capital a un precio asequible, lo cual ha hecho que Alpedrete tenga en la actualidad una de las tasas de natalidad más altas de España.

Alpedrete tiene dos patronas: la Virgen de la Asunción, a quien está dedicada la parroquia más antigua del pueblo (la otra está dedicada a la Virgen del Carmen), y santa Quiteria, una santa nacida en Galicia en el siglo II de padres paganos, que ofreció a Jesucristo su virginidad y prefirió sufrir el martirio antes que casarse a la fuerza. Fue mártir también el único santo canonizado cuyo cuerpo mortal se encuentra en Alpedrete, san Pedro Poveda: fue fusilado en 1936 por ser «sacerdote de Cristo», y posteriormente sus restos fueron traídos a esta localidad.

En 1954, el año en que se cumplía el centenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, Alpedrete se consagró a la Virgen. Como la parroquia principal no tenía ninguna imagen grande de la Virgen, encargaron a unos talleres valencianos un hermosa talla de Nuestra Señora de la Asunción. La imagen llegó el 24 de marzo a Los Negrales, un barrio de Alpedrete, y al día siguiente, fiesta de la Anunciación y la Encarnación, fue traída en procesión hasta un estrado colocado en la plaza del pueblo (aún no se había construido el edificio que ahora es sede del Ayuntamiento). Allí, en presencia del obispo, se realizó la consagración de Alpedrete a la Virgen, y posteriormente la talla fue colocada en el altar mayor de la iglesia parroquial, donde se encuentra presidiendo todas las celebraciones, hasta el día de hoy.

En el año 2003, un grupo de personas de Alpedrete propuso al nuevo párroco, don Juan Francisco Pérez, la renovación de aquella consagración. El objetivo principal no era conmemorar un acontecimiento del pasado, sino dar un nuevo impulso a la vida de fe del pueblo, reconociendo la protección de nuestra Madre del cielo y poniéndonos en sus manos para que Ella nos lleve a su hijo Jesucristo.

La celebración del cincuentenario comenzó el 8

de diciembre de 2003, fiesta de la Inmaculada Concepción. Para anunciar a todos los alpedreteños el acontecimiento, se diseñó un cartel que contiene el lema del cincuentenario, «50 años en brazos de María», y muestra, sobre fondo azul, la mencionada talla de la Virgen de la Asunción. El lema está inspirado en el libro *Abandonarse al amor*, de Slawomir Biela (Editorial San Pablo, 2002), que en algunos países ha aparecido publicado con el título *En manos de María*.

El primer acto del cincuentenario fue la conferencia «Por qué en brazos de María. El sentido de la consagración», impartida el 19 de diciembre por el profesor José María Alsina, miembro de Schola Cordis Jesu y rector de la Universidad Abat Oliba-CEU, de Barcelona, quien realizó una síntesis brillante de la doctrina sobre la consagración al Corazón de Jesús y a la Virgen en el magisterio de la Iglesia.

Teniendo presente que María siempre nos lleva a Jesús, se realizó la exposición del Santísimo Sacramento todos los jueves del cincuentenario desde la mañana hasta la santa Misa de las 7 de la tarde y se intensificaron los horarios de las confesiones, además de continuar la costumbre de rezar el Sto. Rosario antes de la celebración eucarística.

El mes de mayo fue el que contó con mayor número de actividades. Una de ellas, denominada «La Virgen visita nuestras casas», consistió en que diez pequeñas capillas con una imagen de Nuestra Señora y el Niño fueron acogidas en varias familias, tres días en cada hogar. Las capillas fueron prestadas por el santuario de Schönstat (Pozuelo, Madrid) y cada una de ellas iba acompañada por unas estampas y oraciones que ayudaban a que cada familia honrase a la Virgen mientras estaba en su casa. El resultado es que la Virgen, representada en estas imágenes, visitó unas cien familias a lo largo del mes. Todas quedaron encantadas y está previsto repetir estas visitas el mes de mayo del próximo año.

También en el mes de mayo se intensificó la campaña de bendición de los hogares y consagración de las familias a la Virgen. El párroco, acompañado de algunos seglares, acudía a la casa de la familia que lo había solicitado. Siguiendo el folleto impreso para la ocasión, el sacerdote leía el evangelio de las bodas de Caná, rociaba a los presentes con agua bendita, la familia pronunciaba la oración de consagración —una adaptación de la oración de consagración de Alpedrete, que incluimos al final de este artículo— y el sacerdote impartía la bendición final.

Del 16 al 30 del mismo mes se celebró en la Casa de la Cultura de Alpedrete la exposición «La Virgen en nuestras casas», montada con las imágenes que los vecinos del pueblo tenemos en nuestros hogares. Se reunió un centenar de obras, procedentes de gran número de países, algunas de gran belleza, y todas muy queridas en las familias en que se veneran.

El 29 de mayo tuvo lugar la segunda conferencia, «La Virgen María en la historia de España», impartida por el profesor Luis Suárez Fernández, uno de los historiadores más prestigiosos de nuestro país, Premio Nacional de Historia, considerado «maestro de maestros», que tiene casa en Alpedrete. Con la sencillez y claridad que le caracterizan, el conferenciante realizó una preciosa síntesis de la relación entre la Virgen y nuestra patria, desde las primeras advocaciones de Nuestra Señora en tierra hispana, el Pilar y Covadonga, subrayando la forma en que toda España destacó en la defensa de la Inmaculada Concepción de la Virgen, hasta llegar a la proclamación del dogma de la Asunción a los cielos.

La tercera conferencia, «Calanda y Guadalupe. Dos milagros evidentes, un mensaje para hoy», fue pronunciada el 9 de julio por el profesor Francisco Javier Díez, vecino de Alpedrete, doctor en ciencias físicas y director de un centro de investigación sobre inteligencia artificial. Insistiendo en que la fe y la razón deben ir unidas, el profesor Díez relató estos dos milagros, que son quizá los más demostrados de la historia de la Iglesia y tienen un mensaje común: la Virgen María nos llama a que nos entreguemos a ella porque quiere obrar maravillas en nuestras vidas.

El 13 de agosto, doña Cristina Tarrero, también de Alpedrete, que está a punto de presentar su tesis doctoral sobre la Virgen de la Almudena, impartió la cuarta y última conferencia, dedicada a las «Advocaciones de la Virgen en Madrid», que son principalmente tres: Nuestra Señora de Atocha, la Virgen de la Paloma y la de la Almudena. La conferen-

ciante ofreció numerosos detalles que demuestran la adhesión del pueblo madrileño a la Madre de Nuestro Señor.

La culminación del cincuentenario tuvo lugar el 15 de agosto, festividad de la Asunción de Nuestra Señora. La santa Misa estuvo presidida por don Justo Bermejo, vicario episcopal, en representación del cardenal Antonio María Rouco Varela, arzobispo de Madrid. En ella estuvieron presentes la alcaldesa, doña María Casado Nieto, las demás autoridades civiles y un gran número de fieles, quienes al concluir la Eucaristía leyeron la oración de consagración. En conmemoración de este acontecimiento, la corporación municipal regaló a la parroquia un precioso estandarte bordado en oro con la imagen de Nuestra Señora de la Asunción.

De este modo, el pueblo de Alpedrete, que el 25 de marzo de 1954 se consagró a la Virgen, anticipándose a la consagración que España entera iba a realizar siete meses más tarde ante la Virgen del Pilar, ha renovado su consagración el 15 de agosto 2004, nueve meses antes de que se renueve la de toda España en Zaragoza.

Uno de los signos de la actuación de la Virgen en este cincuentenario ha sido la colaboración de distintos movimientos y grupos de la Iglesia, convocados todos por nuestra Madre común: entre los organizadores y conferenciantes ha habido miembros de las cofradías de Santa Quiteria y la del Santísimo Sacramento y del Santo Cristo, Acción Católica, PP. Agustinos, Comunidades Neocatecumenales, Familias de Nazaret, Opus Dei, Renovación Carismática, Schola Cordis Jesu, además de la participación del Santuario de Schönstatt, que nos prestó las capillas de la Virgen con los folletos que las acompañaban.

Que la Madre de Nuestro Señor siga siendo fuente de unidad y de paz entre todos los habitantes de Alpedrete, todos los españoles, todos los miembros de la Iglesia y todos los hombres del mundo.

## **Oración para la renovación de la consagración del pueblo de Alpedrete**

Virgen María,  
Madre de Dios y Madre nuestra:

En el día en que celebramos  
que fuiste asunta al cielo por tu hijo,  
y al cumplirse cincuenta años de la consagración  
de este pueblo a tu Inmaculado Corazón,  
con el deseo de vivir en plenitud  
nuestra consagración bautismal,  
que nos hizo hijos de Dios  
y miembros de la Iglesia,  
nos consagramos a tu Corazón Inmaculado  
para vivir como hijos tuyos.

Te damos gracias porque,  
como en las bodas de Caná,  
siempre nos obtienes de tu Hijo  
todos los bienes materiales y espirituales  
que necesita nuestro pueblo,  
en especial la gracia de vivir unidos en el amor.

Ayúdanos a ser testigos del Evangelio  
y signo vivo de la misericordia de Dios  
en medio del mundo.

Santa María en su Asunción,  
patrona de esta parroquia de Alpedrete,  
ruega por nosotros.

# El Hombre-Dios se formó en el seno virginal de María

JOSÉ M<sup>a</sup> PETIT SULLÁ

La devoción a la Virgen María ha ido creciendo ininterrumpidamente y, en particular, desarrollando su fundamento bíblico, a lo largo de los últimos siglos en la Iglesia católica. Se ve con toda claridad la acción del Espíritu que anima a la Iglesia cuando ha manifestado a algunos santos, con especial predilección, que pusieran de relieve la importancia fundamental que tiene en el nacimiento y el desarrollo de la fe la devoción a la Virgen. Hemos dicho *nacimiento* porque precisamente corresponde a María ser quien ha dado al mundo no sólo a Jesús, el Dios-Hombre, sino también a su cuerpo místico, la Iglesia, a cada cristiano. Tal es la doctrina importantísima que nos ha anunciado san Luis María Grignion de Montfort en su célebre *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*. Nunca acabaríamos de ponderar la preciosa doctrina montfortiana sobre el insustituible papel de María en la obra salvadora.

El énfasis especial de Montfort es que la Santísima Trinidad no hubiera obrado el plan de salvación sobre toda la humanidad si no hubiera mediado la Santísima Virgen María. «El Eterno Padre no ha dado su único Hijo al mundo sino por medio de María... El mundo era indigno, dice san Agustín, de recibir al Hijo de Dios directamente de las manos del Padre; se le ha dado a María para que el mundo lo recibiese por ella. El Hijo de Dios se ha hecho hombre para nuestra salvación, pero en María y por María. El Espíritu Santo ha formado a Jesucristo en María, pero después de haberle pedido su aquiescencia por uno de los primeros ministros de su corte» (ob. cit., n. 16). Y continúa: «Dios Hijo ha bajado a su seno virginal, como el nuevo Adán al paraíso terrestre, para tener en ella sus complacencias y para obrar en ella las grandes maravillas de la gracia. Dios hecho hombre ha encontrado su libertad en verse aprisionado en su seno...» (n. 17).

Es claro que san Luis María, cuya doctrina ha influido tanto en el gran papa Juan Pablo II, por inspiración divina ha penetrado a fondo el misterio de la Encarnación. Decía Juan Pablo II que la Encarnación es el misterio más grande que ha ocurrido a lo largo de toda la vida de la humanidad. «El autor [del *Tratado de la verdadera devoción*] es un teólogo notable. Su pensamiento mariológico está basado en el misterio trinitario y en la verdad de la Encarnación del Verbo de Dios» (Juan Pablo II, *Don y misterio*). En efecto, escribe san Luis María: «Este misterio es un resumen de todos los misterios, que

contiene la voluntad y la gracia de todos; en fin, que este misterio es el trono de la misericordia, de la liberalidad y de la gloria de Dios» (n. 248).

Como decíamos más arriba, la devoción a la Virgen es un ejemplo preclaro de lo que significa el verdadero progreso en el conocimiento del plan salvífico de Dios sobre los hombres. En Grignion de Montfort encontramos proféticamente anunciada la misión de María, Madre de Dios y por ello Madre de cada uno de nosotros, en el orden de la gracia. Nunca se había propuesto una devoción mariana tan trinitaria como la suya. «Y la conducta que las tres Personas de la Santísima Trinidad han observado en la Encarnación y en la primera venida de Jesucristo, la siguen todos los días, de una manera invisible, en la santa Iglesia, y la observarán hasta la consumación de los siglos, aun en la última venida del Señor» (n. 22). De san Luis María son las palabras que Juan Pablo II hizo célebres: «Totus tuus ego sum et omnia mea tua sunt». Palabras que dirige primero a Jesús (n. 233) y después a María (n. 266), pero con una precisión: que cuando las dirige a Jesús, lo hace con la fórmula «Soy todo vuestro, y todo lo que tengo os pertenece, ¡oh mi amable Jesús! por María, vuestra Santísima Madre».

Contrasta el ver a María como aquella que ha hecho a la humanidad digna de recibir a Jesús con la expresión que hallamos en el célebre *Te Deum*, donde sólo se cita a la Virgen para decir: «Ad liberandum hominem nos horruisti Virginitis uterum». El desconocido autor de tan precioso himno –quizá el santo obispo Nicetas de Remesiana, de finales del siglo IV– creyó hacer un elogio del Verbo encarnado diciendo que para salvar al hombre *no temió* el seno de la Virgen María, sin percatarse de que María no fue un «medio desagradable» para entrar en el mundo, sino, por el contrario, el grandioso medio que hizo tan agradable a nuestro Salvador su estancia entre los hombres.

Concluamos con una de las mil maravillosas reflexiones del santo de Montfort: no podemos ir dignamente a comulgar sin ponernos primero en manos de María, de manera que sea ella en realidad quien reciba a Jesús. Por ello, hacia el final de su *Tratado* escribe que «... en fin, Jesús, que la ama sobre todo, desea aún tener en ella sus complacencias y su reposo, aunque sea en vuestra alma, más miserable y más pobre que el establo donde Jesús no halló inconveniente en ir porque allí estaba ella» (n. 266).

# Venida de las reliquias de santa Margarita María a España en el año de la Eucaristía

*(6 de junio a 4 de julio de 2005)*

Schola Cordis Iesu, en colaboración con otros movimientos apostólicos seculares devotos del Corazón de Jesús, ha promovido que las reliquias de santa Margarita María Alacoque, la mensajera del Corazón de Jesús, visiten España a lo largo del mes de junio y primeros días de julio del presente año 2005, año de la Eucaristía.

La iniciativa ha sido secundada por las religiosas salesas del Monasterio de la Visitación de Nuestra Señora de Barcelona y por los padres salesianos del Templo del Corazón de Jesús del Tibidabo dentro de las celebraciones propias del año de la Eucaristía, y se ha extendido a los restantes monasterios de la Orden de la Visitación en España, y a otras asociaciones religiosas y seculares, que colaboran con ellos en su organización práctica.

El objetivo del viaje es que la venida de las reliquias haga despertar y reavivar en nuestra patria la esperanza sobrenatural del reinado del Corazón de Jesús mediante la renovación de nuestra consagración a su Corazón, y la práctica de la reparación por las ofensas y abandono con que es tratado en el Santísimo Sacramento. Será también ocasión de urgirle a que cumpla lo prometido al padre Hoyos hace casi trescientos años de que su Corazón reinaría entre nosotros con más veneración que en otras partes. Esta confianza en la especial misericordia del Corazón de Jesús para con nosotros y nuestras miserias, se estima ha de ser dada a conocer como remedio eficaz frente al laicismo promovido por los poderes públicos, y como defensa contra el proyecto de apostasía social difundido por los grupos que controlan los medios de crear opinión.

La venida de las reliquias de la mensajera del Corazón de Jesús a España quiere ser un medio de colaborar en los actos de la celebración del año de la Eucaristía, dispuesta por el siempre recordado papa Juan Pablo II para la Iglesia en 2005, mediante la difusión de la devoción al amor misericordioso al Corazón de Jesús, tal como éste la reveló en Parayle-Monial, y nos enseñó santa Margarita María: «Tengo sed ardiente de ser amado por los hombres en la Eucaristía». El culto de adoración y reparación al Corazón de Jesús en la Eucaristía es precisamente el medio que él nos pide para corresponder a su amor tan ignorado y despreciado por nuestros hermanos españoles del siglo XXI.

Los veinte monasterios de la Orden de la

Visitación de Nuestra Señora en España podrán venerar las reliquias de su entrañable hermana Margarita María, pero, además, el itinerario del viaje se detiene en los tres lugares que, en palabras del beato Juan XXIII, son «los jalones gloriosos que se alzan en el suelo del querido pueblo español, expresando sus sentimientos de amor y reparación al Corazón de Jesús, testigos de los raudales de misericordia y de gracia que el Señor derrama... ¡ Que este fluir de almas al Corazón de Jesús continúe siempre ininterrumpido en estos santuarios!»: el templo del Sagrado Corazón de Jesús del Tibidabo en Barcelona, el santuario del Cerro de los Ángeles en Getafe, Madrid, monumento al Corazón de Jesús en el centro geográfico de España, y el santuario de la Gran Promesa de Valladolid, el Paray español, donde el venerable novicio jesuita Bernardo de Hoyos, recibió en 1733 la promesa del Corazón de Jesús de su reinado en nuestra patria.

Se han recibido ya laudatorias autorizaciones de los arzobispos y obispos de Barcelona, Vic, Mallorca, Valencia, Granada, Sevilla, Córdoba, Toledo, Getafe, Madrid, Valladolid, Salamanca, Oviedo, Lugo, Tuy-Vigo, Burgos, Vitoria y San Sebastián, para que las reliquias de la santa se puedan venerar en las distintas localidades de su jurisdicción, y se han dignado bendecir los actos a celebrar.

Congregaciones religiosas especialmente consagradas a la devoción al Corazón de Jesús, entre otras: los Misioneros del Sagrado Corazón, celosos discípulos del padre Chevalier, los Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón en Toledo y Navarra, la Orden de Hijas de María Nuestra Señora de Talavera de la Reina, el Instituto de Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, el Consejo Nacional de la Adoración Nocturna Española, el Centro Nacional de la Guardia de Honor al Corazón de Jesús, centros del Apostolado de la Oración, Schola Cordis Iesu, Comunidad Emmanuel en España, Familias de Nazaret, Cruzadas de Santa María... y otras asociaciones y movimientos seculares colaboran con los monasterios de la Visitación para la realización práctica del viaje.

En el número del mes de junio, dedicado al Sagrado Corazón, se tratará más en extenso sobre el viaje de las reliquias de su mensajera por España.

Para mayor información puede verse en internet: [www.templotibidabo.org/sta\\_margarita/margarita.htm](http://www.templotibidabo.org/sta_margarita/margarita.htm) Reliquias.

# Itinerario del viaje de las reliquias

Día 6 de junio. Recepción de las reliquias en Paray-le Monial. Salida hacia España. Llegada a Barcelona y embarque hacia Palma.

Día 7. Palma de Mallorca. Monasterio de la Visitación. Noche Vigilia.

Día 8. Embarque a Valencia. Monasterio de la Visitación de Godella. Valencia.

Día 9. Monasterio de Valencia. Salida a Barcelona. Santa Misa. Hora Santa Catedral del Santo Espíritu de Tarrasa. Carmelo Igualada. Vigilia Adoración.

Día 10. Colegio el Pinar de N<sup>a</sup>. Señora. Valldoreix. Barcelona. Iglesia PP. Jesuitas C/ Caspe. Santuario de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

Día 11. Santa Misa Monasterio Visitación presidida por Cardenal D. Ricardo María Carles. Acto Eucarístico en Balmesiana. Oratorio Lumen Dei. Carmelo de Vic. Acto presidido por el obispo de Vic Don Romà Casanova. Apostolado de la Oración. Comunidad Emmanuel. Vigilia de Adoración en el Monasterio de la Visitación.

Día 12. Consagración de las familias al Corazón de Jesús en el Templo Expiatorio del Tibidabo. Salida hacia Alicante. Acto Eucarístico en Onil (Alicante)

Día 13. Monasterio de la Visitación de Orihuela. Acto Eucarístico. Monasterio de la Visitación de Maracena en Granada.

Día 14. Monasterio de la Visitación de Sevilla.

Día 15. Monasterio de la Visitación de Córdoba.

Día 16. Toledo. Iglesia de San Ildefonso PP. Jesuitas.

Día 17. Templo Expiatorio de la Fraternidad Reparadora en el Corazón de Cristo de Oropesa. Colegio de la Orden de Hijas de Nuestra Señora de Talavera. Vigilia Eucarística juventud de Talavera.

Día 18. Cerro de los Ángeles. Santuario Nacional del Corazón de Jesús. Carmelo.

Día 19. Misa en la Catedral de N<sup>a</sup>. Sra. de la Almudena de Madrid. Residencia PP. Jesuitas. Parroquia de Santa Margarita María. Acogida en el Primer Monasterio de la Visitación. Vigilia de Adoración.

Día 20. Segundo Monasterio de la Visitación de Madrid. Misa presidida por el nuncio de su Santidad monseñor Monteiro de Castro.

Día 21. Tercer Monasterio de la Visitación de Madrid. Misa presidida por el obispo auxiliar de Madrid monseñor César Franco.

Día 22. Primer Monasterio de la Visitación de Madrid. Misa presidida por monseñor Antonio Rouco Varela, Cardenal de Madrid.

Día 23. Monasterio de la Visitación de Valladolid.

Día 24. Santuario Gran Promesa Valladolid. Centro Espiritualidad. PP. Jesuitas. Vigilia juvenil de Adoración.

Día 25. Monasterio de la Visitación de Salamanca. Santa Misa presidida por el obispo de Salamanca. Monasterio de la Visitación de Oviedo. Santa Misa.

Día 26. Monasterio de la Visitación de Oviedo. Monasterio de la Visitación de Lugo.

Día 27. Monasterio de la Visitación de Lugo. Monasterio de la Visitación de Vigo. Vísperas/ Santa Misa con la presencia de monseñor José Diéguez Reboredo, obispo de Tuy-Vigo. Exposición de S.D.M. y turnos de vela.

Día 28. Monasterio de la Visitación de Lugo. Laudes/Santa Misa presidida por el padre Pedro Pablo Requejo Herrero, S.I., Director espiritual diocesano del Apostolado de la Oración. Exposición de S.D.M. y turnos de vela ante el Santísimo durante todo el día. Vísperas. Reserva de S.D.M. Santa Misa presidida por monseñor José Cerviño y Cerviño, obispo de Lugo.

Día 29. Monasterio de la Visitación de Vitoria.

Día 30. Monasterio de la Visitación de Burgos.

Día 1 de julio Monasterio de la Visitación de Burgos.

Día 2. Monasterio Visitación de Burgos. Monasterio de la Visitación de San Sebastián. Acto eucarístico en el Monte Urgull.

Día 3. Monasterio de la Visitación de San Sebastián. PP. Jesuitas.

Día 4. *Posibles actos en Guipúzcoa o Navarra.*

Día 5. Salida acompañada por familias numerosas que llevarán a la santa a Paray-le-Monial donde permanecerán con sus niños una semana de convivencia.

# San José en Benedicto XV

*Cuando se elige un nuevo pontífice, la atención de los fieles se dirige también hacia aquellos papas que ostentaron el mismo nombre que el recién escogido. En la elección de Benedicto XVI dirigimos la mirada hacia su antecesor Benedicto XV para recordar su vinculación con la devoción a san José, especialmente por su breve Bonum sane, con motivo del cincuentenario de la proclamación por el beato Pío IX del Santo como patrono de la Iglesia universal. En el breve citado, el papa Benedicto proponía a san José como modelo para los trabajadores, los padres de familia y los moribundos. Por la especial vinculación con Barcelona, reproducimos el documento, dirigido al obispo de la diócesis, por el que autoriza la coronación canónica de la imagen del Santo que se venera en el santuario de San José de la Montaña.*

Venerable Hermano, salud y apostólica bendición:

La Pía Unión o la Junta constituida para fomentar el culto y piedad de los fieles hacia san José esposo de la Bienaventurada Virgen María, ha elevado a Nos reverentes preces en las cuales manifiesta que en la iglesia consagrada a Dios bajo la advocación del mismo Santo Patriarca, patrono de la Iglesia universal, y vulgarmente conocida con el nombre de santuario de San José de la Montaña, dentro de los límites de esta tu diócesis de Barcelona, existe, públicamente venerada, una imagen de san José sosteniendo al Niño Jesús en sus manos, siendo vehemente su deseo de que tanto al divino Niño como a su Padre putativo, en Nuestro nombre y con la mayor pompa, les sea impuesta una preciosa corona.

Por tanto, Nos, que conocemos muy bien la divulgada fama de dicho santuario, aun en las más apartadas regiones del orbe cristiano, pues no ignoramos que de toda España y también de América se han promovido peregrinaciones al mismo, y que del propio santuario, como de una fuente perenne, han dimanado innumerables carismas de gracias al pueblo cristiano; teniendo al mismo tiempo presente que la devoción al Santo Esposo de la Purísima Virgen María es allí cultivada y propagada con el mayor entusiasmo por dos asociaciones canónicamente erigidas, a saber, una con el título de «Pía-Unión de San José», y la otra con el de «Culto perpetuo» al mismo Santo, las cuales revisten importancia, no sólo por el número de asociados, sino también porque emplean todos los medios para conseguir su fin propuesto; por todo ello espontáneamente y con el mayor agrado Nos hemos sentido inclinados a acceder a semejantes preces, principalmente, Venerable Hermano, habiendo sido presentadas a Nos con la fuerza y eficacia de tu recomendación.

De conformidad con lo expuesto, ofreciendo ocasión muy propicia el quincuagésimo aniversario de la proclamación del patrocinio celestial de san José

sobre la universal Iglesia, habiéndolo consultado con nuestros Venerables Hermanos Cardenales pertenecientes a la Sagrada Congregación de Ritos, a ti, Venerable Hermano, por el tenor de las presentes te damos comisión, al objeto de que en un día dentro del año cincuentenario de dicha proclamación y que será elegido a tu libre arbitrio, en nuestro nombre y con nuestra autoridad impongas a las imágenes referidas así del Infante Jesús como de san José, una preciosa corona, debiendo observarse en todo las solemnidades prescritas.

Y para que con tan fausto motivo, los fieles obtengan ventajas espirituales, a todos y a cada uno de ambos sexos que, arrepentidos y confesados de sus pecados y alimentados con la Sagrada Comunión, visitaren el santuario de San José de la Montaña dentro del espacio de tiempo correspondiente a las solemnes fiestas de dicha coronación, y allí rogaran por la concordia entre los príncipes cristianos, extirpación de las herejías, conversión de los pecadores y exaltación de la Santa Madre Iglesia, confiados en la misericordia de Dios Omnipotente y en la autoridad de sus apóstoles san Pedro y san Pablo, les concedemos benignamente en el Señor indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados. A los que, a lo menos con el corazón contrito se hallen presentes a la coronación y asimismo rueguen según antes dijimos, les perdonamos trescientos días del número de los de pena que les correspondan, en la forma acostumbrada a la Iglesia. Además otorgamos a los mismos fieles que, si más lo prefieren, puedan aplicar dichas indulgencias, tanto plenaria como parcial, en sufragio de los difuntos. No obstante cualquier cosa en contrario. Teniendo valor las presentes letras por sólo esta única vez.

Dadas en Roma junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 15 del mes de enero de 1920, sexto año de nuestro pontificado.

CARD. GASPARRI, Secretario de Estado, al Venerable Hermano Enrique, Obispo de Barcelona.



# Antonio Royo Marín, O.P., in memoriam

IÑAZIO AZCOAGA LASHERAS

No pretendo en estas líneas hacer una semblanza exhaustiva del padre Royo. Es una figura enorme para ello. Cualquiera podría hacerlo mucho mejor que yo. Me conformo con decir unas palabras sobre su vida y su obra, llenas de agradecimiento y de cariño a un humilde fraile dominico que ha hecho un gran bien en la Iglesia.

El domingo 10 de abril de 2005 recibía una noticia que me llenaba de alegría: el padre fray Antonio Royo Marín llegaba a Villava a la enfermería de los dominicos. Sin perder tiempo, ese mismo día acudía a visitarle. Estaba muy mal, con un gran sufrimiento. Sin embargo, no había perdido el conocimiento. Con gran fatiga podía aún hablar. «Desde mi condición de católico y de sacerdote rechazo con toda mi alma la eutanasia; es un crimen», me decía aquel hombre que ya no podía más por el dolor. «Ahora bien, quiero que se me apliquen los medios ordinarios para cuidarme, no los extraordinarios» decía el fino moralista. Aún pude estar otra vez con él y una semana después descansaba en el Señor. Siempre había esperado la muerte, como el dulce encuentro con Dios. Siempre había anhelado el cielo.

Antonio Royo Marín había nacido el 9 de enero de 1913 en Morella (Castellón). Su lengua materna era el valenciano. De allí se fueron a vivir a Madrid. Solía contar su vocación como «una llamada tumbativa». Habiendo comenzado los estudios de medicina, en una ocasión le vino la consideración de que si iba a ser médico de cuerpos, ¿por qué no médico de almas? Inmediatamente cerró de golpe el libro de medicina y «hasta hoy», como solía decir, ni una duda. Ingresó en el seminario diocesano de Madrid. Más tarde sentiría la llamada a la vida religiosa, por lo que ingresó en la orden de los dominicos en 1939. De la época de la guerra civil contaba que le llevaron ante un tribunal republicano. Él solía contar que no por valentía sino más bien por astucia, inmediatamente les dijo que era católico, apóstolico, romano. De ese modo, decía él, si le fusilaban por ese concepto moriría mártir. Si le hubiesen fusilado por otro concepto hubiese muerto igual, pero no mártir de Cristo. No quiso el Señor llevarse tan pronto. Fue ordenado sacerdote en 1944. Obtuvo el doctorado en teología en Roma, fue profesor en Salamanca, predicó por toda España y ha pasado finalmente muchos años en la basílica de Atocha en Madrid. En verano solía acudir al convento

de las madres dominicas de Ategorrieta en San Sebastián y al convento de las dominicas de Olmedo. En los últimos años por la artritis no podía casi andar pero ha mantenido la cabeza clara hasta el final. La última semana de su vida la ha pasado en la enfermería que tienen los dominicos en Villava, donde falleció el pasado 17 de abril.

El padre Royo Marín, además de un gran profesor de dominicos en formación en la facultad de San Esteban de Salamanca, ha sido un prolífico escritor, que cuenta con más de veinticinco libros publicados. Hasta el final de sus días no ha dejado de escribir. Su última obra ha sido *Sentir con la Iglesia* (2003), una obra que da muy bien idea de cuál ha sido la trayectoria de este eminente teólogo. Como los Padres de la época de los primeros concilios, ha sido un hombre estrictamente fiel a la doctrina de la Iglesia. Recuerda a un san Atanasio o a un san Cirilo o san Máximo el Confesor, ya que a pesar del ambiente tan difícil, de los ataques, de los desprecios, de la rebeldía contra la Iglesia en muchos ambientes teológicos... siempre se ha mantenido inquebrantable en la exposición y defensa de la verdadera doctrina católica. Ha sido un gran tomista que en todos sus libros ha enseñado de modo sistemático y claro el admirable mensaje del Evangelio. Siempre fiel a la Escritura, la Tradición y el Magisterio. Un auténtico teólogo. El Papa le concedió la medalla «Pro Ecclesia et Pontifice» en 1986, y él gustaba decir que estaba contento porque había recibido el «nihil obstat» del Papa a sus obras. En el sermón que pronunció al recibir esta egregia distinción, dijo las siguientes palabras: «Tal vez el Santo Padre haya querido premiar la plena, total y absoluta fidelidad al supremo magisterio de la Iglesia, que he procurado mantener con escrupulosa tenacidad a todo lo largo de mis actividades apostólicas de palabra y por escrito. ¡Jamás, jamás he pronunciado una sola palabra o escrito una sola línea en la que me haya permitido discrepar o apartarme un solo ápice del magisterio de la Iglesia, no sólo cuando el Papa propone *ex cathedra* una doctrina de fe —¡faltaría más!—, sino cuando a través de su magisterio ordinario expone una determinada doctrina en forma de encíclicas, exhortaciones, alocuciones, etc., etc., incluyendo la sencilla catequesis que el Papa imparte todos los domingos desde la ventana de su habitación al rezar el Ángelus con la muchedumbre congregada en la plaza de San Pedro».

No podría citar aquí todos sus libros sin extenderme demasiado. Son muchísimos y de gran valor. De todos ellos, él siempre solía decir que el mejor era el de la *Teología de la perfección cristiana*. Destacan otros muchos: *Teología moral para seglares*, *Grandes maestros de la vida espiritual*, *Jesucristo y la vida cristiana*, *Teología de la salvación...*

Pero, si tuviera que elegir la faceta más sobresaliente del padre Royo, a pesar de su impresionante obra literaria, yo citaría más bien su faceta de predicador. Sin duda, era un hombre que tenía el carisma de su orden. La Orden de Predicadores, en la que tuvo el título de predicador general. Ya tengo algunos años, he oído predicar a muchos sacerdotes y obispos, pero nunca como al padre Royo Marín. Recuerdo sus sermones, su capacidad impresionante de captar la atención y comunicar, la profunda teología que enseñaba en los mismos. No tenía «pelos en la lengua», en los temas de moral era un verdadero profeta. Con su capacidad oratoria (lo comparaban con una metralleta por la cantidad de palabras que decía a gran velocidad) elaboraba unos sermones profundamente edificantes para la vida espiritual e instructivos a la vez que sencillos, que hacían un gran bien en el auditorio. Era un hombre profundamente piadoso. Amante de la Santísima Virgen con todo el corazón. Recuerdo que solíamos ir a Lourdes y no podía allí cele-

brar la santa misa sin derramar lágrimas. Era un enamorado del santísimo Rosario, cuyos quince misterios rezaba a diario y sin descanso predicaba sus inmensos beneficios y aseguraba irrefutablemente la salvación para quien lo rezase a diario.

En definitiva, fue un hombre de Dios. «Muero como católico, sacerdote y dominico», nos decía una semana antes de su muerte. En sus últimas palabras nos hablaba del santo sacrificio de la misa con una admiración, una gratitud a Dios y una fe inmensas, como el centro del sacerdocio y de toda la vida cristiana. También pudimos comentar la muerte de Juan Pablo II, de quien había sido compañero de pupitre en el Angelicum. Decía que su muerte había sido como un terremoto tremendo que había conmovido a toda la humanidad, la muerte de un papa enorme. Nos recordaba que no nos conformásemos con ser unos buenos sacerdotes. Que debemos aspirar a la santidad. Y quiso confesarse conmigo; «me confieso ante la Iglesia», dijo. Después de recibir la absolución sacramental se quedó tranquilo, dispuesto a morir. Anhelando la muerte, no por desprecio a la vida sino por acudir a la presencia de Dios. La Virgen y san José, a quienes amó con toda su alma en la vida, y santo Domingo le habrán asistido muy especialmente en el postrer suspiro. Descanse en paz, fray Antonio. Gracias de todo corazón.

## La dictadura del relativismo

Cuántos vientos de doctrina hemos conocido en estas últimas décadas, cuántas corrientes ideológicas, cuántas modas del pensamiento... La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos con frecuencia ha quedado agitada por las olas, zarandeada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinismo; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc. Cada día nacen nuevas sectas y se realiza lo que dice san Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que tiende a inducir en el error (cf. Ef 4,14). Tener una fe clara, según el Credo de la Iglesia, es etiquetado con frecuencia como fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, el dejarse llevar «zarandear por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud que está de moda. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que sólo deja como última medida el propio yo y sus ganas.

Nosotros tenemos otra medida: el Hijo de Dios, el verdadero hombre. Él es la medida del verdadero humanismo. «Adulta» no es una fe que sigue las olas de la moda y de la última novedad; adulta y madura es una fe profundamente arraigada en la amistad con Cristo. Esta amistad nos abre a todo lo que es bueno y nos da la medida para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre el engaño y la verdad.

Cardenal Ratzinger: Homilía en la misa «por la elección del Romano Pontífice». 18 de abril de 2005

# La encrucijada libanesa

SANTIAGO ALSINA CASANOVA

**L**ÍBANO, el más pequeño de los estados árabes, declaró su independencia política un 22 de noviembre de 1943. El país está situado en el ángulo nordeste del Mediterráneo, fronterizo tanto con Israel como con Siria.

Para entender el porqué de la nación libanesa hay que desmenuzar sus orígenes en los diferentes acontecimientos que nos relata su historia. Desde los primeros tiempos de la Edad Media, este país es considerado como inaccesible refugio de montaña en el que se han cobijado todos los rebeldes, todos los perseguidos: destacados mardaítas sublevados contra Bizancio, jacobitas, maronitas, aventureros kurdos, chiítas y drusos. Estos grupos tan heterogéneos fueron recibidos frecuentemente con hostilidad y lucharon entre ellos, pero siempre se unieron para defenderse contra intrusos extranjeros, los cuales nunca lograron más que éxitos momentáneos.

Los diferentes grupos fueron nómadas hasta establecerse definitivamente: los kurdos y los musulmanes sunitas, en Akkar; los cristianos ortodoxos, en Koura; los chiítas, en el Hermel; los maronitas, en el Kadisha y Kesruán; cristianos y drusos, en Metn; drusos, con maronitas y griegos, en el Schuf.

Recordemos que la Iglesia maronita (cuyo nombre viene de san Marón, cenobita de la Iglesia de Antioquia del siglo IV), es la única Iglesia oriental totalmente unida a Roma, con una gloriosa y larga historia de fidelidad y martirio. Mantiene una jerarquía propia con un patriarca a la cabeza, con un rito propio, unas instituciones específicas y una espiritualidad marcada por su largo sufrimiento. Aunque la Iglesia maronita es la más numerosa de las comunidades católicas presentes en el Líbano, marcando de forma significativa la historia libanesa, están también presentes los greco-melkitas, caldeos, coptos y armenios con un número muy inferior.

A partir de 1975, en una época en que el Líbano se había convertido en un país próspero, los acontecimientos vendrán marcados por la guerra. Tres ejes principales son los que nos explican las causas de esta inestabilidad que dura ya más de veinticinco años: la guerra civil, la invasión israelí y la ocupación siria.

La guerra civil fue el conflicto que enfrentó a cristianos y musulmanes por el control del país, y en el que también tomaron parte Siria e Israel, inicialmente para mediar entre las distintas facciones, aunque la

realidad derivó hacia un enfrentamiento entre Siria, Israel y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). Esta contienda duró quince años, entre 1975 y 1990, y provocó la muerte de ciento cincuenta mil personas. En mayo de 1991, los diversos contendientes locales entregaron las armas al ejército regular libanés.

La invasión del sur del Líbano por parte de Israel en 1978 y su posterior entrada en Beirut en 1982 tenían el objetivo defensivo de prevenir, de forma permanente, el ataque de los radicales palestinos y de los islamistas libaneses contra las poblaciones judías fronterizas. Para ello se invadió lo que el sionista llamó «franja de seguridad» entre ambos. La ocupación no fue una intervención aislada, sino que forma parte de las periódicas operaciones militares (represalias en la mayoría de los casos) realizadas por el ejército judío contra los palestinos, presentes masivamente en el Líbano con ocasión de la independencia israelí y alimentados en su número por los sucesivos éxodos generados por las posteriores guerras árabe-israelíes.

Israel ocupó el territorio fronterizo e instrumentalizó a las milicias cristianas del «Ejército del sur del Líbano» (ESL), que posteriormente serían abandonadas a su suerte al comprobar los israelíes *in situ* la imposibilidad de someter el país, dejándoles en manos de las milicias armadas de Hezbollah, el partido islamista chiíta libanés creado a imagen de los «guardianes de la revolución» de Irán. Las milicias armadas de Hezbollah no tuvieron clemencia con el ESL y lanzaron una efectiva campaña de coches bomba que causó numerosas víctimas. Esto obligó de nuevo a la diáspora maronita-libanesa, principalmente hacia Israel, Argentina u otros países donde habita una importante comunidad libanesa.

La ocupación militar del Líbano por parte del ejército sirio data de 1976, por un acuerdo con la Liga Árabe para mediar entre las distintas facciones que se enfrentaban en la guerra civil. Posteriormente, para solucionar el conflicto se alcanzaron unos acuerdos negociados y firmados en la ciudad saudita de Taef, en octubre de 1989, que garantizaban la presencia de las tropas de Damasco como un contrapeso a la invasión israelí del año 1982.

Durante años, tanto los libaneses como la comunidad internacional toleraron la presencia de tropas sirias para mantener el particular equilibrio en la región. Pero tras la retirada de Israel en 2000, tras

veintidós años de presencia en territorio libanés, las presiones hacia Siria fueron creciendo.

A partir de ese momento, se consolidó y acrecentó la interferencia siria sobre la política interna del Líbano, avalada por la presencia de su ejército y condicionando los vaivenes políticos del país, lo que ha provocado resentimiento y divisiones entre las distintas etnias y religiones que componen el Líbano.

El asesinato de Rafik El Hariri puso en marcha un complejo tablero en suelo libanés, el cual –al igual que antes– se está usando como campo de disputas de otros. Hariri –un multimillonario musulmán sunita de 62 años– fue primer ministro desde 1992 a 1998 y luego, desde 2000 hasta 2004, período en el que gracias a sus fuertes nexos a nivel internacional –entre los que destacan la familia real saudita y su amistad con el presidente francés Jacques Chirac– reconstruyó buena parte del devastado país.

Durante esos años mantuvo buenas relaciones con Siria, que le dio su apoyo. Pero en los últimos tiempos Hariri, cada vez más próximo a los saudíes, se había transformado en un fuerte opositor a la intervención de ese país en los asuntos internos del Líbano y a la presencia de 17.000 militares sirios en territorio libanés. Su renuncia como primer ministro se debió a la enmienda a la Constitución en el Parlamento que permitió alargar el mandato de Emile Lahud, pilotada desde Damasco.

Si bien no ha habido ninguna detención ni reivindicación del asesinato de Rafik El Hariri, todos los dedos apuntan hacia Damasco. El día de su entierro, en la mezquita Mohamed Al Amin, las voces de los libaneses partidarios del ex primer ministro

se alzaban para repudiar y culpar al gobierno libanés prosirio de Emile Lahud y a la administración de Damasco, encabezada por el presidente sirio, Bashar Al Assad. Las subsiguientes manifestaciones reclamando la salida de los sirios del país, a las que se han sumado los cristianos y los drusos, unidas al aislamiento internacional del régimen sirio, parecen abrir una vía para la esperanza en el país de los cedros.

Líbano, y en particular su comunidad cristiana, ha sido hasta el momento la nación que siempre sale perdiendo en todo este movimiento de piezas del puzzle de Oriente Medio. Sufre la propia debilidad interna que nace de su división y ausencia de proyecto común. Esta debilidad ha llevado a los diferentes gobernantes libaneses y facciones en lucha, a la petición de auxilio tanto de Siria como de Israel, que han jugado en exclusivo beneficio propio. Siria ha jugado a «divide y vencerás», apoyando a lo largo del conflicto a todas las facciones en algún momento de los enfrentamientos y consiguiendo así el progresivo debilitamiento de todos los contendientes. Israel jugó por su parte la baza de prestar su apoyo a los cristianos Bechir Gemayel y su partido Kataeb, abandonándoles cuando ya no parecía factible el proyecto de un Líbano fuerte liderado por los maronitas.

Hoy, debido a la lucha entre todas las facciones del mundo árabe, se abre una puerta a que en el Líbano puede realizarse de nuevo un proyecto común que permita a los cristianos vivir en paz en su país. En palabras de su patriarca, «las comunidades maronitas ruegan al Altísimo para que pueda realizar el sueño que siempre desearon».

## Pertenecer totalmente a Jesús por medio de María

La Iglesia, desde sus orígenes, y especialmente en los momentos más difíciles, ha contemplado con particular intensidad uno de los acontecimientos de la pasión de Jesucristo referido por san Juan: «Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dijo a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa» (Jn 19, 25-27). A lo largo de su historia, el pueblo de Dios ha experimentado este don hecho por Jesús crucificado: el don de su Madre. María santísima es verdaderamente Madre nuestra, que nos acompaña en nuestra peregrinación de fe, esperanza y caridad hacia la unión cada vez más intensa con Cristo, único salvador y mediador de la salvación (cf. *Lumen gentium*, 60 y 62).

Carta de Juan Pablo II a la familia montfortiana  
(8 de diciembre de 2003)



## *Pequeñas lecciones de historia*

### La paz del mundo en el Reino de Cristo

GERARDO MANRESA

**E**N los últimos siglos la máxima aspiración de muchos países ha sido la consecución de un clima de paz entre las naciones y no han escatimado medios para conseguirlo, aunque siempre han pretendido conseguirla con la premisa fundamental: ellos han de organizarla y controlarla. Ejemplos de esto hay infinidad, desde la guerra de los Treinta Años, por poner un inicio en guerras europeas, en la que Francia iba alargando la guerra para conseguir sacar ventajas al Imperio en la firma de la paz, hasta las recientes guerras en el Oriente Medio, en que los países occidentales quieren firmar la paz siempre que puedan controlar el petróleo y las armas nucleares.

Después de la primera guerra mundial, ante la gran catástrofe de vidas humanas algunas naciones creyeron oportuno la creación de un organismo a nivel mundial que fuera el centro de reunión donde todos los países pudieran exponer su voz, se juzgaran las diferentes situaciones y se solucionasen los conflictos entre las naciones, fue la Sociedad de Naciones; apenas pasados diez y seis años de su creación se declaró la segunda guerra mundial, mucho más destructora que la primera.

Al finalizar esta segunda guerra se quiso volver a la creación de este organismo mundial, pero sin los defectos del anterior. Al crearse esta segunda sociedad, la ONU, los vencedores de la segunda guerra mundial se declararon los jueces y dictaminadores de la justicia, de tal forma que, ellos tenían derechos que no tenían los demás países del mundo.

Hace pocos días, con ocasión de la muerte de nuestro querido papa, Juan Pablo II, el mundo ha visto un espectáculo que le ha dejado boquiabierto.

Después de veinticinco años de pontificado viajando por todo el mundo y exponiendo la Verdad, ante los dirigentes de todos los países, sin amilanarse ante los países grandes ni humillar a los países pequeños, con toda la caridad posible, la muerte del Santo Padre ha enseñado al mundo cual es el único camino para conseguir la paz.

Durante los días de agonía del Papa, miles de personas en la plaza de San Pedro y millones de personas, en las diferentes ciudades del mundo rezaban por su salud llenando las catedrales e iglesias de todo el orbe. A partir de su agonía y, especialmente a partir de su muerte, se inició el verdadero milagro.

Millones de personas llegaron a la Ciudad Eterna para ver y rezar por el Papa fallecido. Para lograrlo

tenían que esperar durante largas horas. Ni un solo accidente se produjo, los ciudadanos de Roma ofrecían acogida y ayuda a estos millones de peregrinos que, sin pensar donde se alojarían, llegaban a Roma para dar gracias a Dios por aquel Papa que tanto bien nos había hecho. Todo el mundo pudo ver este magno espectáculo de millones de personas, pacientemente esperando su turno, rezando y cantando himnos de alabanza al Señor. Era la última catequesis de Juan Pablo II, pero sin duda ni él mismo debía imaginar tal magnitud. Fue una catequesis universal en el pleno sentido de la palabra. Todo el mundo pudo verlo por televisión, pues todas las televisiones se dieron cuenta que, aunque solo fuera por negocio, la máxima audiencia estaba en esta conexión. ¡Fue una gran gracia de Dios!

Todos los dignatarios del mundo lo contemplaron y lo mejor todavía estaba por llegar. El clima de oración en todo el mundo era la base de lo que iba a suceder.

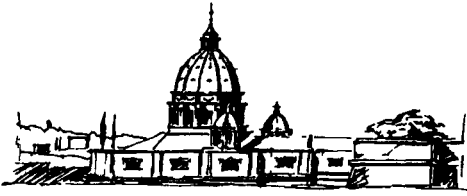
El día del entierro de Juan Pablo II se reunieron en Roma los más altos dignatarios de casi todos los países del mundo, ya políticos, ya religiosos, muchos de los cuales fueron allí, no por devoción, sino por obligación.

La Providencia quiso darnos un adelanto de lo que será el día bendito en el que «todos obedecerán a una sola voz» y así durante el sacrificio de la misa, el máximo acto que se puede realizar en todo el Universo, en el momento de darse la paz, todos los dignatarios, por mas enemistados que estuvieran, se dieron el ósculo de paz: ¡acto inimaginable en otro ambiente!

A quien tenga un poco de visión de la realidad le ha de haber quedado patente que la única forma de llegar a alcanzar la paz en el mundo es en este clima y en este ambiente.

¡Sólo en el Reino de Cristo, que es la Iglesia, es posible alcanzar la paz! ¡Sólo bajo el cayado de Pedro, conseguirán todos los dirigentes mundiales, ya sea políticos, ya religiosos, resolver todos los problemas que afectan a la humanidad y conseguir la felicidad para todos los hombres!

Así como el Señor se transfiguró ante sus apóstoles y les mostró su gloria, así a nosotros nos ha sido dado el don de contemplar cómo será el día glorioso en que en la tierra habrá «un solo rebaño bajo un solo Pastor».



# ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

## Doctorado honoris causa a don Francisco Canals Vidal

EN el marco del VI Encuentro de Rectores del Consejo Internacional de Universidades de Santo Tomás de Aquino (IC-USTA), nuestro colaborador Francisco Canals fue investido doctor honoris causa por la Universidad Abat Oliba-CEU de Barcelona, la Pontificia y Real Universidad de Santo Tomás de Manila (Filipinas) y la Universidad FASTA de Mar del Plata (Argentina), adhiriéndose a la concesión de dicho doctorado la Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires (Argentina), la Universidad Santo Tomás (Colombia) y la Universidad Santo Tomás (Chile).

En un acto muy emotivo, se ponderó repetidamente el gran trabajo realizado por el Dr. Canals durante toda su vida en el campo filosófico así como su amor a Dios y honda piedad mariana y josefina que, sin duda, han marcado, y, podríamos decir, posibilitado, la fecunda labor docente e investigadora del doctorando. En el presente número publicamos una crónica más extensa del magno acontecimiento que tuvo lugar el pasado 21 de abril. Desde aquí, no obstante, nos unimos de nuevo a las felicitaciones al Dr. Canals en tan merecido homenaje por su trabajo a favor de la Iglesia y de un conocimiento más profundo de la verdad sobre el hombre y el mundo.

## Muere el padre Antonio Royo Marín

EL pasado 17 de abril moría en Pamplona el padre Royo Marín a los 92 años de edad a consecuencia de una enfermedad cardíaca que le venía aquejando desde hacía tiempo. Perteneciente a la orden dominicana desde 1939, fue ordenado sacerdote en 1944, dedicándose durante toda su vida a la enseñanza y la investigación teológicas así como a la divulgación de la teología de santo Tomás de Aquino en España. Fruto de una vida de trabajo y tesón apostólico es su prolija obra teológica, veinticinco títulos publicados fundamentalmente en la Biblioteca de Autores Cristianos, y entre los que destaca por su gran repercusión en la sociedad española su «Teología moral para seglares», de la que se han vendido más de cien mil ejemplares, un éxito inusitado para unas obras de gran exigencia y profundidad doctrinales, pero a la vez de una claridad

pedagógica poco común. Predicador general de la Orden dominica y catedrático en Salamanca, hace pocos años fue nombrado profesor emérito de teología moral y dogmática de la Universidad de San Esteban (Salamanca) y distinguido por el papa Juan Pablo II con la medalla «Pro Ecclesia et Pontifice», en consideración a su dedicación a la Iglesia y al Papado. El padre Royo Marín, «uno de los exponentes más elevados de la espiritualidad dominica del siglo xx», fue enterrado en el cementerio eclesiástico madrileño de San Lorenzo y San José.

## «¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo»

EL 24 de abril y ante unas cuatrocientas mil personas, el papa Benedicto XVI se dirigía por primera vez a los fieles de todo el mundo constituido ya formalmente en Pastor supremo de la Iglesia universal. De la homilía extraemos a continuación algunos pasajes como botón de muestra de los sentimientos que embargaban al nuevo Vicario de Cristo en estos momentos tan solemnes:

«Y ahora, en este momento, yo, débil siervo de Dios, he de asumir este cometido inaudito, que supera realmente toda capacidad humana. ¿Cómo puedo hacerlo? ¿Cómo seré capaz de llevarlo a cabo? (...) No estoy solo. No tengo que llevar yo solo lo que, en realidad, nunca podría soportar yo solo. La muchedumbre de los santos de Dios me protege, me sostiene y me conduce. Y me acompañan, queridos amigos, vuestra indulgencia, vuestro amor, vuestra fe y vuestra esperanza. En efecto, a la comunidad de los santos no pertenecen sólo las grandes figuras que nos han precedido y cuyos nombres conocemos. Todo nosotros somos la comunidad de los santos; nosotros, bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; nosotros, que vivimos del don de la carne y la sangre de Cristo, por medio del cual quiere transformarnos y hacernos semejantes a sí mismo».

«¡Queridos amigos! En este momento no necesito presentar un programa de gobierno. (...) Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por él, de tal modo que sea él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia.»

## Aprobada ley injusta sobre el matrimonio.

**L**A mayoría de los grupos parlamentarios aprobaron el pasado 21 de abril, en el pleno de las Cortes, el proyecto de ley que modifica el Código Civil para extender el derecho a contraer matrimonio y a adoptar niños a las parejas del mismo sexo, desoyendo a la Iglesia católica, a representantes de iglesias protestantes, ortodoxa y judíos y sin recibir siquiera la Iniciativa Legislativa Popular (ILP) presentada por el FEF, con el apoyo de más de medio millón de firmas, para establecer explícitamente que «el matrimonio está compuesto legalmente sólo por la unión entre un hombre y una mujer», y que la adopción de menores sólo puede ser posible «cuando los adoptantes son el hombre y la mujer unidos en matrimonio».

A raíz de dicho acto, el presidente del Consejo Pontificio para la Familia, el cardenal Alfonso López Trujillo, recordaba que «una ley no tiene razón por el simple hecho de ser una ley» ya que una ley, si no es honesta y justa, no tiene carácter de ley y, por tanto, no puede obligar a los ciudadanos. Así pues, ante la nueva ley, que impone «cosas inicuas a los pueblos», el purpurado colombiano remarcaba que los ciudadanos no están obligados a cumplirla sino que, con libertad de conciencia, deben oponerse a ella. Además, recordaba que «todas las profesiones que tienen algo que ver con la aplicación de esta ley» deben declarar su objeción de conciencia, «la misma objeción de conciencia que se pide a los médicos y enfermeros ante un crimen como el aborto» y que, como cristianos, «deben estar dispuestos a pagar el precio más elevado, incluyendo la pérdida del empleo».

También el cardenal camarlengo, el riojano Eduardo Martínez Somalo, tuvo duras palabras de crítica contra la nueva ley ante los reyes Juan Carlos y Sofía y los ministros Juan Fernando López Aguilar (Justicia), Miguel Ángel Moratinos (Exteriores) y José Bono (Defensa): «no se puede ir contra el derecho natural y la moral de la persona».

## Misa y oficio al Corazón Inmaculado de María

**S**E cumple este año el ciento cincuenta aniversario de la aprobación por la Sagrada Congregación de los Ritos del uso universal en la Iglesia del oficio y la misa en honor al Purísimo Corazón de la Santísima Virgen María.

El culto al Corazón de María comenzó con la obra apostólica de san Juan Eudes. En 1643 el santo comenzó a celebrar la fiesta al Santísimo Corazón de María en su congregación, no siendo hasta 1648 en que la ciudad de Autun la celebró públicamente. Esta devoción, a pesar de la viva oposición de los

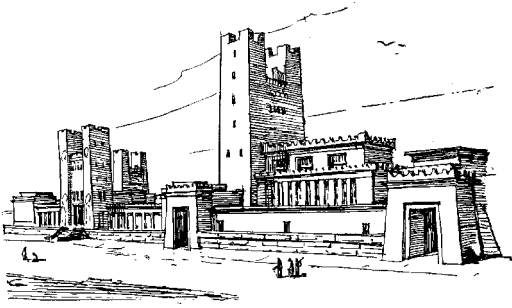
jansenistas, encontró la aprobación en numerosos obispos. El 2 de junio de 1668 la fiesta y los textos litúrgicos recibieron también la aprobación del cardenal legado para Francia pero cuando se pidió a Roma la confirmación de esta ratificación, la Congregación de Ritos respondió negativamente.

A pesar de esta contrariedad, los devotos del Corazón de María siguieron intentando la aprobación formal del culto. El P. Gallifet, en 1726, renovó una petición formal a la Santa Sede para la aprobación de la fiesta. La Congregación de Ritos respondió en 1727 con un *non proposita*, es decir, con la invitación a no insistir en la petición, ya que ésta, por las dificultades doctrinales que presentaba, habría tenido que encontrarse con una respuesta negativa.

En 1765, sin embargo, la Santa Sede concedió el oficio propio festivo al Sagrado Corazón de Jesús por lo que parecía que las dificultades para aprobar el oficio al Corazón de María quedarían también superadas. No obstante, en aquella ocasión no se pensó en proponer el nuevo oficio en honor del Corazón de la Virgen María y no será hasta 1799 en que Pío VI autorizó a la diócesis de Palermo a celebrar una fiesta en honor del Corazón santísimo de la bienaventurada Virgen María, culto ratificado y extendido a todas las diócesis y congregaciones que lo solicitasen expresamente a Roma, con la obligación de utilizar *mutatis mutandis* el oficio de la fiesta de nuestra Señora de las Nieves, en 1805 por Pío VII.

Finalmente, en 1855 y bajo el reinado del beato Pío IX la Congregación de Ritos aprobaba definitivamente la misa y oficio para la celebración del Corazón purísimo de María, utilizando parte de los textos primitivos de san Juan Eudes, aunque destinados únicamente a aquellas diócesis y familias religiosas que hubieran hecho la debida solicitud.

Posteriormente, con ocasión de la reforma del misal romano en 1914, la fiesta del Corazón de María fue trasladada del cuerpo del misal a un apéndice del mismo, entre las fiestas «pro aliquibus locis». Pero ante la gran avalancha de peticiones que exploraban la extensión de esta fiesta a toda la Iglesia, promovida principalmente por el celo de los misioneros Hijos del Corazón Inmaculado de María (claretianos) y por la difusión de las apariciones de Fátima, tras consagrar Pío XII en 1942 la Iglesia y el género humano al Inmaculado Corazón de María y como recuerdo perenne de aquel acto, el Papa extendió la fiesta litúrgica del Inmaculado Corazón de María a toda la Iglesia latina, asignándole como día propio el 22 de agosto –octava de la Asunción– y elevándola a rito doble de segunda clase. El calendario actual ha reducido la celebración a memoria facultativa y ha querido encontrarle un lugar más adecuado poniéndola el día después de la solemnidad del Sacratísimo Corazón de Jesús.



## ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

### Democracia totalitaria en Francia

**A**CABA de entrar en vigor en Francia una ley, votada el 7 de diciembre de 2004, que castiga cualquier manifestación pública, tanto verbal como escrita, de opiniones consideradas como lesivas de los derechos y del honor de las minorías étnicas, religiosas o sexuales. Se trata de una normativa que da cumplimiento a las directivas emanadas del Parlamento Europeo en materia relativa a la «protección de la diversidad».

La nueva ley está acompañada de la creación de una enésima institución, llamada «Alta Autoridad de Lucha contra las Discriminaciones y por la Igualdad», de nombre tan extenso como su presupuesto, que supera los doce millones de euros. Su función, en el más puro estilo orwelliano, consiste en indagar sobre cualquier discriminación basada en la raza, el origen étnico, la religión, la convicción cultural, la edad, sexo u «orientación sexual» (curiosamente, la nueva vulgata libertaria excluye la discriminación de clase, tan apreciada por los marxistas pero que pasa por horas bajas en un mundo liberal).

La citada Autoridad puede indagar y denunciar discriminaciones o injurias, automáticamente clasificadas como «incitaciones al odio», castigando a los responsables con 45.000 euros de multa y 1 año de prisión. La ley, promovida por el presidente Jacques Chirac, ha sido acogida con júbilo también por parte de la izquierda: el dirigente socialista Patrick Bloche ha afirmado que esta iniciativa constituye un reconocimiento y una defensa oficial de las «comunidades homosexuales», a las cuales pertenece.

De nada ha servido la advertencia de los juristas, según quienes era inútil añadir nuevas armas para luchar contra el racismo por ser ya duramente castigado por la ley. De nada han servido las quejas de los sindicatos de periodistas que han denunciado los peligros para la libertad de prensa. De nada ha servido la queja de la Comisión Nacional de los Derechos del Hombre, que llegó a bloquear la ley por atacar «la libertad de opinión». De nada ha valido la oposición del episcopado, que ve en la nueva ley un arma para impedir la enseñanza de la moral cristiana y la crítica de la inmoralidad.

Una vez más, los «tolerantes» hacen gala de su intolerancia más absoluta. El delirio represivo jacobino, dos siglos después de su primer estallido, sigue muy vivo, promoviendo, en nombre del fanatismo de la tolerancia, nuevas formas de persecución religiosa. La revista católica *Lectures Françaises* ha acusado a la ley de instituir «la censura sobre casi todas las formas del combate de las ideas». Jean Madiran, en *Présent*, la ha denunciado como «una abominable quiebra de civilización». François d'Orcival, en *Valeurs Actuelles*, teme que la nueva Autoridad «será la encargada de hacer de policía de la opinión y de denunciar las propuestas que no sean de su agrado». La democracia liberal occidental progresa, victoriosa, profundizando en el totalitarismo.

### El horror de Beslan

**U**NA vez más el golpe es atroz, supera lo imaginable y nos sume en el desconcierto. Las imágenes de los niños de una escuela en Beslan, pequeña ciudad de Osetia del Norte, secuestrados por islamistas chechenos y el desenlace del asalto, con la muerte de centenares de ellos estremeció al mundo entero. A medida que íbamos conociendo más detalles, como esas atroces imágenes de los niños sedientos y concentrados en el polideportivo, amedrentados por sus captores, la desolación se iba apoderando de nosotros. Sí, estamos en el tiempo del nihilismo; la postmodernidad, tan ligera, tan libre de dogmatismos, no era más que la puerta a un horror que se ha convertido en cotidiano.

Es el mismo nihilismo islamista de los atentados del 11-S, llegado al Cáucaso de la mano del comunismo, especialmente de la mano de Stalin, y que germinaría con el impulso que los wahabitas de origen árabe introdujeron en la década de los noventa. El sueño de construir un gran califato asiático que englobe a las exrepúblicas soviéticas de mayoría musulmana es el nuevo Moloch sediento de sangre humana que gravita amenazante sobre uno de los territorios más castigados del planeta. No se trata aquí de discutir los distintos pasos que ha dado el Kremlin para afrontar una situación de muy difícil



gestión; seguramente los abusos cometidos por tropas hambrientas y la confianza depositada en mafiosos locales no son la mejor política para salir del atolladero en el que Rusia se ha metido. Pero a pesar de todo, lo ocurrido en Beslan supera el ámbito de lo discutible y nos lanza, violentamente, a otra dimensión: el mal, destructivo, actúa cada vez con mayor fuerza en un mundo que niega su existencia. No se trata de una cuestión más de política internacional, sino de una acción real demoníaca que, a pesar de todo y por difícil de reconocer que sea, Jesucristo ya ha derrotado con su muerte y resurrección.

## Turquía y Europa

**P**ROSIGUE el debate en torno a la incorporación de Turquía a la Unión Europea (sí, de esa Turquía contra la que se forjó Europa, desde Viena hasta Lepanto). El moderado Erdogan, que ha afirmado que envía a sus hijas a estudiar a Estados Unidos para que de este modo puedan portar velo, aún prohibido en los establecimientos educativos turcos, está consiguiendo cautivar a muchos políticos europeos «moderados», deslumbrados ante una «democracia cristiana» a la islámica. Lo cierto es que la ignorancia, deliberadamente buscada, acerca de la naturaleza del islam les produce visiones alucinadas que nada tienen que ver con la realidad. Bastaría escuchar a los propios turcos anti-islamistas para comprender como, de nuevo, el mundo idílico en el que quieren vivir nuestros dirigentes políticos sólo existe en sus mentes. No estaría de más, pues, algunas dosis de realismo.

Por ejemplo, recordar que con casi noventa millones de habitantes, Turquía se convertiría en el estado con mayor representación en el Parlamento europeo. Un estado cuya enseña nacional recoge el sueño del sultán Osmán I, su visión de una inmensa luna creciente que le habría mostrado el camino divino de conquista del mundo entero. O que la Unión Europea pasaría a tener frontera con Siria, Iraq o Irán, todos ellos vecinos, por supuesto, respetuosos y agradabilísimos. Es cierto, albergan grupos terroristas islámicos y no cejan en su empeño de desarrollar armamento nuclear, pero ¿no es acaso Europa modelo de tolerancia?

Los europeos, que además de abstencionistas no acaban de convencerse de los beneficios de abrir la puerta a millones de musulmanes, se resisten a aceptar la adhesión de Turquía, especialmente los pueblos de Centroeuropa, a quienes no hace falta explicarles los beneficios de la influencia turca.

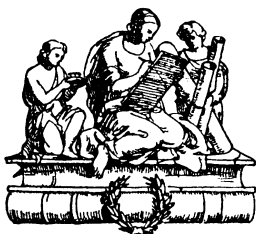
Poco importa: los *eurócratas*, concededores, esta vez sí, de la realidad, se guardarán muy mucho de someter esta adhesión a un referéndum. Y eso a pesar de que incluso el mismísimo Valéry Giscard d'Estaing ha afirmado que la entrada de Turquía significaría «el final de la Unión Europea». No le falta razón; su Europa laicista y masónica dejará paso a una nueva entidad política con un fuerte componente de islamización. Una Europa que albergará en su seno a los herederos de aquellos que impulsaron el genocidio de los armenios y que aún se disputan la isla de Chipre con los griegos. Pero estamos deslizándonos por la pendiente del razonamiento, algo prohibido en la Europa del talante y del diálogo.

## Crepúsculo cristiano en Iraq

**E**STABA en el guión, así que nadie puede mostrarse sorprendido. Tras el fin de un régimen tiránico pero laico y su sustitución por el caos y el tribalismo, son las comunidades cristianas las primeras en sufrir el acoso de los islamistas en Iraq. La serie de atentados terroristas que se han sucedido en aquel país recientemente contra iglesias (las últimas la de San José en el barrio Nafaq Al-Shurta, la ortodoxa de Santiago y San Jorge en Doura; la iglesia de rito latino en Karrada y la iglesia siroantioquena de Santo Tomás en Mansour) confirman los peores augurios. A estas noticias se une el dato de que son ya cuatro mil las familias cristianas que han huido de Bagdad. De este modo se avanza en un signo, trágico y misterioso, que también se constata en Tierra Santa: la progresiva desaparición de las comunidades cristianas en el Oriente que primero recibió la predicación apostólica.

Los cristianos en Iraq proceden del grupo asirio-caldeo, el tercer grupo étnico presente hoy en el país, junto a los árabes y los kurdos, descendiente de los asirios que vivían en Mesopotamia hace 6.700 años. Su capital era Nínive. A pesar de las conquistas árabes del siglo VII y de la definitiva asimilación por parte del Imperio otomano en el siglo XVI, los asirio-caldeos mantuvieron su cultura, su lengua semítica (el arameo) y la religión cristiana, sufriendo por este motivo persecuciones y masacres. Según la tradición, recibieron el cristianismo en el siglo primero, predicado por el apóstol santo Tomás y sus discípulos. En la actualidad los cristianos en Iraq son en total unos ochocientos mil, es decir el 3 % de la población, divididos entre católicos y ortodoxos. Los caldeos, unidos a Roma, son el 70 % de los cristianos.

# ORIENTACIONES



# BIBLIOGRÁFICAS

EVAN MCIAN

ERIC-EMMANUEL SCHMITT

*El hijo de Noé*

Barcelona, Anagrama, 2005

**E**RIC-EMMANUEL SCHMITT, dramaturgo y novelista francés, es conocido sobre todo por ser el autor de *Ibrahim y las flores del Corán*, obra de teatro llevada al cine en el 2003, con interpretación del mítico Omar Sharif.

Esta es su nueva novela. Una narración ágil, entretenida y substancial a la vez. Una historia sencilla contada por un judío belga que era niño cuando los nazis invadieron su país, y que nos cuenta cómo disfrutó de su infancia a pesar del terror y de la persecución del Tercer Reich.

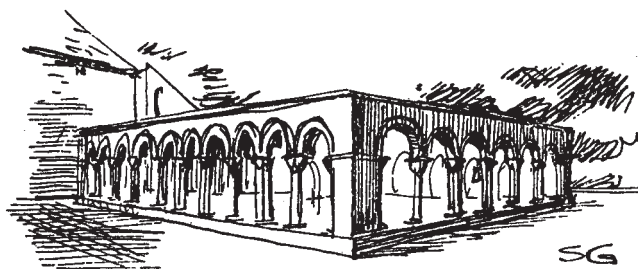
Mientras que la gran mayoría de la literatura sobre la *Shoah* parece destilar un desánimo metafísico frente a la barbarie humana ocasionada por la Ilustración, esta historia parece apuntar a la esperanza desde el mismísimo corazón de la ocupación nazi. No se trata de ese encuentro con la belleza que en «*Sin destino*», de Kertész, parece salvar al niño de su abandono a la muerte, mientras, sumido en su enfermedad, contempla una zanahoria flotando en su tazón de sopa aguada de campo de exterminio. Tampoco se trata de la mera sensación de extrañeza ante la humanidad que se adivina en las páginas siempre positivistas como el hielo del suicida Primo Levi. Se trata de algo muy distinto, de un encuentro con un hombre que vive con un horizonte más amplio que el que parece estilarse en aquella época y por aquellos parajes.

El padre Pons, un sacerdote católico, tiene un colegio en Villa Amarilla, a las afueras de Bruselas, donde, junto a escolares de la región, tiene internos a gran cantidad de niños judíos con documentos falsificados. Como les dice, los protege porque «vuestras vidas no son sólo vuestras vidas: son portadoras de un mensaje. Me niego a dejar que os exterminen».

Joseph, el niño protagonista de la novela, le conoce cuando sus padres se deshacen de él intentando que por lo menos su hijo sobreviva al Holocausto. Desde ese momento su vida, junto a su maestro y amigo, empezará un bello camino educativo que sorprende por su realismo y positividad en unas condiciones tan adversas como las que allí se dan.

A su alrededor encontramos entrañables personajes que en seguida descubrimos como únicos e irrepetibles: la revolucionaria Marcelle, en la que parece que se encuentran, curiosamente juntos, los valores más jacobinos con una misericordia nada ideológica; Rudy, el adolescente gigantón que parece ser el mayordomo de un niño mucho menor que él; el oficial de la Gestapo que hace la vista gorda con los niños circuncidados frente al estupor del padre Pons... Sin embargo, como en el caso del papa Juan Pablo II, este sacerdote parece que guarda algo que lo convierte en foco de sucesos extraordinarios. Como decía Guardini: «En el contexto de un gran amor todo se vuelve acontecimiento en su ámbito.»

Así el libro es recomendable porque desvela la importancia de la amistad en los hombres, sobre todo en lo que respecta a su educación. Pero podríamos ponerle peros. Por ejemplo: el autor no entiende hasta el fondo la realidad de la religión cristiana cuando hace decir cosas a sus personajes como que «un cristiano es un judío que ha dejado de esperar» o como cuando les hace preguntarse si «los cristianos no serán solamente unos judíos sentimentales». Otro ejemplo es ver cómo el padre Pons no deja de confundir la religión o la cultura con un mero conjunto de objetos que hacen referencia a un pasado que hay que preservar. Es decir, es como si el pueblo cristiano fuese sólo el hermano pequeño del pueblo judío, y no fuese a la vez el lugar donde experimentar al infinito presente, donde renovar los motivos para la esperanza.





# emos leído

ALDOBRANDO VALS

## El católico Julio Verne

*¿Quién no ha leído una novela de Julio Verne? ¿Quién no ha visto una película inspirada en alguna de sus obras? A los cien años de su muerte, Verne ha conseguido con sus narraciones deleitar a varias generaciones y hacerse merecedor del aprecio y gratitud de millones de lectores. A la pregunta acerca de su relación con la fe intenta dar respuesta el artículo, publicado en Avvenire, de Marco Roncalli:*

Muchas ciudades europeas se preparan para celebrar el centenario de la muerte de Julio Verne, uno de los escritores más populares y traducidos, conocido por sus innovadoras visiones del mundo futuro. Pero, ¿sabemos de verdad quién era el autor del *Viaje al centro de la Tierra*, de las *Veinte mil leguas de viaje submarino* o de *La vuelta al mundo en ochenta días*? A buen seguro este año tendremos ocasión de escuchar diversas teorías, oiremos hablar de su admiración por la revolución industrial, de su portentosa imaginación... quizás haya ocasión de plantearse su «espiritualidad» y la temática religiosa presente en muchas de sus páginas.

Verne, que había empezado sus estudios en el seminario, que tituló su primera novela en 1835 *Un prêtre* (un sacerdote), es visto por muchos ensayistas como el paradigma de la fe sólo en el progreso. Pero Walter A. Mc Dougall ha escrito que sus personajes declaran constantemente que el hombre y la naturaleza son obras de Dios. Un Dios omnipresente: divino arquitecto y fuerza providencial que

mueve los sucesos, las atracciones magnéticas, las erupciones volcánicas, los maremotos... «explicados científicamente», pero al mismo tiempo «actos divinos sobre el orgullo de los protagonistas humanos». En muchos episodios —observa Mc Dougall— «Verne se refiere a los misteriosos planes de Dios, al Creador o a la Providencia».

Si es cierto que la relación de Verne con la Iglesia fue conflictiva en un inicio (fue acusado de provocar la evasión de la juventud hacia un mundo fantástico), ésta fue cambiando gradualmente. Baste recordar el elogio que el *Osservatore romano* reservó a Verne el día después de su muerte, definiendo su «genial producción que deleita al tiempo que instruye y no tiene que avergonzarse de aquello de lo que es culpable la mayor parte de los novelistas modernos, esto es, servir de instrumento para la difusión de la corrupción». También podemos recordar el juicio del propio León XIII, que lo recibió en audiencia, desde las páginas del diario del sobrino del escritor: «El 7 de julio de 1884 Julio Verne fue recibido junto a su familia por el papa León XIII; [...] el Papa le manifestó que «aprecio sobre todo la pureza, el valor moral y espiritual de sus obras. Le bendigo y le exhorto a perseverar». «Fue una visión sublime», así comenta su sobrino la impresión que les provocó el viejo y frágil Papa, «Vi a mi tío derramar lágrimas». Pero no fue León XIII el único lector de Verne; verdaderamente apasionado en su juventud fue Giovanni Battista Montini, quien —convertido ya en Pablo VI— citó al escri-

tor en una audiencia general el 16 de julio de 1969, fecha del lanzamiento del Apolo 11 que llevaría al hombre a la luna: «Queridos hijos, debemos también nosotros acompañar, observando, pensando, el gran viaje que hoy se inicia de los astronautas hacia la luna. Nos acordamos de las lecturas de años lejanos, entre las cuales aquel libro, *De la tierra a la luna*, de Julio Verne. Pero aquello era el reino de la fantasía; una fantasía profética, si queréis, pero gratuita, irreal. Hoy estamos en cambio en el reino de la realidad». Luego el sucesor de Montini, Juan Pablo I, citó a Verne en una audiencia confesando haber disfrutado mucho con sus libros durante su juventud. Así decía el 27 de septiembre de 1978: «Siendo muchacho, me extasiaba con los viajes descritos por Julio Verne (*Veinte mil leguas de viaje submarino*, *La vuelta al mundo en ochenta días*, etc.)» y añadía: «Pero los viajes del amor de Dios son mucho más importantes».

## El verdadero «tiempo de calidad»

*A medida que dedicamos menos tiempo a nuestros hijos van apareciendo teorías que justifican o, como mínimo, matizan el daño que les provocamos. Padres atareadísimos en sus trabajos, que llegan bien entrada la noche a sus hogares y que ponen en manos de «canguros» el cuidado de sus hijos ya no representan un caso extremo y aislado, sino más bien la situación general. Pero como no podemos vivir con la conciencia de obrar mal, tendemos*

mos a inventar teorías que incluso llegan a convencernos de lo bien que lo estamos haciendo. Así, el concepto de «tiempo de calidad»: antiguamente los padres dedicaban más tiempo a sus hijos, es cierto, pero era un tiempo de mala calidad, poco cuidado, banal, que daba pocos frutos. Ahora dedicamos muy poco tiempo, pero éste es de calidad, intenso, planificado, premeditado; de manera que con mucho menos tiempo logramos unos resultados similares si no mejores. La falacia autojustificativa de la penúltima teoría pedagógica salta a la vista. Gassalasca Jape, S. J., desde las páginas de la publicación norteamericana *The New Pantagruel*, aborda la cuestión con especial sentido común:

«El problema de estas teorías salta rápidamente a la vista, porque es imposible programar «tiempo de calidad» con los niños. Éstos se resisten a permanecer sentados mientras se les explica que lo que van a hacer a continuación va a ser algo de «calidad». Es más, es probable que ése sea el peor momento para conseguir algo de calidad. El verdadero tiempo de calidad sólo se alcanza en el contexto de una gran cantidad de tiempo empleado con ellos sin que haya necesariamente un plan o un programa. El verdadero tiempo de calidad nos pilla a menudo por sorpresa en medio de lo que uno pensaba que era simplemente tiempo ordinario. De hecho, muchas veces el verdadero tiempo de calidad pasa totalmente desapercibido para los propios padres, pero sus hijos recordarán ese momento durante toda su vida».

## Nuevo revés para las teorías evolucionistas

*No es nada nuevo la falta de rigor de las teorías evolucionistas, un conglomerado de propuestas muy poco científicas, contradictorias entre sí (es casi imposible encontrar a dos evolucionistas que estén de acuerdo), pero que han sido impuestas ideológicamente con el fin de erosionar la creencia en la existencia del alma humana. Pues bien, según informa Paolo Valentino en su crónica en el Corriere della Sera, el evolucionismo ha sufrido un nuevo golpe al constatarse que el profesor Reiner Protsch, el «súper antropólogo» que habría demostrado nuestro ligamen con el hombre de Neanderthal, era un embaucador. La Universidad de Frankfurt, donde enseñaba, se ha apresurado a suspenderlo, ¿cuánto tardarán nuestros libros de texto a corregir esta superchería?:*

«Contraorden: quizás no descendemos del hombre de Neanderthal. O al menos ya no existe la prueba decisiva, el mítico eslabón perdido que parecía conectar los orígenes de nuestra especie con los de ese presunto antepasado prehistórico. El cráneo encontrado no lejos de Hamburgo no data de hace 36.000 años. Según el análisis de datación del carbono, realizado en la Universidad de Oxford, tendría «sólo» 7.500 años.

Así ha caído la estrella del profesor Reiner Protsch von Zieten, 66 años, antropólogo emérito y celebridad mundial en su disciplina. No un científico, sino un charlatán. Un embustero deshonesto, que durante más de tres décadas

ha sostenido una montaña de mentiras, estafando a la comunidad de estudiosos presentando como buenas una increíble serie de fraudes que han influido y llevado a conclusiones falaces las teorías sobre la evolución humana.

Tras conocerse las conclusiones de la investigación la Universidad de Frankfurt ha suspendido al académico de toda actividad. «Hemos llegado a la conclusión –dice el informe de la comisión de investigación– que el profesor Protsch ha repetidamente manipulado y falsificado hechos científicos a lo largo de los últimos treinta años». Las consecuencias son devastadoras. «La antropología –ha dicho el arqueólogo Thomas Terberger, el hombre que ya en 2001 expresó dudas sobre el trabajo de Protsch– deberá replantear completamente su imagen del hombre moderno, en el periodo comprendido entre hace 40.000 y 10.000 años». El antropólogo alemán había probado aparentemente que los hombres modernos y los hombres de Neanderthal habían vivido en la misma era y podrían haber generado hijos comunes: «Ahora está claro que se trata sólo de basura», ha explicado Terberger.

Además de la falsa datación del hombre de Hahnhoefersand, así bautizado por el lugar en el que fue encontrado, la comisión ha desmascarado otras estafas de Protsch. Como el «sensacional» descubrimiento de la mujer de Binshof-Speyer, que el antropólogo databa de hace 21.000 años y en realidad tenía apenas 1.300. Además, se ha podido probar la destrucción, ordenada por Protsch, de centenares de documentos del archivo del Departamento de antropología de Frankfurt».



## En la teología de la historia: el fin del Imperio romano

*El 1 de mayo de 1945 aparecía en esta revista un editorial titulado «Advertencia previa», firmado por el padre Ramón Orlandis, S.I. El padre Orlandis escribió poco en la revista, aunque siempre con su firma. En este caso se trataba de justificar que todo el número de CRISTIANDAD estaba dedicado al Imperio romano. La tesis central era que el verdadero fin del Imperio romano, en lo que representaba de Imperio mundial en cuyo seno político vivía la Iglesia se extinguió precisamnete en 1806, cuando el sable de Napoleón lo decapitó definitivamente.*

*Pero el padre Orlandis incluía este hecho en el ámbito global de la teología de la historia y concretamente en los libros del padre Enrique Ramière, «segundo» fundador del Apostolado de la Oración. El padre Orlandis se movía en la esperanza de la revelación del Sagrado Corazón a santa Margarita María: «Reinaré a pesar de mis*

*enemigos». De este modo, la historia se convierte en tema de estudio donde averiguar los caminos concretos por los que esta promesa se ha de realizar. Se mantiene la tradición de los escritores eclesiásticos de los tiempos primeros de la Iglesia, quienes creían que debía haber sucesión de continuidad entre la desaparición del Imperio romano y la aparición del anticristo. San Roberto Belarmino –decía el padre Orlandis– esgrimía contra la estolidez de los protestantes que acusaban al pontífice romano de ser el anticristo, que mal podía ser el papa el anticristo, ya que éste, según la unánime creencia de todos los escrituristas, no había de aparecer mientras durase el Imperio romano. El siglo XIX, el siglo del padre Ramière y del beato Pío IV es también el siglo del inicio de la apostasía de las naciones y, por tanto, de las primeras manifestaciones del dominio del anticristo sobre el mundo.*

Quien esta advertencia suscribe, no es por cierto el director de la revista; no es siquiera –aunque algunos puedan creerlo– quien tuvo la iniciativa en su aparición. Es, sí, desde los orígenes, el inspirador de la revista; no hay para qué disimularlo. Es asimismo, digámoslo así, su curador espiritual en la menor edad. Claro es, dicho sea entre paréntesis, que ni inspiración significa escritura al dictado, ni curatela, entorpecimiento de iniciativa o movimiento.

De esta su relación con respecto a CRISTIANDAD se origina y en esta relación se funda una ineludible responsabilidad: la de procurar con solicitud competente el bien de la revista, que no es ni puede ser otro, sino el que ésta tienda siempre a su fin, sin tropiezos ni desviaciones de orden espiritual.

Exige esto, a todas luces, vigilancia, y quien tenga bien conocido así el fin como la índole de CRISTIANDAD, forzosamente se hará cargo de que la vigilancia no podrá ceñirse al mero cuidado de que en ella nada aparezca que no sea conforme al dogma y a la moral cristiana entendidos estos términos en su sentido estricto. Más es lo que exigen el fin y la índole de CRISTIANDAD: exigen que nada de lo que en ella se publique desdiga en lo más mínimo del nombre que con orgullo –orgullo santo– ostenta en su portada con caracteres deliberadamente llamativos. CRIS-

TIANDAD desde su primera concepción quiso llamarse «CRISTIANDAD» y rechazó toda otra designación onomástica, tal vez más a la moda, más velada, menos audaz, menos –por qué no decirlo– menos provocativa. Y este nombre lo escogió a conciencia, previendo que con él, en algunos sectores, sería quizás menos bien recibida, arriesgándose a ver tal vez reducida su publicidad.

CRISTIANDAD, al elegir este nombre, declaró sin rebozo qué vida quería vivir, que quería vivir en un todo del espíritu cristiano, del espíritu de la Iglesia de Jesucristo, de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, de la Iglesia romana, única verdadera, de la Iglesia cristiana auténtica.

CRISTIANDAD, por ser CRISTIANDAD, no se encoge ante el peligro de que la motejen de *beata* y así sin ningún asomo de empacho se profesa a la luz del día devotísima del Sagrado Corazón de Jesús, lo cual a no pocos cristianos podrá parecer una sencilla beatería.

Todo esto es la explicación del por qué CRISTIANDAD quiere y exige de su *curador espiritual* que la vigile, no sea que en su juvenil inexperiencia, se desvíe un solo paso del camino que conduce a su meta; que nada pueda descubrirse en sus páginas, que, visto a la luz del Vaticano, pueda parecer una mancha

en su perfecta ortodoxia; una sombra proyectada por la interposición de un criterio menos conforme con el de la Madre Iglesia.

Si algo así un ojo cristianamente avizor descubriera en las páginas de CRISTIANDAD, no lo ponga en duda el lector, habría sido un desliz inconsciente y CRISTIANDAD le agradecería en el alma un aviso de benevolencia. Los que forman el núcleo de la Redacción no se tienen por maestros infalibles y quien ejerce la vigilancia bien puede unos instantes dormir.

\* \* \*

No es empero el espíritu de Cristo y de su esposa la Iglesia espíritu de congostas y apreturas. Donde está el espíritu de Dios, allí está la libertad, la libertad verdadera, la libertad de los hijos de Dios. Por esto precisamente, porque se entrega sin recalcitraciones ni titubeos, sin tacañerías ni minimismos al espíritu maternal de la Iglesia, CRISTIANDAD se gloria de vivir en la legítima y genuina libertad. Por esto siempre dejará a sus redactores y colaboradores la justa y honesta libertad de opinar, en todo aquello que la Verdad Eterna deja a la discusión bien intencionada y caritativa de los humildes mortales.

\* \* \*

Otra observación: dado el carácter peculiar de la revista, que no tiene pretensiones de científica y menos de magistral, no sería justo ni razonable exigir de ella en todos los casos aquella precisión de nomenclaturas, aquella exhaustiva totalidad de comprensión, aquella extensión de conocimientos eruditos, que se pueden, con razón, pedir al maestro, al hombre de ciencia. Cuando CRISTIANDAD quiere ilustrar a sus lectores con autoridad magistral, halla un recurso efficacísimo, ciertamente bien compatible con su humildad y modestia, y de este recurso se vale en todos los números: el recurso de convertirse en portavoz de la palabra autorizada de los Romanos Pontífices, de los sagrados Doctores, de los autores aprobados por el sufragio cristiano.

Además, con gusto y agradecimiento pide y obtiene la colaboración y la firma de escritores prestigiosos, sacerdotes y seglares, que con su reconocido crédito ornén y enriquezcan sus columnas.

Para que el lector aprecie la razón de dedicar todo un número de CRISTIANDAD a un tema en apariencia inactual e intrascendente, es prenotando indispensable enterarle de una de las aficiones preponderantes de aquellos que constituyen el núcleo de Redacción.

Formados éstos en Schola Cordis Iesu y por ende en el seno del Apostolado de la Oración, cuyo lema se expresa en aquella petición: «Adveniat regnum tuum», es obvio que desde el principio concibieran vivos deseos de entender a fondo la idea, que se ex-

presa en la fórmula universalmente admitida: el Reinado social de Cristo, y que una vez comprendidas las riquezas de contenido, que en esta fórmula se encierran, los tesoros de salud que en ella y por ella se ofrecen al mundo enfermo, extendieran sus deseos a dar a conocer tales tesoros al mundo, que por desgracia, no los conoce en su valor ni los busca para su remedio. ¿Dónde, pues, habían ellos de buscar la comprensión de tales tesoros y dónde habían de hallar la orientación y el estímulo para comunicarlos? Consentáneo era acudir a los escritos y a las empresas del que con razón es llamado segundo fundador del Apostolado, de aquel egregio varón, cuyo nombre es Enrique Ramière. Él fue quien consolidó la obra del P. Gautrelet, su primer fundador; él quien le dio vida nueva y robusta, infundiéndole la savia divina cuya fuente es el Corazón de Cristo y con ello le dio su forma definitiva. El P. Enrique Ramière vio con una claridad que no habían alcanzado ni los contemporáneos de santa Margarita María, ni los que en el siglo XVIII y en la primera del XIX se aplicaron al estudio y al comentario de las revelaciones de Paray, la significación de aquella promesa de reinado: «reinaré a pesar de mis enemigos» que en ellas de continuo se repite; y a la luz de esta claridad comprendió que tal promesa no se hizo tan sólo a los cristianos considerados aisladamente, sino a las sociedades en que ellos vivían; más aún, al mundo entero. Y vio más aquel eminente varón; vio que Jesucristo quería salvar al mundo, valiéndose de la devoción a su Corazón divino, ya que ésta es el medio providencial por el cual quiere establecer su reinado de amor en el mundo pecador y rebelde.

En realidad, en aquellos momentos solemnes, en que en un rincón de un convento de la Visitación el divino Redentor sembraba las semillas de su obra providencial, un genio escrutador y adivinador de lo porvenir, tal vez hubiera podido sentir los primeros escalofríos, anunciadores de aquella tempestad espantosa que en los siglos subsiguientes derribaría tronos y altares y que, lejos de purificar el ambiente, lo dejaría saturado de miasmas capaces de gangrenar la humana sociedad.

El P. Enrique Ramière no hubo de prever lo futuro; él veía con sus propios ojos la devastación revolucionaria, y se daba cuenta perfecta de que el mundo seguía respirando aquel aire pestilencial. Por esto el P. Ramière enardecido en celo y en deseos de iluminar las inteligencias oscurecidas, intensifica su vida de espíritu y de apostolado, y multiplica sus trabajos, escribe libros, emprende obras, etc., para que los miopes y los ciegos vean dónde está el camino de salvación.

En sus luminosos trabajos intelectuales, para alumbrar las inteligencias no se encierra en el círculo de las verdades y de los principios abstractos hace ver las normas y las leyes de la providencia divina actuando en la vida de los pueblos y de todo el género

humano y acude a la revelación divina para rastrear los planes que ha trazado Dios a la humanidad y para sondear con humilde osadía lo que en lo porvenir estos planes le reservan. Y esto no por estéril curiosidad, sino para orientar los espíritus y alentarlos con la esperanza.

Y para esto estudia la historia, no tan sólo a la luz de la razón, sino también a la luz más poderosa de la revelación divina. Y si no crea una ciencia que ya cultivaron por ejemplo san Agustín y Bossuet es quien primero le da el nombre adecuado y lleno de significación de *teología de la historia*.

\* \* \*

Ahora bien, los miembros de Schola Cordis Iesu se enamoraron de esta ciencia y se esforzaron por adquirirla con ecuánime seriedad y supliendo sus carencias de formación teológica con consultas humildes pero pertinentes. Y al poner en estos estudios un interés creciente y fecundo no pudieron contentarse con los problemas planteados explícitamente por el P. Ramière; mas siguiéndole como guía se hallaron con nuevos problemas de fecundidad insospechada y no se arredraron ante ellos, sino que trabajaron por resolverlos, para enriquecer sus inteligencias y fecundar su corazón.

Pues bien, el tema que en este número de CRISTIANDAD se estudia es de aquellos temas que, aun siendo de índole meramente histórico-positiva, puede tener insospechadas repercusiones en los problemas de teología de la historia.

Formulado en términos imprecisos, el problema es como sigue: ¿en qué momento de la historia feneció el Imperio romano?, y puestos a precisar, si se pregunta ¿a qué imperio nos referimos, al fundado por Augusto o al imperio medieval, al conocido en la historia con el nombre de «Sacro Imperio Romano de la nación germánica»? Se responderá sin titubeo que al primero, al fundado por Augusto poco antes del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Planteados así el problema tal vez sorprenderá a más de un lector de CRISTIANDAD. ¿Quién en la escuela primaria no aprendió ya de memoria que el edificio levantado por Augusto cayó en ruinas hace quince siglos al empuje de los bárbaros del Norte? ¿Y qué tiene esto que ver con la teología de la historia?

Dilate algo más su paciencia quien la ha tenido para seguirnos hasta ahora.

Uno de los acontecimientos revelados como futuros en la Sagrada Escritura es la aparición a su tiempo del hombre llamado del pecado, del Anticristo, supremo perseguidor de la Iglesia. En los tiempos de fe más viva preocupaba hondamente este hecho profetizado; ahora casi ha desaparecido del cuadro

de las preocupaciones humanas. Pues bien, fundándose en la Escritura, los autores eclesiásticos de los tiempos primeros de la Iglesia pensaban que debía haber sucesión de continuidad entre la desaparición del Imperio romano y la aparición del anticristo, y por esto fue uno de los motivos de pánico temor para los cristianos del siglo V el derrumbamiento del Imperio.

Parecía a primera vista suficiente razón para abandonar aquella interpretación de la Escritura, la natural decepción que había de producir en los espíritus el tener ante la vista las ruinas del Imperio. Y, sin embargo, no fue así; continuaron los escritores eclesiásticos aferrados a la interpretación tradicional, y no la abandonaron ni siquiera cuando en el siglo XV, al conquistar los turcos Constantinopla, pereció de muerte miserable el Imperio de Oriente, y quedó tan arraigada la creencia que aun a fines del siglo XVI un varón tan eminente como san Roberto Belarmino no dudaba en esgrimir contra la estolidez de los protestantes que decían que era el anticristo el Pontífice Romano, un argumento fundado en la interpretación tradicional, es a saber: que mal podía ser el Papa el anticristo ya que éste no había de aparecer mientras durase el Imperio romano y éste aun existía.

En nuestros tiempos se ha variado de táctica: los intérpretes de la Escritura dando por supuesto que hace siglos desapareció de la historia el Imperio romano, abandonan la interpretación tradicional y buscan nuevas explicaciones.

Empero, se preguntan los redactores de CRISTIANDAD, ¿es tan cierto como se supone que hace siglos acabó el Imperio fundado por Augusto?, y para hallar respuesta a esta pregunta recurren a los historiadores no preocupados por prejuicios extrahistóricos y hallan que éstos afirman con fundamento que el imperio fundado por Augusto duró hasta principios del siglo XIX y feneció en el año 1806 decapitado por el sable de Napoleón.

\* \* \*

Conociendo ya el lector la importancia de los hechos acontecidos en 1806, esperamos que tendrá el espíritu más preparado para comprender: no ya la materia de cada artículo en particular, sino la intención general de este número; y se dará cuenta de que este problema admite y exige una ampliación y desarrollo que con el favor de Dios se propone CRISTIANDAD ofrecerle en posteriores elucubraciones históricas.

No está de más, para concluir, recordar que dentro de la primera quincena de mayo —el cinco del mismo mes— se cumple el aniversario de la muerte de Napoleón; lo cual no deja de dar oportunidad a este número.

# CONTRAPORTADA

## Nota acerca de la objeción de conciencia ante una ley radicalmente injusta que corrompe la institución del matrimonio

... nos corresponde anunciar el evangelio de la familia y de la vida, es decir, la buena noticia de que el hombre y la mujer, uniéndose en matrimonio, responden a su vocación de colaborar con el Creador llamando a la existencia a los hijos y realizando de este modo su vocación al amor y a la felicidad temporal y eterna.

Hoy, ante la eventual aprobación inminente de una ley tan injusta, hemos de volver a hablar sobre las consecuencias que comportaría este nuevo paso. No es verdad que esta normativa amplíe ningún derecho, porque la unión de personas del mismo sexo no puede ser matrimonio. Lo que se hace es corromper la institución del matrimonio. Esa unión es en realidad una falsificación legal del matrimonio, tan dañina para el bien común, como lo es la moneda falsa para la economía de un país. Pensamos con dolor en el perjuicio que se causará a los niños entregados en adopción a esos falsos matrimonios y en los jóvenes a quienes se dificultará o impedirá una educación adecuada para el verdadero matrimonio. Pensamos también en las escuelas y en los educadores a quienes, de un modo u otro, se les exigirá explicar a sus alumnos que, en España, el matrimonio no será ya la unión de un hombre y de una mujer.

Ante esta triste situación, recordamos, pues, dos cosas. Primero, que la ley que se pretende aprobar carecería propiamente del carácter de una verdadera ley, puesto que se hallaría en contradicción con la recta razón y con la norma moral. La función de la ley civil es ciertamente más limitada que la de la ley moral, pero no puede entrar en contradicción con la recta razón sin perder la fuerza de obligar en conciencia.

En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, recordamos que los católicos, como todas las personas de recta formación moral, no pueden mostrarse indecisos ni complacientes con esta normativa, sino que han de oponerse a ella de forma clara e incisiva. En concreto, no podrán votar a favor de esta norma y, en la aplicación de una ley que no tiene fuerza de obligar moralmente a nadie, cada cual podrá reivindicar el derecho a la objeción de conciencia. El ordenamiento democrático deberá respetar este derecho fundamental de la libertad de conciencia y garantizar su ejercicio.

Es nuestro deber hablar con claridad cuando en España se pretende liderar un retroceso en el camino de la civilización con una disposición legal sin precedentes y gravemente lesiva de derechos fundamentales del matrimonio y de la familia, de los jóvenes y de los educadores. Oponerse a disposiciones inmorales, contrarias a la razón, no es ir en contra de nadie, sino a favor del amor a la verdad y del bien de cada persona.

Comité Ejecutivo de la Conferencia  
Episcopal Española (5 de mayo de 2005)